

Sangre de mártires semilla de esperanza:

construcción de las nociones de cuerpo
y memoria tras la masacre de Trujillo

María Alejandra Mariño Macías



Opera Prima
Escuela de Ciencias Humanas



UR

SANGRE DE MÁRTIRES, SEMILLA
DE ESPERANZA: CONSTRUCCIÓN DE
LAS NOCIONES DE CUERPO Y MEMORIA
TRAS LA MASACRE DE TRUJILLO

SANGRE DE MÁRTIRES,
SEMILLA DE ESPERANZA:
CONSTRUCCIÓN DE LAS
NOCIONES DE CUERPO
Y MEMORIA TRAS LA
MASACRE DE TRUJILLO

MARÍA ALEJANDRA MARIÑO MACÍAS



Colección Opera Prima

© 2011 Editorial Universidad del Rosario
© 2011 Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,
Escuela de Ciencias Humanas
© 2011 María Alejandra Mariño Macías

ISBN: 978-958-738-181-8

Primera edición: Bogotá D.C., abril de 2011
Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario
Corrección de estilo: Ella Suárez
Diseño de cubierta: David Reyes
Diagramación: Precolombi EU
Impresión: D'Vinni
Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 N° 13-41, oficina 501 • Teléfono 297 02 00
Correo electrónico: <http://editorial.urosario.edu.co>

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida
sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad del Rosario

Mariño Macías, María Alejandra
Sangre de mártires, semilla de esperanza: construcción de las nociones de cuerpo y
memoria tras la masacre de Trujillo / María Alejandra Mariño Macías.— Escuela de
Ciencias Humanas, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
— Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2011.
266 p. il. fot.— (Colección Opera Prima)

ISBN: 978-958-738-181-8

Ejército de Liberación Nacional. ELN - Historia - (Valle del Cauca, Colombia) - 1986-
1994 / Masacres - Historia - (Valle del Cauca, Colombia) - 1986-1994 / Violencia -
Historia - (Valle del Cauca, Colombia) - 1986 -1994 / I. Título. / II Serie.

303.6861 SCDD 20

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Contenido

Agradecimientos	11
Introducción	
Familiares de las víctimas de Trujillo: construcción de mecanismos de verdad, duelo y reparación a través del cuerpo y la memoria tras la masacre de 1986-1994	13
La masacre de Trujillo	21
La marcha campesina y enfrentamiento militar con el ELN: justificando la sevicia.....	26
Colombia y sus masacres: el caso de Trujillo	34
La masacre y su tipificación como delito en Colombia.....	34
¿Por qué hablar de los procesos de esclarecimiento de los hechos y la elaboración simbólica y de duelo en Trujillo?	38
Organización del libro.....	40
El cuerpo: construcción simbólica, evidencia y campo de batalla	40
Reconstrucción de los hechos violentos de Trujillo	41
Evocando a las víctimas: reivindicación de la vida de los caídos en Trujillo e inicio de los procesos de duelo	42

Monumentos, peregrinaciones y medios expresivos: representando a las víctimas y a la masacre de Trujillo.....	43
Metodología.....	44
Capítulo 1. El cuerpo: construcción simbólica, evidencia y campo de batalla.....	49
El cuerpo como construcción simbólica en medio del conflicto	50
El cuerpo femenino como campo de batalla	64
Cuerpo como evidencia material de los hechos en Trujillo: haciendo público el dolor privado ...	70
Percepciones del cuerpo agredido desde el dolor privado y lejos de Afavit	79
El cuerpo en la masacre de Trujillo: una historia violenta escrita en la piel	84
Capítulo 2. Reconstrucción de los hechos violentos de Trujillo: memoria de la sevicia y el dolor.....	87
Testimonios orales y escritos desde Afavit: hechos en contexto, personajes emblemáticos de la masacre y reivindicación de las víctimas	89
Otros testimonios orales y escritos: hechos de víctimas particulares alejados de contexto y de personajes emblemáticos	113
Lugares y fechas: ¿cómo recuerdan los familiares de víctimas los hechos en relación con el espacio y el tiempo?	120

Capítulo 3. Evocando a las víctimas: reivindicación de la vida de los caídos en Trujillo e inicio de los procesos de duelo	137
Los actos de la muerte violenta en Trujillo	139
El cuerpo y su ausencia en los procesos de duelo	145
Construcción del recuerdo de las víctimas desde su cuerpo, gustos, oficios, acciones y objetos	155
Lugares frecuentados: recordar a las víctimas desde sus pasos	177
Capítulo 4. Monumentos, peregrinaciones y medios expresivos: representando a las víctimas y la masacre de Trujillo	185
Representaciones construidas y apoyadas por Afavit	193
Parque Monumento a la Vida	193
Poemas	211
Pinturas, dibujos, fotografías y otros objetos	220
Peregrinaciones	228
Representaciones construidas desde las alternativas individuales de familiares de las víctimas de Trujillo. El caso de Lucía Pérez: poemas, cuentos y canciones	236
Conclusiones	247
Cuerpo como construcción simbólica: evidencia material de los hechos y catalizador del duelo	249
Importancia atribuida al espacio, los personajes emblemáticos, las fechas y los objetos en la construcción de memoria	252

Reivindicar el recuerdo de las víctimas desde lo colectivo y lo íntimo	254
Arte y movilizaciones: representación de la masacre.....	255
Bibliografía	259

Agradecimientos

Agradezco a la hermana Maritze Trigos, que colmó mis días de su entusiasmo y de su amor infinito por la vida. ¡Gracias por compartir conmigo su proyecto de vida; ese proyecto maravilloso que se ha convertido en aliciente de mis acciones, en un ejemplo de vida! Doy gracias a María Quintero, a Lucía Pérez y a todos los trujillenses que sin temor me confiaron sus historias de dolor, esperanza y lucha. Su fuerza y valentía son el pilar de este trabajo; el recuerdo de sus seres queridos es un tesoro muypreciado para mí. Finalmente, agradezco a Diana Bocarejo, quien transformó mi confusión en motivación e hizo de algunas ideas un proyecto emotivo y gratificante.

Introducción

Familiares de las víctimas de Trujillo: construcción de mecanismos de verdad, duelo y reparación a través del cuerpo y la memoria tras la masacre de 1986-1994

Tanto nacional como internacionalmente, Colombia se percibe como un país violento. De hecho, según el informe de Global Peace and Security Fund, del 2009, ocupa el puesto 130 en una lista de 140 países, que van desde los más pacíficos hasta los menos pacíficos (State of Peace).¹ Ocho guerras civiles nacionales, catorce guerras civiles locales, dos golpes de Estado, confrontaciones partidistas y un conflicto armado interno la han convertido en escenario de una guerra endémica permanente (Sánchez, 1991: 19); una guerra nutrida por la desigualdad, la pobreza y la exclusión.

Científicos sociales, analistas políticos y gobernantes de turno han tratado de explicar esta situación de violencia. Por ejemplo, hombres como Daniel Pécaut atribuyen el conflicto a la precariedad del Estado, relacionada con su falta de legiti-

¹ De acuerdo con Amnistía Internacional (s. f.), “El peor resultado en el Índice Global de Paz (2009) lo tiene Irak (puesto 144), mientras que Colombia ocupa el puesto 130, Venezuela el 120 y Haití el 116, como países con los más bajos niveles de paz a escala mundial”.

midad (2003: 19). Para otros, como Ann Mason, la situación actual de violencia es un remanente del “colapso parcial del Estado” (2003: 101), manifestado en la inoperancia de las instituciones establecidas y la ausencia física del Estado en ciertas regiones del país.

Para otros, la inoperancia de las instituciones y la violencia que mana de tal situación son el resultado de la compleja geografía nacional, pues desde la Conquista ha facilitado el aislamiento de las distintas comunidades en pequeños valles y cuencas interandinas. Entonces, como sugiere José Vicente Rodríguez, “la dispersión y fragmentación de los grupos, impidieron la consolidación de un poder centralizador, fomentando la formación de pequeñas unidades políticas independientes, que solamente en estado de guerra se consolidaban para enfrentar al enemigo común” (2004: 20). Grupos que mediante las masacres, las torturas, la extorsión, el secuestro y la desaparición legitiman su poder.

Entre la precariedad y el colapso del Estado y la sinuosidad geográfica, el conflicto colombiano ha sido explicado de distintas formas; pero más allá de estas explicaciones —muchas veces urdidas en escenarios ajenos al conflicto—, se encuentran las víctimas y protagonistas de tal violencia que, como en el caso de Trujillo (Valle del Cauca), han traspasado sus límites, han resurgido del dolor y han tratado de urdir distintas iniciativas para esclarecer los hechos que los victimizaron y construir la memoria de los caídos.

En esta investigación se pretende analizar la forma como los familiares de las víctimas de Trujillo y sus acompañantes han iniciado y desarrollado los procesos de reconstrucción

de los hechos, de reparación simbólica y de duelo en un escenario donde el conflicto aún no ha cesado. Tras la masacre ocurrida entre 1986 y 1994 en Trujillo, Riofrío y Bolívar (Valle del Cauca) y la aceptación de responsabilidad por parte del Estado² en 1995, los familiares de las víctimas decidieron unir fuerzas y trabajar conjuntamente en la construcción de una memoria histórica de los hechos violentos, pese a las amenazas y al hostigamiento que después de 20 años siguen latentes en Trujillo.

Ahora bien, no sólo se quiere hablar de los procesos de memoria y duelo entre los trujillenses; también se quiere mostrar una perspectiva analítica que facilite revelarlos más allá de los rituales y el relato; es decir, desde el cuerpo como evidencia material de los hechos violentos y como construcción simbólica, desde los objetos como albergues de recuerdos e identidades particulares y desde el arte como medio de liberar el dolor, acercarse a la violencia y evadir por un instante la cruenta realidad que vela la vida de los trujillenses.

Vale la pena aclarar que aquí la memoria se entiende como un instrumento que remite a todas las formas de presencia del pasado y las hilvana con las vivencias del presente de los grupos humanos, como sugiere Maurice Halbwachs (2004).

² Éstas fueron las palabras declaradas por el presidente Ernesto Samper el 31 de enero de 1995: “Venimos a expresar una sincera contrición, a nombre de todos los colombianos, por este caso de sacrílega violencia [...] Venimos, además, con un firme propósito de enmienda: el de que ojalá nunca jamás esta historia, la triste historia de Trujillo, se repita [...] Acepto, como Presidente de Colombia, la responsabilidad que corresponde al Estado colombiano por la acción u omisión de servidores públicos en la ocurrencia de los hechos violentos de Trujillo, sucedidos entre los años 1988 y 1991” (Memoria Histórica, 2008: 182).

La memoria no es historia, pues ésta tiende a la inteligibilidad del pasado; tampoco es recuerdo, ya que éste es un instrumento de la memoria. Entonces la memoria es, en términos de Pierre Nora, una “economía general y administración del pasado en el presente” (Le Goff y Nora, 1985: 75), que en el caso de Trujillo es mecanismo para lucha contra la impunidad, exigir el castigo de los victimarios, combatir el olvido y la repetición de la violencia y reivindicar la historia trágica de las víctimas.

No es acertado afirmar que el proceso de la Asociación de Familiares de Víctimas de Trujillo (Afavit) y de otros familiares alejados a ésta ha sido sencillo y bien acogido por todos los habitantes de Trujillo, pues existen tensiones entre los representantes de la Asociación, otros familiares de víctimas que han iniciado procesos de memoria lejos de Afavit y los trujillenses que no apoyan ninguna iniciativa de memoria. Con este proyecto se busca conocer el camino que Afavit y otros familiares han tenido que emprender para construir la memoria de los hechos violentos de Trujillo y de sus víctimas e iniciar los procesos de duelo. En otras palabras, se quiere conocer cómo Afavit y las iniciativas independientes de familiares de víctimas han construido las nociones de cuerpo y memoria, a manera de mecanismo para esclarecer los hechos y elaborar los procesos simbólicos y de duelo tras la masacre de 1986-1994.

En Trujillo, la construcción de memoria y verdad no sólo está velada por el temor a represalias o por el abandono estatal; también está permeada por divergencia de pensamientos y formas de proceder frente al acompañamiento realizado a

los familiares de víctimas, al manejo de recursos destinados a su reparación y a la representación de las víctimas en eventos públicos. Acompañamiento, entendido como elaboración de duelos individual y colectivo junto a las familias, a la realización de movilizaciones, a la recopilación de testimonios, entre otros mecanismos. En esta investigación se abordan dos iniciativas de construcción de la memoria que se han generado en el municipio, de acuerdo con las perspectivas particulares de dos de sus representantes: la primera es Afavit, asociación reconocida nacional e internacionalmente por su lucha contra la impunidad en el caso de Trujillo y acompañada por la hermana Maritze Trigos Torres. La presencia de esta acompañante, desde finales de la década de 1990, ha sido fundamental, pues ella ha movilizado los procesos de denuncia pública relacionados con la masacre, ha acompañado a los familiares de las víctimas en sus procesos simbólicos y de duelo y ha impulsado el uso de medios expresivos como instrumentos de visibilización, denuncia y duelo.

Además del acompañamiento de mujeres líder como la hermana Maritze Trigos, la asociación se caracteriza por la presencia de un componente político que, según el informe de Memoria Histórica, “la constituye la dimensión de la memoria de las víctimas más allá del espacio local” (2008: 24). La vinculación de los familiares de las víctimas de Trujillo al Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice) y otros movimientos de víctimas nacionales e internacionales — Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (Asfaddes), Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz de la Conferencia de Religiosos de Colombia, Comisión

Andina de Juristas, Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo y Comité de Solidaridad con los Presos Políticos—, le ha permitido a Afavit ampliarse como organización y fortalecer sus lazos políticos y sociales en escenarios nuevos y con nuevos actores.

De acuerdo con la postura política del Movice, evidente en los discursos de Afavit, buena parte de los crímenes cometidos contra movimientos sociales y populares en Colombia:

[...] obedecen a una intención social, política, económica e ideológica promovida por el Estado colombiano y sus agentes o permitida, por éste implementada por grupos paramilitares, a favor de intereses particulares ligados a las clases dominantes y empresas transnacionales [...] por tanto es éste el que tiene la obligación de responder ante las víctimas. (Movice, 2009)

El vínculo con escenarios y actores nuevos, como Movice, ha permitido que los familiares de víctimas de la asociación superen en parte los temores a represalias, den nombre a los que consideran victimarios por acción u omisión (en este caso el Estado) y exijan reparación por sus acciones.

La segunda iniciativa de construcción de la memoria está constituida por familiares de víctimas alejados del proceso de Afavit, quienes han tratado de reconstruir y reivindicar su memoria. El caso de Lucía Pérez³ es quizá el más representa-

³ El nombre de la testigo ha sido cambiado. Pese a que no perdió a todos sus seres queridos de una sola vez en episodios como la masacre de La Sonora,

tivo, ya que ella ha sido la única que ha tratado de movilizar procesos jurídicos de forma independiente y ha buscado espacios públicos (en universidades, por ejemplo) para mostrar sus denuncias relacionadas con la masacre de Trujillo.

Con iniciativas individuales no se hace referencia a algún tipo de colectividad de familiares que trabaje en contraposición a Afavit para construir memoria y hacer duelo. Son individuos o familias particulares que decidieron iniciar un proceso de evocación de sus seres queridos por cuenta propia. Tal es el caso de la mujer mencionada, que se dedica a hacer canciones, poemas y cuentos para recordar a su padre y a sus tres hermanos. Es importante aclarar que aunque la asociación y las iniciativas individuales surcan caminos distintos, buscan objetivos similares: el esclarecimiento de los hechos, el castigo a los victimarios y la construcción y reivindicación de la memoria de las víctimas. En palabras de la geógrafa y filósofa María Quintero, que ha explorado de cerca el caso de la masacre de Trujillo:

Yo pienso que Afavit [...] tiene una legitimidad histórica porque inicia un proceso y [...] como toda organización, hay ciertas veleidades personales, subjetivas de muchas personas, me imagino internamente, y eso crea fricciones y significados frente al proceso mismo [...]. Entonces son procesos que van [...] con propósitos distintos, pero van

los reconoce como víctimas de la masacre de Trujillo, ya que se encontraban en estado de indefensión y fueron más de cuatro personas, aunque no fueron asesinadas el mismo día.

para el mismo puerto; yo lo resumo así: con propósitos distintos pero para el mismo puerto. Es decir, que ahí hay una reconstrucción de la memoria. (Entrevista a María Fernanda Quintero, 12 de septiembre de 2009)

Esta legitimidad histórica de Afavit es cuestionada por otros familiares de víctimas ajenos a su proceso, ya que para ellos es una iniciativa hegemónica liderada por unos cuantos que no representan las voces de todos los familiares de víctimas afectados por la masacre. En otras palabras, como sugiere María Quintero, algunas personas alejadas de la labor de Afavit se sienten aisladas de los procesos de memoria y duelo abanderados en la asociación; por eso afirman que ésta sólo aprovecha el nombre de sus víctimas para alimentar su legitimidad como iniciativa de *memoria desde abajo*.⁴

Afavit también tuvo algunos conflictos con la Comisión Interclerical de Justicia y Paz, que hacia 1995 le había dado origen, pues no compartía su forma de asumir el acompañamiento de las víctimas. Por esa razón la Comisión salió de Trujillo en 2005 y dejó el proceso de memoria y esclarecimiento en manos de la hermana Maritze, Afavit y el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo. De igual forma, dentro de la asociación también se estaban gestando discrepancias, evidentes con la salida de algunos miembros y la formación de grupos alternativos, como la Orden Perdida,

⁴ En este caso, el concepto de *memoria desde abajo* alude a las memorias construidas por las víctimas, a partir de sus experiencias, recuerdos y olvidos; es la memoria de los “vencidos”. Este tipo de memoria se opone a la oficial, que es construida por el bloque de poder hegemónico, por los “vencedores”.

surgido de Afavit y conformado principalmente por jóvenes. Este grupo cuestionaba su manejo del parque, su acompañamiento de las víctimas y la relevancia que le daban a la tragedia y no a la vida de los trujillenses que aún quedaban con vida y querían trabajar por su municipio.

En síntesis, existen opiniones encontradas respecto a la labor de Afavit entre los familiares de víctimas de Trujillo; sin embargo, ello no resta el valor de sus esfuerzos en la búsqueda de la memoria, la justicia y el duelo. A continuación se muestra el camino que se va a recorrer para resolver el interrogante planteado, así como los métodos y las perspectivas analíticas que sustentan cada una de las partes de este proceso; pero antes es necesario definir qué sucedió en Trujillo entre 1986 y 1994, qué se conoce como masacre y cuándo se tipifica como un delito en Colombia.

La masacre de Trujillo

Son ya 20 personas que, en circunstancias extrañas han desaparecido de la región desde la madrugada del primero de abril “Hasta el párroco se lo llevaron” dicen angustiados y temerosos varios feligreses [...] Alcalde García: “Esta es una tierra de gente sencilla, dedicada en su mayoría al campo [...] el narcotráfico es algo que no conozco en mi jurisdicción”. Con la denuncia de la mujer se elevaría a 27 el número de desaparecidos en Trujillo, lista que incluye al párroco y a sus tres acompañantes [...] dijo que habían sido en la zona rural de Trujillo por hombres que vestían

prendas militares y que portaban una bandera negra. Dirigentes conservadores descartan violencia política. (*El Tiempo*, 1990)

Cuerpos fragmentados en la aurora y la penumbra, que se evaporan entre la impotencia y las lágrimas. Cuerpos que hacen del río Cauca un afluente purpúreo de impunidad y silencio. Son 20 las víctimas, según la noticia del 21 de abril de 1990 que apareció en *El Tiempo*; 27 sugiere ésta más adelante, y hasta al párroco se lo llevaron, decían los familiares. ¿Qué ocurrió en un municipio que según el alcalde del 1990 era de gente sencilla y dedicada al campo?

Según el informe de Memoria Histórica (2008), entre 1986 y 1994, Trujillo, Riofrío y Bolívar (Valle del Cauca) fueron el escenario de asesinatos, torturas y desapariciones que cobraron la vida de 342 personas, de acuerdo con los familiares de víctimas. Pero, ¿por qué la sevicia y la aniquilación se instalaron en este territorio? Desde la época de la denominada Violencia, Trujillo ha sido el albergue de distintos actores, conflictos y procesos, cuyas tensiones y divergencias contribuyeron a la consolidación de dinámicas violentas. A finales de los años ochenta era posible identificar a cuatro grupos de agentes en la zona de Trujillo, cada uno con intereses particulares.

El primero era el Ejército de Liberación Nacional (ELN), ubicado en la zona periférica del municipio, conocida como Playa Alta, y que en apariencia tenían un proyecto expansivo. También era posible encontrar a las organizaciones del narcotráfico del Norte del Valle, lideradas por Henry Loaiza

(alias el “Alacrán”) y Diego Montoya (alias “Don Diego”) (Memoria Histórica, 208: 16). Éstas buscaban la apropiación de territorios en la zona. El tercero eran las facciones partidistas, que protagonizaban una pugna interna originada en la época de la Violencia. Finalmente, estaban las nacientes organizaciones comunitarias, impulsadas desde la parroquia por el sacerdote Tiberio Fernández Mafla, que para los otros tres actores eran una amenaza, pues obstaculizaban los procesos de apropiación ilegal de tierras y se convirtieron en una fuerza colectiva y autónoma en busca de derechos ajenos a los intereses de la guerrilla, el narcotráfico y los políticos.

Vale la pena mencionar que Trujillo tiene ubicación geopolítica estratégica que facilita la movilización de tropas y el tráfico de estupefacientes, pues su cercanía al cañón del Garrapatas lo convierte en un punto fundamental para asegurar la salida al Pacífico. En palabras de la hermana Carmen Cecilia Ávila, acompañante del proceso de memoria y pastoral en Trujillo hasta el 2002:

El Naranjal, que es un municipio ya al final para entrar al cañón del Garrapatas, es donde tienen, porque sacan la coca por el sur del Chocó. Entre semana por ser zona roja hay como 15, 20 policías, pero sábados y domingos máximo dos o tres, porque todos se iban a la región ésa, de los caños, eso a cobrar la mesada. (Entrevista a la hermana Carmen Cecilia Ávila, 15 de abril de 2009)

En cuanto a los antecedentes, Memoria Histórica (2008) sugiere que la organización social campesina y el trabajo

político del ELN en el Valle coincidieron con el auge del narcotráfico al norte del departamento. En El Dovio, por ejemplo, Iván Urdinola⁵ estaba incrementando su capital económico y se enfrentaba con los guerrilleros asentados en San Quinini y en el Cañón, ya que éstos querían impedir la expansión territorial del narcotraficante y la construcción del corredor a la salida del Pacífico (Memoria Histórica, 2008: 101). Los habitantes de Trujillo sugieren que el respaldo de la guerrilla a la negativa campesina de venderles tierras a los narcotraficantes generaron las retaliaciones contra el párroco y sus asociaciones:

Según alguno de los entrevistados, la intervención del padre Tiberio en la liberación de Rogelio Rodríguez fue determinante para involucrarlo en el conflicto: el señalamiento de algunos capturados y torturados por Henry Loaiza, alias *el Alacrán*, sobre las sospechas de que los dineros de la cooperación internacional que recibía y manejaba el padre Tiberio para el apoyo a sus microempresas ocultaban dinero de los rescates pagados a la guerrilla, llevaron a este capo, una persona muy impulsiva, demasiado loco para tomar sus decisiones, a capturar, torturar y asesinar al sacerdote. (Memoria Histórica, 2008: 103)

⁵ Iván Urdinola fue uno de los fundadores e integrante del Cartel del Valle. El 26 de abril de 1992 fue capturado en la operación “Robledo II”, en El Dovio, y el 24 de febrero de 2002 sufrió un infarto mientras pagaba una pena de 17 años en la Cárcel de Itagüí.

Como sugiere Juan Ricardo Aparicio (2009b), al auge del narcotráfico se puede agregar el surgimiento de paramilitares en diversas zonas de Colombia, que desataron masacres y generaron desplazamientos masivos durante sus persecuciones a grupos guerrilleros o a movimientos políticos alternativos de izquierda.⁶ Además de estas acciones, es necesario considerar la importancia de la lucha entre facciones del Partido Conservador como detonante de la masacre acaecida en Trujillo. En apariencia, el interés de Juan Giraldo (político conservador del municipio) por reivindicar la facción holguinista (Partido Conservador) y obstaculizar la expansión del lloredismo (Partido Conservador), liderado por Rogelio Rodríguez, generó diversos conflictos.

En primer lugar, el rechazo expreso del padre Tiberio a las prácticas violentas de Giraldo y la aceptación de las ayudas económicas de Rodríguez hicieron que fuera tildado de lloredista y por esta razón también lo asesinaron. En segundo lugar, para impedir el triunfo electoral de Rodríguez en la elección popular de alcaldes en 1988, Giraldo lo mandó a secuestrar para venderlo a la guerrilla del ELN.

El Grupo de Memoria Histórica, de la Comisión de Reparación y Reconciliación, plantea en el libro *Trujillo: una tragedia que no cesa* que Juan Giraldo es una de las víctimas más incómodas y cuestionadas de Trujillo, pues se le atribuye una trayectoria de violencia y se le acusa de contribuir en el

⁶ En sus palabras: “[1990] was the decade where paramilitaries emerged in different regions in Colombia, unleashing massacres and displacements while they were persecuting guerrilla groups and/or any popular alternative movements and left-wing political parties in the country” (Aparicio, 2009b: 165).

desencadenamiento de la masacre. Según el informe, Giraldo tenía su propio grupo delincencial; azuzó la enemistad entre narcotraficantes y guerrilleros del ELN, al efectuar asaltos en las propiedades de los narcos a nombre del grupo insurgente, y difundió el rumor que el padre Tiberio tenía vínculos con el ELN, tras su mediación para liberar a Rogelio Rodríguez, enemigo político de Giraldo (Memoria Histórica, 2008: 89).

La marcha campesina y enfrentamiento militar con el ELN: justificando la sevicia

Al final, todos estos conflictos entre guerrilleros, narcotraficantes, representantes políticos y miembros de las Fuerzas Armadas estallaron en Trujillo con la marcha campesina del 29 de abril de 1989, apoyada por el padre Tiberio y sus organizaciones campesinas. Según Memoria Histórica, esta movilización fue tildada por el gobernador Ernesto González Caicedo, por los mandos del Ejército y por la Policía como una acción subversiva dirigida por el ELN. En la marcha, los campesinos pretendían reclamar por el deterioro de las vías, la inexistencia de programas de salud y el desempleo (Memoria Histórica, 2008: 89). De acuerdo con la hermana Maritze Trigos, acompañante de Afavit, la marcha se gestó en una época en la que este tipo de iniciativas eran comunes en Colombia. Sin embargo, en Trujillo no devino en el mejoramiento de las condiciones del campesinado; se convirtió en una excusa idónea para justificar los asesinatos y desapariciones posteriores, ya que para los agentes del Estado era una iniciativa impulsada por los miembros del ELN. Al

parecer, durante la marcha se identificaron a los líderes de las nacientes asociaciones impulsadas por el padre Tiberio y a todos los participantes, con el propósito de silenciar sus voces de protesta y detener violentamente sus iniciativas. En palabras de Maritze Trigos:

Entonces en el 89, que fue época de las grandes marchas campesinas, 88 y 89, él también organizó su marcha, y como tenía pueblo, dicen que fue impresionante. Allí está la foto de todos los Willys que venían de la vereda, y trajeron plátanos, yucas, gallinas, y se tomaron el parque principal de donde partimos. Ése fue el detonante, el detonante mayor. [...] En la marcha quitaron la luz, cercaron el parque, llenaron de tropa, hicieron tiros al aire, hubo varios heridos [...] eso fue el 28 de marzo del año [...] 89. En esa marcha fotografiaron caras, identificaron líderes y vieron quiénes se estaban organizando. En la segunda marcha... y fue en el 89, y luego en el año siguiente, que también quisieron organizar la otra marcha, ahí es cuando el 29 de marzo hay una confrontación guerrilla y militares, y murieron siete soldaditos, un oficial y seis soldaditos. (Entrevista 4 de agosto de 2009)

Como lo menciona la hermana Maritze Trigos, tras la marcha de 1989, el 29 de marzo de 1990 se presentó un enfrentamiento entre el ELN y el Ejército Nacional, que acabó con la vida de seis soldados y un civil (siete víctimas a juicio de Maritze, once al juicio de Memoria Histórica). Este hecho se convirtió en el detonante de los asesinatos y

desapariciones ulteriores, que entre los rumores temerosos de la población amedrentada eran justificados como un plan de control contrainsurgente. Sin embargo, velaban los planes estratégicos de control territorial urdidos por la alianza entre narcotraficantes y agentes, tanto locales como regionales de las Fuerzas Armadas.

Pese a que la masacre de Trujillo conjugó los hechos violentos acaecidos entre 1986 y 1994, su clímax se situó hacia 1990, tras la marcha campesina y el enfrentamiento entre militares y el ELN. De acuerdo con Memoria Histórica (2008), la masacre se concentró en las zonas urbanas de Trujillo (69 víctimas); en los corregimientos de La Sonora, Andinópolis y Venecia (59 víctimas), y en los corregimientos de El Naranjal (15 víctimas), Bolívar y Salomínica (20), del municipio de Riofrío (Memoria Histórica, 2008: 40). Entre las modalidades de violencia se destacaron los asesinatos selectivos y las desapariciones, que incluían la tortura, la fragmentación de los cuerpos y su arrojamiento en el río Cauca. En general, estos actos de barbarie eran ejecutados en las fincas de Henry Loaiza, Villa Paola, y de Diego Montoya, Las Violetas, por una alianza regional de agentes entre el narcotráfico y la fuerza pública.⁷ El 91,4% de las víctimas de esta masacre fueron hombres, entre los 18 y los 45 años de edad.

⁷ De acuerdo con Memoria Histórica: “La fuerza pública (Ejército y Policía Nacional) estuvo involucrada presuntamente en los crímenes del 34,7% de las víctimas de la Masacre de Trujillo (1986-1994) cuyos casos se han podido esclarecer. Su responsabilidad directa en las desapariciones forzadas o asesinatos ejecutados en 1990 es de alrededor del 51% sobre el total de víctimas documentado hasta ahora [...] Respecto a las estructuras criminales del narcotráfico, con alianza de miembros de la Fuerza Pública o sin ella, se les imputa responsabilidad

Jornaleros, motoristas, tenderos, líderes religiosos, trabajadores de la salud, inspectores de Policía, amas de casa. Todos fueron víctimas de la sevicia de hombres como el coronel Alirio Urueña, Henry Loaiza y Diego Montoya, quienes —de acuerdo con Maritze Trigos, los testimonios de Daniel Arcila y algunos trujillenses⁸— sin remordimiento fragmentaron los cuerpos, aniquilaron sueños y labraron agonías; hombres que pretendían dismantelar las iniciativas de organización campesina lideradas por el padre Tiberio Fernández, que se habían convertido en la esperanza de un mejor pago por las cosechas y el trabajo.

Aunque se ha tratado de matizar la barbarie de los hechos, quizá por temor a herir la sensibilidad de los colombianos ajenos a las masacres (sensibilidades que en muchos casos están curtidas por el olvido y la indiferencia), algunos familiares de las víctimas piden que se presenten los hechos tal como sucedieron, pues a su juicio sólo el encuentro visceral con la realidad puede contribuir a la elaboración de una memoria más sólida, que agilice los procesos jurídicos contra los victimarios y garantice la no repetición de los hechos. Así relata una mujer de Trujillo los hechos violentos que sacudieron su municipio:

en los hechos violentos que concentraron el 31% de las víctimas de la Masacre de Trujillo entre 1986 y 1994, así como en el 40,8% de los casos esclarecidos de 1990” (Memoria Histórica, 2008: 43).

⁸ De acuerdo con Rubiel, un habitante de Trujillo: “Este asesinato se le atribuye a los narcotraficantes de acá del Valle y al mayor Alirio Urueña del Ejército del batallón Palacé de Buga” (extraído de *Contravía*: “Trujillo: una tragedia que no cesa”, 12 de noviembre de 2008).

Así puedo detectar que en el período de 1986 y 1994 se evidenció una práctica sistemática de eliminación de vidas humanas, en el cual tuvieron participación, en primer orden, agentes directos e indirectos del Estado, amparados por la complicidad activa o pasiva de las instituciones oficiales, y el momento más álgido de esta masacre continúa ocurriendo desde el año 1990. Ésa es como la época más dura, donde 23 personas fueron asesinadas arbitrariamente con motosierra. Ellos fueron descuartizados, mutilados, decapitados, castrados; entre ellos el sacerdote de mi pueblo, de mi amado pueblo Trujillo, Valle, Tiberio Fernández Mafla. Fue una lesión infame, causada con sevicia. (Entrevista a Lucía Pérez, 20 de agosto de 2009)

Entre los hechos más representativos de la masacre es posible mencionar la desaparición forzosa y masacre de La Sonora, en la madrugada del 1° de abril de 1990, la desaparición y asesinato de los ebanistas en el casco urbano de Trujillo el 2 de abril de 1990 y la desaparición y asesinato del sacerdote de Trujillo, Tiberio Fernández Mafla, su sobrina y sus dos acompañantes. En la masacre de La Sonora fue desaparecida la partera del municipio, María Esther Cayapú Trochez, mujer de origen indígena que un año atrás había defendido a su hijo de la agresión de un policía en la marcha campesina. Su hija Berenice narra así la noche en que su madre fue desaparecida:

El día primero llegaron un grupo de hombres que empezaron a llamar a la puerta diciendo “tía, ábranos” [...]

Mi mamá María Esther Cayapú de Arboleda respondió que “quiénes eran”. Uno de ellos respondió “soy Cruz. Ábranos o, si no, tumbamos la puerta”. Abrimos y la casa estaba rodeada de militares, entre 8 o 10 con armas largas, uno encapuchado. [...] Uno de ellos le dijo a mi mamá que si yo también, y dijo que no, que ella, refiriéndose a mí, “se queda con esos chinitos” y sino también la echábamos. (Comisión de Investigación de los Hechos Violentos de Trujillo, 1995)

En cuanto a la masacre de los ebanistas, que cobró la vida de cinco hombres, la hermana Maritze Trigos cuenta:

Los cinco ebanistas los recogió la policía de Trujillo. Como ahí no podían actuar... la gente viendo porque eran las diez de la mañana, se los llevaron a la policía de Tuluá, y gracias a Dios había dos señores, uno de ellos que sirvió de testigo, que describió a los ebanistas, y dizque los ebanistas hacían así con la mano (pidiendo ayuda) como quien dice ¡auxilio, haga algo! Con los cinco ebanistas se llevaron a los dos hermanos Naranjo [...] Ellos están vivos por obra de Dios y es testigo de todas las torturas que le hicieron a los ebanistas [...] Entonces cuando las familias de los tres Vargas, de los ebanistas fueron a hablar a la comisaría de Policía de Tuluá, les dijeron que allá no había nada: no entren, no entren y los insultaban. (Entrevista 2 de agosto de 2009)

El caso del padre Tiberio es uno de los más rememorados por los trujillenses, ya que es recordado como un mártir de

los pobres, que quería cambiar las condiciones de vida de la población más vulnerable de Trujillo. Según la hermana Maritze Trigos:

El padre Tiberio era sociólogo. Había estado en Europa. Allá aprendió lo que era la cooperativa; no era sólo un curita de iglesia, metido allá, no. Su compromiso era también un compromiso político, la formación de sociedad, la opción por los pobres, que es el detonante fuerte que Tiberio había iniciado [...] 20 cooperativas para sacar a la gente de la pobreza. Organizó a las mujeres con ventas comunitarias, organizó a los jóvenes con las tres carpinterías que hizo. (Entrevista 4 de agosto de 2009)

Tras el sepelio de Abundio Espinosa, en Tuluá (también víctima de la masacre), el padre Tiberio Fernández y sus tres acompañantes fueron interceptados en la vía Tuluá-Trujillo por civiles que al parecer los condujeron a la finca Villa Paola, donde fueron torturados y asesinados. Sólo se recuperó el cuerpo del párroco. De acuerdo con el periódico *El Tiempo*, del miércoles 25 de abril de 1990:

Hallan muerto párroco de Trujillo: El cadáver del sacerdote fue rescatado del sector de El Remolino, corregimiento San José El Hobo, jurisdicción de Roldadillo (Norte del Valle) [...] La identificación se logró al comprobarse que la pierna derecha de Fernández Tenía una platina y sus hombros presentaban cicatrices [...] Las autoridades comprobaron que el sacerdote fue torturado antes de morir. La forma

en que fue mutilado hizo recordar las peores épocas de la violencia conservadora [...] con el sacerdote ya son 9 las personas muertas y 19 las desaparecidas en Trujillo en lo que va corrido del mes. La súbita oleada de violencia empezó a sacudir el centro-occidente del Valle luego de un ataque de Ejército de Liberación Nacional (ELN) contra una patrulla del ejército en el que murieron 6 militares.

Otro asesinato fue el de Daniel Arcila, informante militar que decidió contar los hechos violentos en la Fiscalía y en la Procuraduría. Sus declaraciones fueron indispensables para la apertura de casos por la masacre contra Henry Loaiza y miembros activos del Ejército y la Policía. Según las declaraciones de la hermana Maritze, en la entrevista del 4 de agosto de 2009, el 5 de mayo de 1991 Arcila decidió volver a Trujillo tras abandonar el Ejército, y viajar a Bogotá a rendir testimonios de los hechos que había presenciado. No obstante, fue retenido en el parque municipal junto a su acompañante Mauricio Castañeda. Este último fue asesinado en el mismo lugar y Daniel Arcila fue llevado a la finca Villa Paola, donde fue víctima de los actos que antes sólo presenció.

Éstos son algunos casos de la masacre que no les restan importancia a los otros actos descarnados, cometidos contra cientos de trujillenses a finales de los años ochenta y principios de los noventa. Como es evidente, en Trujillo la masacre fue una herramienta de aniquilación empleada por los victimarios para alcanzar sus objetivos particulares; pero es necesario preguntar, ¿qué es la masacre? ¿Qué pa-

pel ha tenido en la historia de violencia en Colombia? ¿Se considera como un delito? A continuación se tratará de dar respuesta a estos interrogantes.

Colombia y sus masacres: el caso de Trujillo

La masacre y su tipificación como delito en Colombia

A juicio de María Victoria Uribe, la masacre puede definirse como un acto de aniquilación violenta de cuatro o más personas en estado de indefensión. En sus palabras: “Definiremos la masacre como el acto de liquidación física violenta, simultánea o cuasi simultánea, de más de cuatro personas en estado de indefensión. En cuanto al acto, nos interesa medirlo espacial y temporalmente, registrándolo mediante variables que den cuenta de su naturaleza” (1995: 37). Las masacres se puedan clasificar de acuerdo con sus fines, sus sentidos y sus motivos en políticas, entre las que se incluyen estatales, paraestatales y masacres de la guerrilla; en masacres orientadas socialmente contra grupos marginales y de excluidos y contra grupos familiares; en masacres orientadas económicamente, como las del narcotráfico y por apropiación, y en masacres por desequilibrio psíquico.

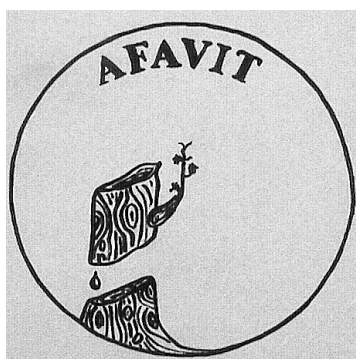
En el caso de Trujillo, la masacre puede ubicarse entre lo político y lo económico, ya que implicó acciones violentas de agentes del Estado, grupos paraestatales y miembros del narcotráfico, que buscaban la apropiación de territorios en el norte del Valle. En Colombia no hay una ley específica

que tipifique la masacre como un delito; sin embargo, la Ley 589 de 2000 atribuye el carácter de delito a la desaparición forzada, el genocidio, el desplazamiento forzado y la tortura:

Artículo 268A. Desaparición forzada. El particular que perteneciendo a un grupo armado al margen de la ley someta a otra persona a privación de su libertad cualquiera que sea la forma, seguida de su ocultamiento y de la negativa a reconocer dicha privación o de dar información sobre su paradero, sustrayéndola del amparo de la ley, incurrirá en prisión de veinticinco (25) a cuarenta (40) años, multa de quinientos (500) a dos mil (2.000) salarios mínimos legales vigentes y en interdicción de derechos y funciones públicas de cinco (5) a diez (10) años. A la misma pena quedará sometido, el servidor público, o el particular que actúe bajo la determinación o la aquiescencia de aquél, y realice la conducta descrita en el inciso anterior.

Artículo 322A. Genocidio. El que con el propósito de destruir total o parcialmente a un grupo nacional, étnico, racial, religioso o político que actúe dentro del marco de la ley, por razón de su pertenencia al mismo, ocasionare la muerte de sus miembros, incurrirá en prisión de cuarenta y cinco (45) a sesenta (60) años, en multa de quinientos (500) a dos mil (2.000) salarios mínimos mensuales vigentes y en interdicción de derechos y funciones públicas de cinco (5) a diez (10) años.

Artículo 279. Tortura. El que inflija a una persona dolores o sufrimientos graves, físicos o psíquicos, con el fin de obtener de ella o de un tercero información o confesión, de castigarla por un acto por ella cometido o que se sospeche que ha cometido o de intimidarla o coaccionarla por cualquier razón que comporte algún tipo de discriminación incurrirá en prisión de ocho a quince años, multa de ochocientos (800) a dos mil (2.000) salarios mínimos legales vigentes, e inhabilitación para el ejercicio de derechos y funciones públicas por el mismo término de la pena privativa de la libertad. (Ley 589 de 2000)



Símbolo de Afavit

De acuerdo con Memoria Histórica, existen diversas organizaciones y acompañantes que se han unido a la reconstrucción de la memoria de la masacre. Este proceso fue emprendido por el sacerdote jesuita Javier Giraldo, quien lideraba la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz,

después conocida como la Comisión Interclerical de Justicia y Paz. Tras el asesinato del padre jesuita Tiberio Fernández Mafla, Javier Giraldo se propuso recoger los testimonios de familias de víctimas, tanto en la zona urbana de Trujillo como en las zonas rurales. Con ello pudo elaborar una “cartografía de la masacre” e identificar el número aproximado de víctimas (en ese momento identificó 62 víctimas). A partir de esto, inició un proceso de acompañamiento de dichas familias (Memoria Histórica, 2008: 179).

Después de la labor de Giraldo, los familiares de las víctimas y sus acompañantes en el esclarecimiento y construcción de memoria empezaron a perder el temor a posibles represalias por parte de los victimarios, a organizarse y a buscar espacios para hacer públicas sus denuncias e iniciativas. Las recomendaciones de Justicia y Paz y de la Comisión de Investigación de los Sucesos Violentos de Trujillo (CISVT) impulsaron la construcción del Parque Monumento, que se hizo en un lote de 63.000 metros cuadrados, adquirido por la Administración Municipal. Simultáneamente, en 1995 se organizó la Afavit, con más de 170 familiares de personas que fueron desaparecidas y asesinadas entre 1986 y 1994 en Trujillo, Riofrío y Bolívar. A juicio de Memoria Histórica):

[Afavit] surge en el año 1995 a raíz de la aceptación de responsabilidad del Estado en los hechos violentos de Trujillo por parte del presidente Samper. Con su creación, sus promotores buscaban continuar con la lucha en pro de la justicia y hacer una veeduría al Estado para que cumpliera

en la práctica con las recomendaciones y compromisos adquiridos con la CIDH. (Memoria Histórica, 2008: 183)

En el 2005 surgió la Ley 975, mejor conocida como la Ley de Justicia y Paz, que según Javier Ciurlizza, director del Programa Américas, del Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ), encargó a la Comisión de Reparación y Reconciliación (CMRR) la elaboración de informes “sobre el origen y la evolución de las organizaciones armadas ilegales” (2008, p. 4). Para ello la CNRR estableció el grupo de Memoria Histórica, que no se considera una comisión de verdad y cuyos estudios ofrecen un sentido del contexto, pero no necesariamente un relato exhaustivo de los hechos violentos. El primer informe de Memoria Histórica fue el de Trujillo, titulado *Trujillo: una tragedia que no cesa*, y lanzado en el marco de la semana por la memoria de septiembre de 2008.

¿Por qué hablar de los procesos de esclarecimiento de los hechos y la elaboración simbólica y de duelo en Trujillo?

Colombia es un monumento vivo a la sevicia. Masacres como la de El Salado, la de San José de Apartadó o la de Bojayá han teñido de rojo la historia nacional; sin embargo, muchos familiares han dejado atrás el temor a represalias y han tratado de conjugar sus agonías individuales para luchar contra el silencio y construir la memoria de sus mártires. La Galería Tiberio Fernández Mafla, de Cali; la Comisión Ciudadana de Reconciliación del Caribe, y las organizaciones de vícti-

mas del Oriente antioqueño son algunos ejemplos de estas iniciativas. Entonces, ¿por qué hablar del caso Trujillo y de las iniciativas impulsadas desde Afavit y desde acciones individuales?

Pese a las tensiones, las amenazas y las divergencias que se han presentado en su construcción de verdad, memoria y duelo, Afavit y los familiares alejados de la asociación han emprendido un proceso particular y dinámico, impulsado por la aceptación de la responsabilidad estatal. Con la declaración de responsabilidad del Estado por parte del presidente Ernesto Samper (que se explica más adelante) tales procesos tomaron caminos nunca antes surcados por organizaciones de víctimas. La construcción del Parque Monumento y la Galería de la Memoria fueron iniciativas novedosas, que llamaron la atención de entidades de derechos humanos nacionales e internacionales y que dieron visibilidad a las iniciativas adelantadas por Afavit.

Pese a que el Estado aceptó su responsabilidad, su presencia en los procesos de verdad y memoria ha sido escasa. Por ello los avances en materia de esclarecimiento de los hechos, conmemoración de las víctimas y lucha contra la impunidad han sido liderados por estas iniciativas particulares, que surgieron de los familiares y se consolidaron por sus propios esfuerzos. Se debe recordar que la presencia de la Comisión Interclerical de Justicia y Paz y el lanzamiento del informe de Memoria Histórica en el marco de la Ley 975 han logrado movilizar los procesos jurídicos contra los victimarios. Por ejemplo, tras la publicación del libro en 2008, el entonces fiscal general Mario Iguarán se comprometió a trasladar los

procesos de Buga y Tuluá a Bogotá y a impulsar los procesos penales contra los agresores.

Organización del libro

Es importante aclarar que con el orden de las secciones no se pretende sugerir que el proceso de esclarecimiento y construcción de memoria es lineal e inflexible. Al contrario, la búsqueda de evidencias físicas, la reconstrucción de identidades, la recopilación de narrativas sobre los hechos y la elaboración de muestras artísticas se presentan de forma conjunta y constante en el proceso de construcción de la memoria. En este trabajo el concepto *proceso* no se refiere a un conjunto de fases sucesivas, sino a la forma en que, poco a poco, tras las acciones de investigación, denuncia, esclarecimiento y organización, los familiares de las víctimas de Trujillo relegaron un poco el temor a represalias y se embarcaron en la consolidación de sus procesos de verdad, memoria y duelo.

El cuerpo: construcción simbólica, evidencia y campo de batalla

En este capítulo se procura analizar la manera en que los familiares de víctimas mortales de Trujillo perciben y atribuyen significado al cuerpo físico de sus muertos o a la ausencia de éste en caso de desaparición, como evidencia física de los hechos. También se muestra cómo sus marcas, fragmentaciones y ocultamiento tienen significados simbólicos para los

familiares de las víctimas y los victimarios. En primer lugar, se examina de qué forma la masacre empezó a utilizarse como mecanismo de intimidación y exterminio en Colombia desde finales de la década de los cuarenta, al seguir los planteamientos de María Victoria Uribe (1995), de José Vicente Rodríguez (2004) y de Elsa Blair (2005).

Después se habla del cuerpo como una construcción simbólica a cuyas marcas, fragmentaciones y manipulaciones también se les ha atribuido significaciones específicas según el contexto que los hospeda y los apremios del victimario. Particularmente se muestra cómo los miembros de Afavit, sus acompañantes y otros familiares desvinculados de su proceso han atribuido significados especiales a los cuerpos, sus marcas, o a la ausencia de éste, en caso de desaparición.

Reconstrucción de los hechos violentos de Trujillo

En este capítulo se revisan los mecanismos empleados por Afavit y por las iniciativas individuales de familiares de Trujillo para narrar y reconstruir los hechos violentos ocurridos en el municipio, entre 1986 y 1990. Para ello se acude tanto a los testimonios orales como a escritos recopilados y elaborados por ambas iniciativas. También se contemplan los planteamientos de James Fentress y Chris Wicham (2003), que atribuyen características particulares a la memoria campesina, evidentes en los relatos contados por los familiares de Trujillo; al igual que a los de Daniel Pécaut (2003) y Griselda Kaufmann (1998), que explican cómo en tiempos de conflicto la memoria sufre una serie de alteraciones que influyen en la

construcción de verdades sobre el hecho violento. También otro punto que se trata en esta sección es la forma en que los familiares de víctimas, tanto de Afavit como fuera de ésta, recurren a las fechas y los lugares de los hechos para construir sus testimonios sobre la masacre.

Evocando a las víctimas: reivindicación de la vida de los caídos en Trujillo e inicio de los procesos de duelo

En el tercer capítulo se muestra cómo los familiares de las víctimas desde Afavit y fuera de ella han procurado reivindicar la memoria de sus muertos o desaparecidos después de la masacre. También se consideran los mecanismos que estos familiares han empleado para iniciar sus procesos de duelo, cuando hay cuerpo y cuando no lo hay, en el caso de los desaparecidos. Finalmente, se trabaja la manera en que los familiares tanto desde Afavit como desde las iniciativas individuales de víctimas de Trujillo han atribuido importancia a los objetos personales y a los lugares frecuentados por las víctimas como una herramienta de construcción de su memoria y de reivindicación de su recuerdo.

Además de recurrir a los testimonios de los familiares y sus acompañantes, se emplean los planteamientos de Elsa Blair (2005), que muestran cómo las marcas y fragmentaciones del cuerpo —tratadas en el primer capítulo— contribuyen a reconstruir la historia de la víctima desde su nacimiento hasta su trágica muerte. Así mismo, los de David Le Breton (2002), que muestran cómo el cuerpo y sus partes han adquirido históricamente nuevos significados, que in-

fluyen en el recuerdo de las víctimas. También se acude a los planteamientos de la psicóloga María Eugenia Díaz (2008), que explican los mecanismos alternativos empleados por los dolientes para tramitar el duelo ante la ausencia del cuerpo del ser amado, y los de Pilar Riaño y otras (2009), que plantean cómo los objetos personales o que evoquen a la víctima se convierten en un puente entre el recuerdo y el familiar que quiere recordarla.

Monumentos, peregrinaciones y medios expresivos: representando a las víctimas y a la masacre de Trujillo

En el último capítulo se identifican y analizan los mecanismos alternativos que han empleado los familiares de las víctimas de Afavit y los que no pertenecen a la asociación para reconstruir la identidad de sus muertos y desaparecidos, a fin de esclarecer los hechos de violencia y para construir memoria histórica. A juicio de los familiares y sus acompañantes, los medios expresivos se han convertido en memoria, pues inmortalizan el pasado y el presente de sus habitantes y permiten expresar las emociones reprimidas por el temor y culminar los procesos de duelo.

Es decir, los medios expresivos o artísticos son un instrumento de memoria y de curación. En este caso, con medios expresivos se alude al monumento, las pinturas, los poemas, los cuentos, las canciones y las esculturas, que han sido empleados por los familiares para expresar sus opiniones y percepciones relacionadas con la masacre. Las peregrinaciones también se analizan como mecanismos de conmemoración,

denuncia y expresión, utilizados principalmente por Afavit. Esa alternativa será considerada desde tres perspectivas: (1) como instrumento de reconstrucción de la identidad de víctimas, (2) como catalizador de los procesos de duelo de los familiares y (3) como herramienta de construcción de memoria histórica de los hechos violentos de Trujillo.

Metodología

Este proyecto se desarrolló en tres fases. La primera fue la recolección de material bibliográfico relacionado con el tema de violencia, memoria, duelo, medios expresivos y bibliografía secundaria de la masacre de Trujillo. Dicha información fue clasificada de acuerdo con las cuatro categorías trabajadas en el libro: cuerpo como evidencia física, reconstrucción de los hechos violentos, construcción del recuerdo de las víctimas y expresiones artísticas, y fue empleada como base teórica para el desarrollo de cada capítulo.

El informe presentado en 2008 por Memoria Histórica, *Trujillo: una tragedia que no cesa*, es uno de los principales sustentos teóricos de este trabajo, debido a su precisión en la narración de los hechos, la presentación de los actores implicados y la exhaustividad a la hora de mostrar los contextos macrosociales de la masacre. Sin embargo, no es un material bien recibido por todos los familiares de víctimas de Trujillo, pues algunos — en particular aquellos que se encuentran alejados del proceso emprendido por Afavit — sugieren que “legaliza las acciones de los victimarios y hace quedar a las

víctimas como guerrilleros, como si merecieran lo que les pasó” (entrevista a Lucía Pérez, septiembre de 2009). En otras palabras, para algunos de los familiares este informe muestra de forma parcial la verdad histórica de la masacre y pareciera darles la razón a las acciones de algunos victimarios.

Otra inconformidad expresada por algunos familiares de víctimas es la ineficiencia práctica del informe, ya que para ellos tan sólo es un texto que se alimenta de sus tragedias y no les aporta ningún tipo de ayuda en su proceso de reparación material y simbólica. Estos familiares ignoran que el trabajo surge en el marco de la Ley 975, de Justicia y Paz, que encarga a la CNRR elaborar un informe que presente, con intenciones principalmente informativas y no de denuncia, el origen y la evolución de las organizaciones armadas ilegales. En Trujillo, las opiniones respecto al informe de Memoria Histórica que aquí se emplea como sustento teórico no son homogéneas.

En la segunda fase se recopiló el material primario, en el que se cuentan los documentos impresos y en línea, como revistas, comunicados, ensayos y declaraciones en las cuales los representantes de Afavit y la vocera Maritze Trigos han hablado de los temas tratados. Así mismo, se cuenta con las entrevistas semiestructuradas, que permitieron no sólo acercarse a los líderes y acompañantes de la asociación, sino a los familiares que adelantan un proceso de memoria lejos de Afavit. Entre los entrevistados se cuenta a las hermanas Maritze Trigos y Carmen Ávila, acompañantes de Afavit; Carlos Ulloa, acompañante de familiares de víctimas de Trujillo entre 1997 y 1999; María Quintero, filósofa y geógrafa

que ha documentado el proceso de reparación psicosocial iniciado por Afavit y ha escrito la biografía de Esther Caya-pú; Lucía Pérez, familiar de víctima alejada de la asociación que ha pretendido construir la memoria de sus seres queridos y denunciar su asesinato de forma independiente, y otros familiares de víctimas tanto vinculados a la asociación como ajenos a ella.

Para el capítulo de construcción de memoria individual de las víctimas y la de medios expresivos, también se recurrió a la visita al Parque y a la Galería de la Memoria, con la que se hizo un registro fotográfico y de video, pues allí es donde se exponen pinturas, dibujos, objetos, libros, poemas y notas hechos por los familiares de las víctimas. Igualmente, se acudió a la observación participante de la peregrinación y demás movilizaciones que se han hecho tanto en Trujillo como en Bogotá (se asistió a la peregrinación a Trujillo del 18 de julio de 2009). El acompañamiento de los familiares y representantes de Afavit a eventos públicos fue otra herramienta empleada para recopilar las experiencias personales de los familiares de víctimas.

En el caso de los miembros y acompañantes de Afavit, se asistió con ellos a la Conferencia Internacional *Recordar y reparar en medio del conflicto: experiencias comparadas y lecciones aprendidas*, organizado por el ICTJ el 18 y 19 de agosto, y a la cátedra Museos, Comunidades y Reconciliación, celebrada en el Museo Nacional el 24, 25 y 26 de septiembre de 2009. A los familiares independientes, y especialmente a Lucía Pérez, también se les acompañó a la Conferencia del ICTJ y al foro de la Universidad Distrital: Estamos de

Liquidación por Seguridad Democrática, celebrado el 20 de agosto de 2009. Con eso se buscaba conocer cómo se llevaban a cabo dichas movilizaciones, los discursos y ritos que se efectúan, el ambiente general del municipio y de los espacios públicos de participación, y la opinión de los participantes. Por otra parte, se recopilaron poemas y testimonios escritos con la ayuda de la hermana Maritze Trigos, quien tiene un amplio archivo personal de estas creaciones.

Con las entrevistas a los acompañantes y a los trujillenses, con la observación participante de las peregrinaciones y con el acompañamiento de los miembros de Afavit a sus eventos, se quiere conocer la forma particular en que dichos agentes perciben y desarrollan sus nociones de cuerpo y memoria, para movilizar los procesos de construcción de los hechos, procesos simbólicos y de duelo. Con estos instrumentos analíticos también se busca examinar, a partir de sus posiciones e ideas específicas, cuáles son las dificultades que han tenido y cuáles han sido los beneficios que han obtenido. Pese a que aún no se evidencie una reparación integral por parte del Estado, los procesos de memoria y duelo iniciados por Afavit y por otros trujillenses han facilitado la visibilización del caso, la recuperación parcial de los familiares y la movilización (aunque lenta) de los procesos jurídicos contra los victimarios.

Finalmente, las experiencias recolectadas en la segunda fase fueron analizadas a la luz de las bases teóricas recopiladas en la primera fase, de acuerdo con los ejes temáticos establecidos para responder la pregunta de investigación. Vale la pena mencionar que estos pasos no se ejecutaron de

forma secuencial; al contrario, se conjugaron a medida que se iba desarrollando la investigación, pues al relacionarse con los familiares de víctimas surgieron nuevos temas y nuevos eventos para asistir.

Capítulo 1

El cuerpo: construcción simbólica, evidencia y campo de batalla

El cuerpo no es sólo un albergue de órganos y fluidos, ni el protagonista de la vida y la muerte. El cuerpo es una construcción simbólica que materializa las características particulares del contexto social que hospeda al agente. Para Elsa Blair (2005), el cuerpo es un vehículo de representación, es signo y significante, ya se trate del cuerpo vivo o el cuerpo muerto. Es una superficie de inscripción y un emisor, portador y productor de significados. En otras palabras, el cuerpo es objeto y soporte de representación y de prácticas específicas. Es un instrumento y un espacio de comunicación y significación; es un objeto social. Sin embargo, el cuerpo también es una construcción individual, permeada por las experiencias privadas y particulares de cada individuo, por decisiones y deseos específicos. Entre lo particular y lo colectivo, entre lo privado y lo público, el cuerpo se construye y representa en la acción, el gesto, la presencia, la ausencia, las posturas, la quietud y el movimiento.

En este capítulo se pretende explorar las significaciones atribuidas al cuerpo en escenario de violencia. En el caso de Trujillo, el cuerpo es dotado de distintos significados sim-

bólicos y es percibido por los trujillenses y acompañantes como evidencia de los hechos, como vínculo íntimo con la memoria de los familiares, como estímulo del duelo y como inspiración para la creación artística. Para este caso, los cuerpos mencionados son los de aquellas víctimas que fueron parcial o totalmente recuperadas, tras las 66 exhumaciones realizadas por la Asociación de Familiares de Víctimas de Trujillo (Afavit) y la hermana Maritze Trigos, entre 2002 y 2003, o los de otras víctimas cuyos restos fueron recuperados inmediatamente tras su asesinato.

Así, se intenta explorar la manera en que los familiares de víctimas vinculados y no vinculados a Afavit han tratado de atribuir un valor simbólico y de evidencia a las marcas y fragmentaciones dejadas en los cuerpos de sus seres queridos. Y aunque tal evidencia no haya sido llevada de forma tangible a las instituciones judiciales y de investigación, como la Fiscalía o Medicina Legal, ha sido el respaldo de los testimonios orales y escritos rendidos por los familiares y testigos en dichos espacios.

El cuerpo como construcción simbólica en medio del conflicto

La violencia se expresa a través del lenguaje corporal, pues es un acto ejercido a través del cuerpo de los victimarios y que se imprime en el de las víctimas, mediante marcas y fragmentaciones. Blair (2005) sugiere que el cadáver también es un objeto de representación y una construcción cultural que

visibiliza la relación entre la muerte y las dimensiones simbólicas que cada grupo humano le atribuye. En escenarios ajenos a la guerra, gran parte de la significación simbólica de la muerte se relaciona con los cuerpos, a los que se pretende purificar e higienizar, ya que los procesos de putrefacción son concebidos como impuros y disolventes. Por eso los cadáveres son sepultados tras un ritual que celebra su paso de la vida a la muerte. Además del afán socialmente transmitido por higienizar y purificar al cuerpo tras la muerte, existen concepciones religiosas que también atribuyen un significado simbólico al cuerpo. Por ejemplo, el cuerpo es la morada de lo divino para los cristianos, luego: “debe ser tratado con respeto y caridad en la fe y la esperanza de la resurrección. Enterrar a los muertos es una obra de misericordia corporal, que honra a los hijos de Dios, templos del Espíritu Santo” (Catecismo de la Iglesia Católica, 1993: 345).

Para Di Nola (2007), morir es un drama individual con repercusiones sociales, no sólo porque la sociedad está compuesta más por muertos que por vivos, sino porque el acto de morir es una realidad sociocultural. La muerte suscita representaciones complejas e inspira comportamientos individuales y colectivos permeados por el contexto y la historia. El autor plantea que la muerte rompe el equilibrio dinámico de la vida social y genera algo que denomina *vacío social*, un vacío que tras hechos violentos como el de Trujillo se intensifica y se evidencia como una fragmentación en el tejido social. Durante episodios de violencia y después de éstos, los cuerpos ya no son objeto de higienización y honra, pues son ocultados por los victimarios o se transforman en herra-

mientas de intimidación empleados también por ellos para replegar a la comunidad. Entonces la significación cultural del cuerpo depende de la forma como éste ha sido tratado y manipulado.

Blair (2005) afirma que en Colombia la violencia cumple la lógica del hiperbolismo. En otras palabras, al proyectar sus propiedades, la violencia rompe las nociones de lo verosímil para entrar al orden de lo imaginado. En el país, el acto violento materializa los símbolos que expresan el exceso de distintas formas, una lógica sobre lo real que tiene la capacidad de negarse a sí misma. Al parecer, la lógica del exceso de las muertes violentas las vuelve improbables. La violencia colombiana ha sido “sujetizada”, pues se ha convertido en un omniagente con características de un sujeto gramatical, lógico y psicológico que todo lo hace y a la vez no hace nada, y esta “sujetización” impide ver al verdadero sujeto de la violencia. Para la autora, el exceso de la violencia colombiana se evidencia en la cifra de personas asesinadas y en las formas de ejecución de la muerte.

Ahora bien, se podría aducir que este exceso de violencia que se vive en una comunidad determinada estimula la movilización de procesos de memoria y duelo desde las víctimas y acompañantes, debido al interés que suscita en agencias nacionales e internacionales de derechos humanos. En el caso de Trujillo, la llegada de la Comisión Interclerical de Justicia y Paz tras el asesinato del padre Tiberio fue el inicio de este proceso, después abanderado por las víctimas. El caso de San José de Apartadó, reseñado por Aparicio (2009) —también es una muestra de ello, pues ante la violencia, agencias como

Médicos sin Fronteras, Oxfam, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y Comité Internacional de la Cruz Roja intervinieron a favor de las víctimas—. En sus palabras: “Fue precisamente este ‘desmadre de la violencia’ producto de la llegada de las operaciones paramilitares y el escalamiento de las confrontaciones armadas entre grupos armados, el que llevó a varias agencias nacionales e internacionales de derechos humanos y de derecho humanitario a iniciar sus operaciones en Urabá” (Aparicio, 2009: 108).

Volviendo al territorio que nos compete, la historia de Trujillo es una muestra de la violencia excesiva que invade a todo el territorio nacional, ya que no sólo fue escenario de la masacre de 1986-1994, caracterizada por sus mecanismos de tortura y por el uso de motosierras para desmembrar vivas a las víctimas; también fue escenario de las cruentas luchas partidistas que desde mediados del siglo pasado determinaron la distribución de identidades políticas. Según Memoria Histórica:

[...] la zona occidental fue “conservatizada” en los años cincuenta como respuesta a la liberalización forzada en los años treinta, mientras que la zona oriental presentando mayorías liberales. Precisamente por lo anterior, es central dilucidar cuánto hay en el caso de Trujillo, de continuidad, es decir “de actualización” o ruptura con una región que, fue epicentro de la violencia de mediados de siglo y cuna de los tristemente célebres “pájaros”. (Memoria Histórica, 2008: 91-92)

Trujillo tiene un pasado violento que inicia con la lucha partidista y continúa con la apropiación ilegal de tierras por parte de los narcotraficantes. Esta violencia ya parece “sujetizada”, en términos de Blair (2005), pues su exceso y macabro ingenio (el uso de motosierras y chorros de agua muestran la creatividad tétrica de los victimarios involucrados en la masacre) ha salido del control de los sujetos y parece tener una lógica y significaciones propias. En éste y otros escenarios, una de las formas de ejecución que han caracterizado al caso colombiano desde la época conocida como la Violencia (1946-1964) es el asesinato colectivo de personas indefensas por parte de grupos armados. Esta modalidad es conocida como masacre, y para María Victoria Uribe (2004) es un acto que se ejecuta de formas diversas y con distintos instrumentos, y como sugiere Blair (2005), es tan excesivo y violento que no parece verosímil ni describible.



Ricardo Rendón. Corte de Fanela, 1916.

A juicio de Uribe (2004), estos actos tienen registros en el ámbito local y subjetivo. Local porque devastan la vida no sólo de sus protagonistas más cercanos, sino de toda la comunidad; subjetivo precisamente por ese efecto devastador, que se evidencia en los testimonios de los sobrevivientes, caracterizados por rupturas entre los hechos de violencia y el contexto general que los acoge. Las primeras masacres en Colombia fueron ejecutadas por guerrillas y matones estatales y particulares, y durante las décadas de los cincuenta y sesenta, bandoleros liberales y conservadores fueron sus promotores. Éstas se caracterizaban por el porte de vestimentas especiales, por el empleo de lenguaje soez (generalmente para denigrar a las víctimas) y por el uso de alias para ocultar las identidades de los victimarios.

La agresión durante la época de la Violencia fue resultado de la relación antagónica entre el Partido Liberal y el Conservador, que acabó con la vida de 200 mil personas: “Como evento crítico, la Violencia se destacó por su magnitud, por su raíz fratricida y por la impunidad que rodeó los actos atroces que se cometieron durante estos años” (Uribe, 2004: 23). Ahora bien, haciendo referencia al libro *Bandoleros, gamonales y campesinos* de Gonzalo Sánchez y Donny Meertenz (2007), Uribe sugiere que la Violencia no sólo fue una contienda bipartidista por la hegemonía; también fue resultado de las situaciones de opresión política de personas marginadas que carecían de propuestas políticas expresas.

Durante esta época las ejecuciones fueron realizadas a través de distintos mecanismos, siempre buscando degradar a las víctimas y castigar sus cuerpos por sus acciones e ideas.

Tales mecanismos eran una herramienta empleada para marcar el físico y advertir a los vivos lo que podía ocurrirles si sus ideales políticos no coincidían con los de los agresores. El “corte de franela” era una de estas herramientas y consistía en el degüello, siguiendo la línea imaginaria de la clavícula; el “corte de corbata” seguía el mismo procedimiento, sólo que posteriormente la lengua era sacada por la herida y quedaba expuesta sobre el pecho. Así se evidencia en los dibujos de Ricardo Rendón. El “corte de florero”, mecanismo de fragmentación de los cuerpos que recuerda los descuartizamientos con motosierra realizados en Trujillo durante la masacre, consistía precisamente en un tipo de asesinato político caracterizado por el desmembramiento del opositor.

Procedimientos como los cortes de franela, florero y de corbata fueron ejecutados entre 1948 y 1965, y a medida que la violencia política disminuyó, se redujo su uso. Sin embargo, a finales de los años ochenta, estas herramientas de degradación física volvieron con nuevas formas y presidiendo nuevos intereses. Carlos Miguel Ortiz (2007) sugiere que desde 1966 hasta 1982 la violencia registrada como política se mantuvo en bajos índices tanto en el país como en los departamentos. No obstante, aumentaron entre 1977 y 1984, no sólo en el ámbito político; de hecho:

En los dos ascensos que refleja la curva de tasas de homicidio, a saber el ascenso precursor de 1977 a 1981 y el gran ascenso de 1984 a 1991, la cointegración es muy poca respecto de la curva de la violencia registrada como política, aunque ésta también sube, pero en proporciones de incre-

mento muy inferiores y marcando trayectorias divergentes respecto a la curva del homicidio general. (Ortiz, 2007: 5)

Entonces, ¿a qué se le puede atribuir el aumento en la violencia general en Colombia desde la década de 1980? Según Ortiz (2007), la expansión del poder económico del narcotráfico y sus vínculos con grupos armados, que venían consolidándose desde 1970, fue uno de los detonantes de esta ola de violencia. El año de 1984 marcó un hito en el manejo gubernamental de la violencia a través de la extradición a Estados Unidos, impulsada por el presidente Belisario Betancur. Después de ello tan sólo se evidenció el recrudecimiento de la confrontación durante el gobierno de Virgilio Barco, los magnicidios, los usos del terrorismo urbano, las desapariciones forzadas, las torturas y las masacres, en las que se han llegado a emplear nuevas indumentarias, como pipetas, bombas y motosierras.

Desde la época de la Violencia los mecanismos de fragmentación y marca del cuerpo se transformaron, en cuanto a los instrumentos empleados y las motivaciones macrosociales que llevaban a su uso. A mediados de siglo pasado, éstos eran empleados en un escenario de lucha partidista entre liberales y conservadores y se ejecutaban con cuchillos y machetes. Entre tanto, desde la década de los ochenta, estos mecanismos eran utilizados en el contexto del narcotráfico, y se caracterizaron por el uso de nuevos implementos, como la motosierra eléctrica, en el caso de Trujillo. En ambos casos las intenciones simbólicas son las mismas: la degradación del cuerpo y de la identidad, la diseminación del miedo

y la advertencia para los vivos de la capacidad agresiva del victimario.

En el caso de la violencia colombiana, muchos cuerpos son fragmentados y desaparecidos con el propósito de facilitar su ocultamiento, convertirlos en objetos irreconocibles y arrebatarles su pasado, su origen y su historia. Cuando la muerte no es suficiente, el victimario busca dejar nuevos mensajes a través de mecanismos alternativos de degradación y manipulación del cuerpo; las mutilaciones posteriores a la muerte son una muestra de eso. La *vehiculización*¹ de la maldad es otra razón que se le atribuye a la mutilación, es decir, usar el cuerpo como escenario para la producción del dolor y del sufrimiento, como emisor de signos de muerte y de violencia. Se podría decir que en Colombia el cuerpo no es sólo el lugar de ejecución del ritual violento; es el lugar “no tan físico” donde se entretajan algunas significaciones de la muerte violenta. Para Blair (2005), la manipulación en los cuerpos de las víctimas estimula las impresiones físicas y visuales, ya que ponen el cuerpo a distancia para hacer de éste un objeto y un espectáculo.

María José Palma (2009) ratifica la idea de Blair (2005), pues a su juicio los victimarios quieren dejar en la piel una marca simbólica que materialice su poder, una marca que se evidencia en la devastación de las dimensiones personales e íntimas de los individuos: “las prácticas de violencia tienen

¹ La palabra *vehiculización* hace referencia a la transmisión o a la comunicación de un mensaje vinculado con la maldad y con la capacidad agresiva de los victimarios. En este caso, el cuerpo es empleado como vehículo del mensaje.

como efecto último devastar la dimensión personal y la intimidad de los seres” (Palma, 2009). En este sentido, el interés prioritario del agresor es convertir al sujeto agredido en una “cosa”, en un objeto. Y es justamente porque el cuerpo no es únicamente objeto, sino el vehículo del ser en el mundo que se une a la gente en una época y un lugar precisos.

Janina Bauman (1991) afirma que todos los actos violentos buscan deshumanizar a la víctima antes de acabar con su vida, una que en muchas ocasiones es normal hasta el momento cuando aparece la violencia. Por esta razón, la autora afirma que las víctimas del siglo XX pasaron su vida tratando de sobrevivir con el susurro de la muerte en sus oídos, sintiéndose absolutamente indefensas ante el agresor que las acecha desde la incertidumbre, la noche y la niebla.

Durante episodios de violencia, el cuerpo, las marcas y los tratamientos ejercidos sobre éste adquieren nuevos nombres y significados, atribuidos tanto por los victimarios como por las víctimas. Ello se evidencia durante los conflictos de Irlanda del Norte en la segunda mitad del siglo XX. De acuerdo con Allen Feldman (1991), durante estos conflictos el sustantivo *rígido* (*stiff*) y el verbo *endurecer* (*to stiff*) se convirtieron en las metáforas fundamentales para referirse a los cuerpos codificados con la violencia política. Así, en 1969 el término *stiff* era usado por la clase trabajadora para referirse a los cadáveres y *stiffing* para hablar del asesino. Con la llegada de la violencia civil, el término *stiff* sólo se refería a los cadáveres políticamente objetivados, y por ello el término adquirió una connotación política; de esta forma *stiff*, *stiffing* y *stiffed* eran sinónimos de asesinato político.

Así como el término *stiff* era usado por los trabajadores irlandeses para referirse a los cuerpos ajusticiados por la violencia política, en Trujillo expresiones como *acostados* aluden a aquellos que murieron durante la masacre. En ambos casos la palabra tiene un significado que va más allá de lo literal, pues conjuga las acciones que los victimarios ejercieron sobre el cuerpo y la advertencia de que si los vivos actúan mal, pueden terminar igual.

En el caso de la masacre de Trujillo, los cuerpos mutilados y desintegrados se perciben de dos formas: por un lado, son la prueba física del sufrimiento, porque heridas, mutilaciones y torturas recrean el dolor y los suplicios de las víctimas para sus familiares y para la comunidad. Por el otro, comunican a la sociedad en general la capacidad beligerante de los victimarios. Según la hermana Maritze Trigos, las marcas encontradas en los restos recuperados son una muestra material del dolor físico experimentado por las víctimas y de la barbarie de los victimarios; son una memoria material de la motosierra y del machete: “Tenemos los objetivos de la galería, tenemos lo que para mí fue lo más doloroso, las exhumaciones y hay un álbum de sólo exhumaciones. Ustedes ven acá cuando son tiros al cráneo queda el impacto, luego es la memoria de la motosierra, de los cortes, de las torturas” (Presentación Maritze Trigos, Cátedra Museo, Comunidades y Reconciliación, 25 de septiembre de 2010). La ausencia del cuerpo físico también es una evidencia del poder agresivo de los victimarios, ya que ante la inexistencia de restos que confirmen las acciones ejecutadas sobre el cuerpo, es posible pensar que

no sólo tienen la capacidad de infringir dolor, sino también de ocultar cualquier rastro que lo evidencie.

En otras palabras, los cuerpos mutilados, torturados y desaparecidos se convierten en un monumento que legitima la capacidad violenta de los victimarios y advierte la suerte de aquellos que obstaculicen sus objetivos. Una muestra del poder comunicativo del cadáver sobre la capacidad agresiva de los victimarios se hace palpable en las advertencias de los trujillenses ajenos al proceso de organizaciones como Afavit, quienes ante acciones o expresiones amenazantes recuerdan que quien no se calla y deja las cosas así, va a terminar “acostado”, en el río Cauca o descuartizado como las víctimas.

La primera alusión al término *acostado* lo escuchó la hermana Maritze Trigos durante la elaboración de las esculturas ubicadas en los osarios del Parque Monumento a la Vida. Con esta palabra, los trujillenses que no estaban de acuerdo con el monumento hacían referencia a las víctimas de la masacre, que al morir terminarían “acostados” en el ataúd como cualquier otro cadáver. Así lo cuenta la hermana Maritze Trigos, acompañante de Afavit: “Cuando estaban haciendo las esculturas se dejó porque de los cerros alrededor: ¡Van a terminar acostados, como los de ahí!, y la gente se llenó de terror, y desde ese momento que ya Carmen Cecilia estaba, no dejaron solas las familias, sólo la artista, ella y yo” (entrevista a Maritze Trigos, 6 de abril de 2009).

Las agresiones perpetuadas en el cuerpo, que comprueban las torturas experimentadas por las víctimas y la barbarie del victimario, tienen valor simbólico para quienes las eje-

cutan, ya que les permite castigar las acciones de la víctima a través de las partes del cuerpo que simbolizan dicha acción. Ello se hace evidente en el caso del padre Tiberio Fernández Mafla, de acuerdo con los trujillenses:

Su muerte es algo simbólico. Es algo como lo que le pasó a Jesucristo. Le cortaron sus manos como demostrando que no valió lo que él hizo. Le cortaron sus pies para cercenar a donde llegó Porque él caminaba todas las veredas. Su cabeza, por su ideología. [...] Decía “si mi sangre contribuyera para que en Trujillo haya paz, con gusto la derramaré”. Y la sangre de él se derramó y no pasó nada. (Memoria Histórica, 2008: 83)

El caso de Daniel Arcila también muestra el carácter simbólico de las agresiones perpetuadas por los victimarios. De acuerdo con los testimonios de sus cómplices, Henry Loaiza (alias el “Alacrán”) quería castigar a Arcila por haber testificado contra él y sus aliados. Por eso antes de acabar con su vida recurriendo a los mismos mecanismos que empleó con otros trujillenses, decidió arrancar de su cuerpo vivo las orejas, símbolo de escucha. Dice que las orejas fueron la perdición de Arcila, pues escuchó demasiado, y por ende sabía demasiado. Así lo cuenta la hermana Maritze Trigos:

A él se le iba a sacar fuera del país (Daniel) y no quiso, y no quiso, para darle protección, y por ir a ver a su novia volvió a Trujillo y estaba con este muchacho amigo, Mauri-

cio Castañeda [...] y sabemos que la estructura paramilitar de Henry Loaiza, de Villa Paola, que es la finca de Henry Loaiza, el que están enjuiciando ahora [...] matan primero al amigo a tiros y a él se lo llevan. Y gracias al testi... él no volvió a parecer, su familia no pudo enterrarlo, y gracias al aliado de Henry Loaiza que lograron apresar y que murieron como Cano [...], hablaron qué había pasado con Daniel y cómo Daniel había estado al frente de Henry Loaiza, alias el alacrán; dizque dijo: córtenle las orejas, frítenlas que yo me las como [...] no creo que hayan hecho eso ¿no? Pero si lo hizo, es una barbarie. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Por otra parte, al desfigurarlos, descomponerlos y desaparecerlos, los victimarios evitan que los cuerpos puedan convertirse en una evidencia que los incrimine por asesinato, pues ante la carencia de un rostro o de una corporalidad identificable, el Estado colombiano no reconoce el delito de homicidio. En Trujillo las víctimas eran destrozadas, enterradas o arrojadas al río Cauca, y estas prácticas se convirtieron en un mecanismo de protección para los victimarios, que velaban su sevicia tras una corporalidad inexistente o irreconocible. En síntesis, los cadáveres fragmentados y el espacio vacío dejado por los desaparecidos condensan las intencionalidades del victimario, entre ellas la impunidad y la producción de terror.

El cuerpo femenino como campo de batalla

Así como las marcas y las fragmentaciones en el cuerpo tienen un significado particular para los agresores y los agredidos, las mismas características particulares del cuerpo lo convierten en objeto de ataques específicos. Eso ocurre con el cuerpo femenino, que en el caso de Trujillo refleja la permanencia de las relaciones de dominación masculina aducidas por autores como Pierre Bourdieu (2000) y Melissa Wright (2003). Bourdieu sugiere que la mujer es percibida como un ser-para-el otro, como un cuerpo cuya experiencia está expuesta al juicio y a la mirada ajena, y como un cuerpo que agrupa las experiencias de lo privado, de la familia. Ahora bien, ¿qué se puede decir de las mujeres victimizadas en la masacre?

En Trujillo, 21 mujeres fueron asesinadas o desaparecidas, y de ellas 10 desempeñaban actividades en el ámbito doméstico, pues eran amas de casa. Las demás trabajaban como vendedoras ambulantes, empleadas y comerciantes, labores de bajo perfil, según Memoria Histórica (2008). Otro elemento que caracteriza a las mujeres victimizadas de Trujillo es el parentesco o la consanguinidad que tenían con hombres también asesinados o desaparecidos en hechos colectivos o individuales. Es decir, eran percibidas por los agresores como ese cuerpo para-el-otro en términos de Bourdieu (2000), que no sólo albergaba la identidad personal, sino la identidad “familiar” o colectiva del grupo al que pertenecía. Memoria Histórica (2008) plantea que:

Alba Isabel Giraldo era la sobrina del padre Tiberio; Alba Lucía Martínez era la hermana de Lisíaco Martínez y esposa de Genaro Serna; María Adonay Sánchez era familiar de Albeiro de Jesús Sánchez, y Eucaris Sandoval era la hermana de Wilder Sandoval. Hay un caso en el cual la víctima es una mujer, pero por circunstancias fortuitas. María Etelvina Castro resultó herida cuando transitaba cerca del lugar en donde sicarios atentaron contra la vida del concejal Fernando Londoño Montoya. (Memoria Histórica, 2008: 44)

La sevicia de los victimarios fue mayor con los hombres que con las mujeres, porque de las mujeres asesinadas sólo dos fueron torturadas (Esther Cayapú y Alba Isabel Fernández, sobrina del padre Tiberio); pero, a diferencia de Esther Cayapú, quien fue llevada junto a otros diez hombres de la vereda La Sonora el 1° de abril de 1990 y asesinada por sus aparentes vínculos con la guerrilla y por herir a un policía en la marcha del año anterior; Alba Isabel fue victimizada junto a su tío por los lazos de consanguinidad que tenía con él. Pese a que ambas mujeres se encontraban en un estado de indefensión evidente, Alba Isabel fue atacada para castigar a su tío a través de una especie de sufrimiento transitivo, que era infringido al cuerpo de la mujer y que hería la sensibilidad del hombre. Así lo cuenta Maritze Trigos:

Dígame del testimonio que vio del padre Tiberio ¿no? Al padre Tiberio lo amarraban, y su sobrina, ahí desnuda. Cuatro de ellos la violaron. Él dizque lloraba y agachaba la cara, y le pegaban para que mirara. Él, que había traído

a sus dos sobrinas del campo para darles educación, y desgraciadamente como mataron a don Abundio, el papá de la alcaldesa, esa fue la trampa: matar a su gran amigo. Él llega al entierro a Tuluá y de regreso del entierro interceptan el jeep y los bajan a todos; también a un joven como de 20 años que era ayudante de la parroquia. Era pintor de profesión, por eso en la escultura está con las torres de la iglesia y él con una brocha. Su sobrina, apenas de 18 años. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Según las Naciones Unidas, las mujeres se convierten en un campo de batalla en tiempos de confrontación, pues los victimarios emplean sus cuerpos como botín de guerra para diseminar temor en las comunidades, como elemento de venganza contra sus adversarios, como medio de control militar para obligar a las comunidades a abandonar sus territorios, como trofeo y como instrumento de placer sexual. En el caso de Trujillo, las mujeres en general fueron victimizadas con el fin de vengar las acciones de los adversarios e informar a otras mujeres que si trataban de denunciar o expresarse, terminarían igual. Ahora bien, en situaciones como la de Ana Isabel, la violación fue empleada como un instrumento de denigración, con el que se procuraba humillar al enemigo; en este caso el padre Tiberio.

En palabras de las Naciones Unidas: “La violencia sexual generalmente se presenta como una forma de humillar al enemigo: es un medio para alardear ante los hombres de la parte contraria y para demostrarles que no han sido capaces de proteger a sus mujeres. Es un mensaje de castración y

mutilación al enemigo” (*Hechos del Callejón*, 2008: 1). Con la violación de Ana se pretendía doblegar al padre Tiberio antes de su muerte; así como sugiere Bauman (1991), deshumanizarlo antes de acabar con su vida. A partir de estos dos casos es factible identificar tres razones mencionadas por Memoria Histórica (2008), que explican por qué los victimarios en Trujillo atentaban contra el cuerpo de las mujeres.

En primer lugar, los actores armados perciben a las mujeres como albergues de identidades transitivas y “son asesinadas en circunstancias donde la familia en bloque se convierte en objeto de persecución” (Memoria Histórica, 2008: 43). En este caso, el cuerpo de la mujer no sólo se concibe como un cuerpo-para-otro, en palabras de Bourdieu (2000); también es un cuerpo colectivo, que guarda la identidad de seres cercanos a ella, no únicamente su propia identidad. Tal es la situación de Ana, que para los victimarios albergaba en su apellido toda la lucha y las intenciones de su tío Tiberio. Por ello debía ser aniquilada, quizá para evitar que siguiera con su obra en años futuros:

En este caso, ella, y en particular su cuerpo sexuado, fue usado para deshonrarlo por ser feligresa de su parroquia, pero también como sangre de su sangre, encarnando la identidad de su familia. En manos de los victimarios, ella fue convertida en emblema de ese enemigo que no sólo se tortura en su propio cuerpo, como lo fue el Padre, sino que también se tortura a través de quien representa el cuerpo colectivo de su familia, su propia sobrina. (Memoria Histórica, 2008: 46)

Lo mismo ocurrió con Alba Lucía Martínez, María Adonai y Eucaris Sandoval, según Memoria Histórica (2008), que murieron en un proceso de eliminación de sus familiares hombres. Al parecer los vínculos consanguíneos y de parentesco son percibidos por los victimarios como una amenaza, ya que albergan ideales, prácticas y proyectos colectivos que, a la falta de un familiar, pueden continuar realizándolos otro. Así mismo, las mujeres pueden abanderar un proceso de denuncia contra los victimarios; por eso es mejor acallarlas.

En segundo lugar, el cuerpo femenino se considera un emblema de las identidades colectivas perseguidas; pero, a diferencia del primero, estas identidades sobrepasan los límites de la familia. Ana Isabel Giraldo, por ejemplo, sobrina de Tiberio Fernández (párroco de Trujillo), presenta la forma en que los victimarios emplearon el cuerpo femenino como una herramienta para castigar al cuerpo colectivo no sólo de su familia, sino también de todos los feligreses de la parroquia. Aquí los victimarios pretendían degradar el cuerpo colectivo de los trujillenses, a través del ataque a un cuerpo sexuado y vulnerable, el cuerpo de una mujer. La mutilación de los senos y la violación se convirtieron en una herramienta de humillación individual y colectiva que buscaban degradar no sólo al padre Tiberio y a su familia, sino a toda la comunidad que junto a él intentaron organizarse y mejorar la calidad de vida de los habitantes del municipio.

Finalmente, las mujeres son objeto de persecución cuando se han atrevido a transgredir su posición tradicional dentro de las relaciones de dominación masculina y han denunciado o expresado inconformidad ante la situación de

violencia. Tal es el caso de María Elida Gómez, quien expresó su descontento por la masacre delante de la Policía cuando estaban haciendo el levantamiento del cadáver de un conocido. Lo mismo ocurrió con Esther Cayapú: por defender a su hijo de un policía en la marcha de 1989 fue sacada de su casa en la vereda La Sonora el 1° de abril de 1990, llevada a La Peladora de la finca Las Violetas y asesinada; su cuerpo jamás fue recuperado. Así cuenta Consuelo Valencia, madre y esposa de víctimas, cómo Esther defendió a su hijo el día de la marcha:

Pues esa violencia se debió a una marcha pacífica de un asunto que el campesino estaba pidiendo: que le hicieran el acueduto [sic], y entonces el padre Tiberio nos dijo: “vayan y hagan una marcha pacíficamente a pedirle al alcalde que verdaderamente les haga el acueduto [sic]” y fuera la carretera que estaba muy mala. Y entonces el campesino bajó, bajó el marido y un hijo, Arlet el menor, bajó con él hicieron la marcha, llevaron revuelto y remesa para hacer la marcha ahí pacíficamente. Luego se enjurecieron y vino el ejército y les quitó la remesa. Luego a doña Esther le aporrearón un hijo. Esther Cayapú sacó una astilla y le pegó un astillazo a un policía. Entoes [sic] él también la incluyó en la masacre de Trujillo. (Consuelo Valencia, *Contravía*, “Trujillo: una tragedia que no cesa”, 12 de noviembre de 2008)

Y así como el cuerpo de otros hombres fue marcado, fragmentado y ocultado para desdibujar su historia, irres-

petar su identidad individual, castigar sus acciones e ideas y transformarlo en una advertencia de la sevicia de los victimarios; el cuerpo de Esther también lo fue. No importó que fuera una mujer mayor (59 años). En esta situación el cuerpo sexuado fue irrelevante, lo realmente importante era vengar la agresión ejercida por ella al policía y castigar su aparente vínculo con la guerrilla. Así narra María Quintero el uso de motosierras y el arrojamiento del cuerpo de Esther Cayapú al río Cauca: “Más allá [...] las motosierras hicieron presencia entre ahogos, sangre y tormentos. Relatan que los cuerpos cercenados sin reparos aparecían flotando como peces sin tamaño en el río Cauca, y que probablemente el río se tiñó de rojo con tu espíritu y que sus turbias aguas sumergieron tu cuerpo de sangre color púrpura” (Quintero, 2009: 17).

Cuerpo como evidencia material de los hechos en Trujillo: haciendo público el dolor privado

Estos cuerpos fragmentados y desaparecidos, tanto de hombres como de mujeres, no sólo se transforman en una advertencia de los victimarios o en una muestra de su poder destructivo, también se convierten en una evidencia material que les permite a los familiares conocer los mecanismos de exterminio y la magnitud de los hechos. Para el sacerdote jesuita Javier Giraldo, gestor de Afavit, los cuerpos y la ausencia de ellos, en el caso de los desaparecidos, son un texto que alberga las huellas imborrables de la barbarie, huellas que evidencian la dimensión de la masacre:

Esto no lo pueden destruir ¿por qué? Porque ellos ya no son vulnerables al dolor. El cuerpo humano es vulnerable al dolor hasta cierto momento, pero en el momento que le arrancan la vida deja de ser vulnerable y se convierte entonces en un reducto de resistencia, porque sus huesos, que guardamos en este parque monumento, portan no solamente los códigos genéticos, sino las huellas de la barbarie, las huellas del crimen, las huellas de lo que fue capaz de hacer todo un Estado, todo un establecimiento criminal. Y ésa, esa resistencia y esas huellas no se pueden borrar. Tal vez los criminales creyeron que podían borrar esas huellas haciendo desaparecer también el cuerpo y fue el fenómeno de los desaparecidos, pero resulta que el ser humano no es solamente un conjunto de materia, el ser humano también es un texto. Todavía vida humana, la vida de cualquier humano es un texto en el que está escrito toda su biografía, su mismo código genético, sus antecedentes, su linaje, sus mismos sufrimientos quedan allí marcados en ese texto, y toda su resistencia, toda su creatividad en la vida quedan marcadas en ese texto. (Sermón del padre Javier Giraldo, peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009)

Afavit, en compañía de la hermana Maritze Trigos, también reconoce el valor del cuerpo físico y su ausencia como prueba de los hechos violentos. Por eso ha intentado relegar durante un instante la agonía generada por el recuerdo de un cuerpo violentado para reconstruir esos hechos violentos a través de las evidencias físicas. Desde el 2002 realizaron 66 exhumaciones con el propósito recuperar el testimonio

material de la sevicia que caracterizó la masacre de Trujillo, y pese a que esos cuerpos deberían ser una prueba forense necesaria para la movilización de procesos jurídicos desde instituciones como la Fiscalía, ninguno de los restos fue llevado por la asociación a una instancia gubernamental. Al contrario, fueron entregados a cada familia después de la exhumación y ubicados en los osarios del Parque Monumento a la Vida en un acto público. Los procesos jurídicos fueron abiertos a partir de los testimonios orales recopilados por el padre Javier Giraldo, del informe de la Comisión de Hechos Violentos de Trujillo y de otros testimonios dados por familiares de víctimas.

A juicio de Melissa Wright (2003), uno de los elementos primordiales de la justicia es convertir el dolor privado en dolor público, ya que sólo así es posible visibilizar lo que padecieron las víctimas y pedir castigo a los agresores. Pese a que las exhumaciones fueron una alternativa profundamente dolorosa para los familiares, la hermana Maritze Trigos reconocía su valor como instrumento de memoria jurídica y política y herramienta de visibilización de los hechos violentos de Trujillo. Como sugiere Wright (2003), para los trujillenses las marcas, el ocultamiento y las fragmentaciones de los cuerpos, repudiadas por los familiares, eran una muestra tangible de la sevicia de los victimarios, que podía ser expuesta al mundo y así exigir justicia:

Para poder determinar la desaparición y/o el asesinato de su familiar como un crimen, han tenido que mostrar al público (incluyendo el Estado y la ciudadanía) que su

dolor privado es un problema público. Su dolor tiene que pasar de lo privado a lo público, tiene que ser entendido y, en efecto, consumido por el público que quiere, con ese dolor, producir justicia. (Wright, 2003: 7-8)

La hermana Maritze Trigos afirma que las exhumaciones fueron ejecutadas en dos períodos. El primero fue de febrero a mayo de 2002, cuando se realizaron 33 en las veredas Salónica, El Naranjal y Venecia. El segundo fue de julio a noviembre, cuando se hicieron 32 más. Finalmente, en junio de 2003, los restos del padre Tiberio Fernández fueron exhumados de la iglesia del municipio. Para realizar esta actividad la hermana Maritze Trigos inició un “proceso de conciencia” (entrevista a Maritze Trigos, 24 de septiembre de 2009), con el que pretendía mostrarles a los familiares la importancia de las exhumaciones en la lucha contra la impunidad y el olvido. También inició un proceso de negociación y preparación con el que trató de recopilar la historia de la víctima que se iba a buscar, para hacer más “íntima” la exhumación y atribuirle rostro al cuerpo buscado.

También tuvo que empezar todo el proceso de autorizaciones y “tramitología”, en sus palabras, para que les permitieran retirar los cuerpos que se encontraban en cementerios. Según su testimonio, ella y los familiares ya conocían las ubicaciones de algunos cuerpos, gracias a información recibida de veredas y corregimientos vecinos; por ello organizaba las jornadas y se trasladaban a los cementerios de tales parajes (entrevista a Maritze Trigos, 24 de septiembre de 2009).

Las exhumaciones eran largas y sólo incluían la presencia de los familiares y de la hermana Maritze Trigos.

“Las 66 exhumaciones realizadas se convirtieron para mí en el mejor testimonio de las torturas aplicadas con la motosierra, ya no eran simplemente huesos lo que palpaban mis manos, eran seres humanos con sus proyectos de vida destrozados vilmente” (entrevista a Maritze Trigos, 24 de septiembre de 2009). Aunque fue un proceso arduo, pues los familiares no querían recordar las torturas a las que habían sido sometidos sus seres queridos, la hermana Maritze Trigos impulsó esta iniciativa. A su juicio, y coincidiendo con el planteamiento de Wright (2003), sin el reconocimiento y la visibilización de las acciones violentas a través de las marcas del cuerpo se perpetúa la impunidad, y sin una evidencia que ratifique las acciones de los victimarios, no se puede movilizar ningún proceso penal.

Según la hermana Maritze Trigos, el reconocimiento de los cuerpos y de la ausencia de ellos contribuye al proceso de construcción de la memoria jurídica, que sirve como exigencia de verdad, de justicia y de reparación integral para los familiares de las víctimas. Así relata su experiencia durante las exhumaciones:

En la parte jurídica se me olvidó hablarles de las exhumaciones [...] lo duro que fue para las familias, que sirvió para lo jurídico como prueba y el abogado las llevó a la Comisión Interamericana, porque sirvió para que la gente elaborara duelos, porque para una mamá sacar los huesos, sacar los restos, ver cómo lo habían destrozado, duro; pero

eso era trascender el dolor. [...] Imagínese usted que antes de hacer las exhumaciones, ¿les conviene [...] todos enterrados en Venecia, el otro en Tuluá, a tenerlos todos juntos? Eso es una medida de impunidad [...] luego mire todo el trabajo: “es doloroso, hermanita”, me decían. Sí, pero es distinto tenerlos juntitos; eso fue lo que se hizo [...] Fue todo un trabajo de concientización hacer que las familias aceptaran hacer la exhumación, pero lo hicimos [...] Hay un papel de denuncia. (Entrevista a Maritze Trigos 18 de julio de 2009)

Para los miembros de Afavit las exhumaciones son un mecanismo doloroso, pero fundamental en la reconstrucción de las prácticas inhumanas empleadas por los victimarios y, por ende, en la elaboración de una memoria histórica de los hechos; memoria que no sólo debe quedar albergada en los confines del municipio, sino ser presentada al mundo, para evitar que esto se repita y exigir el castigo a los victimarios. El cuerpo del párroco Tiberio Fernández Mafla fue uno de los pocos que se pudo recuperar tras la masacre y no sólo se transformó en evidencia de los mecanismos del terror empleados por los victimarios; también en el símbolo material de todas las víctimas de esta masacre.

El 18 de julio de 2009, en la inauguración del auditorio Memoria y Palabras de Dignidad y de la Galería de la Memoria de Trujillo, el presidente de Afavit, Enrique García, contó la importancia que tuvieron las exhumaciones lideradas por la hermana Maritze Trigos en el reconocimiento de las torturas y en el inicio de los procesos de duelo, pues

como menciona más de 100 cuerpos aún pernoctan en las aguas del río Cauca y no han podido ser recuperados para darles cristiana sepultura:

[...] casi 100 de ellas y ellos no pudimos recuperar sus cuerpos para darles cristiana sepultura, quedaron desaparecidos. Otros, con las 66 exhumaciones hechas por las familias y la reverenda hermana Maritze nos pudimos dar cuenta de las horrendas torturas que sufrieron. [...]. A nuestro pastor, el reverendo padre Tiberio de Jesús Fernández Mafla, a él no sólo le cortaron la cabeza, las manos, los pies y lo castraron, sino que ocho tiros en la espalda atravesaron su espalda y, como Jesucristo, nuestro rey y salvador, derramó su sangre por la paz, con justicia social para este pueblo trujillense. (Alocución de Enrique García, presidente de Afavit. Peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009)

El caso más emblemático de las exhumaciones es el del párroco del pueblo, pues su cuerpo se convirtió en símbolo que conjuga las agonías de todos los cuerpos victimizados en Trujillo, tanto de los encontrados como de los aún perdidos. El cuerpo del padre Tiberio fue rescatado el 24 de abril de 1990 en el sector de El Remolino, corregimiento San José El Hobo, jurisdicción de Roldadillo (norte del Valle), y fue reconocido por una platina metálica que tenía en una pierna y algunas marcas de su pecho. Pese a que sus restos fueron sepultados en la iglesia del municipio, en 2003 se exhumaron para ser trasladados a un mausoleo construido en el Parque Monumento, específicamente para ellos.

Uno de los mecanismos empleados por la hermana Maritze Trigos para mitigar el dolor causado por las exhumaciones fue la creación poética, que será tratada con mayor detalle en el cuarto capítulo. Este mecanismo abocaba a los familiares y a ella misma a recordar a las víctimas desde su labor y su vida, no desde su muerte trágica, materializada en los restos. Tras cada exhumación, ella escribía un poema dedicado a la víctima e invitaba a los familiares a hacerlo. Esto se convirtió en un medio catártico para enfrentar y exteriorizar el dolor causado por la aceptación de la muerte, una aceptación generada por el encuentro tangible con los restos de su familiar. “Excavando la tierra, buscando raíces” es uno de los poemas escritos por Maritze Trigos durante una exhumación en 2002:

Las picas, las palas golpean la tierra/ excavan profundo,
 exploran el suelo/ hay manos que buscan los cuerpos per-
 didos/ como agricultores buscan las raíces, raíces de vida,
 cuerpos mutilados. Triny, Cecilia, Ludivia, María de Cano
 esperan perplejas raíces de sus vientre/ es semilla hijo, es
 semilla esposo, es muerte semilla, es semilla amor/ Oh!
 Tierra que guardas dolores y llantos, son raíces humanas
 que piden hoy justicia. (Maritze Trigos, 2002)

Antes de trasladar el cuerpo del padre Tiberio en 2003, el año anterior se trasladaron los restos de cerca de 90 personas a los osarios del Parque, y para ello se realizó una peregrinación nacional, el 2 de junio. En esta movilización, el cuerpo como muestra física de los hechos violentos y el cuerpo como albergue material de “seres humanos con un rostro y

una historia, arraigados en una familia, en una profesión u oficio, en un tejido social y comunitario, en una caminar a través de senderos, luchas, proyectos y sufrimientos humanos” (Plegable Peregrinación Nacional e Internacional, junio 2 de 2002), se conjugaron.

Los fragmentos encontrados en las exhumaciones se transformaron en una referencia material de su antiguo poseedor, referencia que permitió evocar su vida y su historia; sin embargo, pese a que Afavit ha tratado de evocar a las víctimas desde la vida y no desde la muerte, las marcas simbólicas de poder dejadas por los victimarios en el cuerpo, que hacen tangible la devastación de las dimensiones personales e íntimas del sujeto, como sugiere María José Palma (2009), median este encuentro entre el cuerpo tangible y el cuerpo como albergue de una identidad individual, situación que genera una memoria permeada por el dolor, que contiene las heridas individuales y colectivas causadas por los hechos violentos.

A juicio de Griselda Kaufmann (1998), la construcción de la memoria en un contexto de conflicto implica evocar todos los episodios traumáticos vividos por los individuos y las colectividades. Estos episodios, materializados en los restos de las víctimas, como sugiere Javier Giraldo, se transforman en un texto que narra la sevicia de los victimarios. Pese a que las marcas impresas en los cuerpos de las víctimas y la ausencia de tales cuerpos en el caso de los desaparecidos han profundizado las heridas dejadas en el plano subjetivo por los procesos represivos, se han convertido para Afavit en el impulso que los aboca a resistir ante el abandono estatal y las

represalias y a continuar luchando por el esclarecimiento de los hechos y el castigo a los culpables. En palabras Orlando Naranjo, miembro de la asociación:

Qué afortunados hemos sido todos los aquí presentes, porque en la vida nada nos ha sido fácil. Llevo la dignidad de un pueblo rebelde y esperanzado, pero también somos el corazón olvidado de una patria, somos la sangre buena derramada, sangre de nuestras víctimas que hoy iluminan y cantan a gritos ¡Nunca más! [...] El camino emprendido por Afavit, grupos de apoyo y ONG acá en Trujillo no ha sido fácil; ha sido muy arduo y lleno de espinas, espinas que hieren que han quebrantado corazones inocentes. Entonces nos queda la satisfacción del trabajo colectivo que se refleja en los presentes, que sueñan, que resisten. La tarea no ha sido fácil, por eso necesitamos conocer la verdad, por eso exigimos justicia. (Alocución de Orlando Naranjo, miembro de Afavit, peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009)

Percepciones del cuerpo agredido desde el dolor privado y lejos de Afavit

Como se ha mostrado, Afavit le ha dado importancia a la identificación del cuerpo físico y su ausencia como prueba de los hechos violentos de Trujillo; pero algunos familiares ajenos al proceso de esta asociación, en particular aquellos ubicados en las veredas lejanas del municipio, han procurado

pasar por alto la evidencia física del dolor presente en los cuerpos y recordar a sus víctimas desde la historia de vida, ya que no sienten ningún tipo de respaldo que los ayude en los procesos de denuncia y aún temen a las represalias de los victimarios, que no les permiten contar su historia. En otras palabras, Afavit aboga por el reconocimiento de todas las víctimas de la masacre y el castigo jurídico a sus victimarios, por un reconocimiento público de los hechos y de los caídos que movilice los procesos jurídicos. Entre tanto, las iniciativas independientes procuran desagraviar el recuerdo de sus familiares, en particular, y algunos buscan la reivindicación de sus derechos a través de denuncias personales en instituciones como la Procuraduría y la Fiscalía y de la participación en espacios alternativos de denuncia.

Muchos familiares ajenos al proceso Afavit optaron por aislar el recuerdo del cuerpo agredido de sus víctimas, pues como se mostraba en el testimonio del padre que vio morir a su hija y a su nieto, tal imagen es profundamente dolorosa. María Quintero plantea que Afavit ha emprendido un proceso de reconstrucción histórica encauzada por la vía del reconocimiento jurídico, mientras que otros familiares distanciados de la asociación han iniciado un camino de memoria que atribuye mayor importancia a una reconstrucción más del recuerdo de su víctima, que aun cuando en algunas ocasiones busca el castigo jurídico a los victimarios, lo hace a escala familiar:

Pienso que Afavit y el trazo de Maritze, en el fondo, es sobre el hecho histórico, sobre el hecho que aconteció y los

diversos sucesos que hubo [...] A mí me da la impresión de que Afavit hace un excelente reconocimiento de la justicia [...] Yo pienso que las personas que están por fuera, que de una u otra manera se sienten aisladas de eso y quieren hacer un trazo ya de la memoria, totalmente distinto, o lo quieran olvidar o dejar simplemente, [dejar] que eso pase y miremos a ver. (Entrevista a María Fernanda Quintero, 12 de septiembre de 2009)

Otra razón que se le puede atribuir al escaso interés de los familiares de víctimas alejados del proceso Afavit es que no fueron partícipes de las exhumaciones impulsadas por la asociación y la hermana Maritze Trigos. Por esta razón casi ninguno de ellos, a excepción de los familiares cuyas víctimas fueron asesinadas en su residencia, en parajes cercanos a ella o que dieron con el cuerpo, todavía no conocen el paradero de su familiar y lidian con la incertidumbre y los procesos de duelo irresolutos. Muchos de estos familiares aún no han asimilado la muerte de su familiar y no han podido iniciar un proceso jurídico, debido a la falta de evidencias. Muchos siguen preguntándose dónde estará su ser querido o sus restos, qué les habrá ocurrido y, en algunos casos, guardan la remota esperanza de su regreso. Entonces, en su caso, y en el de todos los familiares con víctimas desaparecidas, no se ha encontrado un cuerpo que evidencie las atrocidades a las que fueron expuestas y por esto no se ha logrado iniciar un proceso de denuncia y reconocimiento.

Para los familiares de víctimas tanto de Afavit como de iniciativas independientes de construcción de memoria, con-

cebir al cuerpo o a su ausencia como una evidencia física de los hechos es un proceso complejo y profundamente doloroso. Por eso algunos prefieren olvidar la imagen de un cuerpo lacerado y recordar a su familiar desde la vida, desde sus acciones y sus gustos. Para ellos los hechos violentos deben ser olvidados. Tras su ejecución y desaparición, las víctimas se transforman en un símbolo material de sufrimiento y del dolor que a través de sus heridas, fragmentaciones y mutilaciones representan los suplicios vividos durante la tortura y las posibles agonías que pudieron haber experimentado los desaparecidos cuyos cadáveres aún no han sido encontrados. El cuerpo mutilado horroriza a sus familiares, ya que la unidad corporal es la unidad constitutiva del sujeto (Blair, 2003).

Ante la presencia de un cuerpo violentado, las expresiones materiales del terror se vuelven innombrables e inapreciables para las víctimas que aún conservan su vida. Las alteraciones y manipulaciones del cuerpo se transforman en una representación del victimario, que connotan a la vez un sentido político y social. Pero, ¿a qué se debe este anhelo de olvido? Según la psicóloga Diana Kordon (2002), el cuerpo no sólo recuerda las acciones que sobre él se ejercieron, sino todas las acciones contextuales que se presentaron antes de su ejecución y desaparición. No sólo el asesinato o la desaparición son traumáticos; la situación externa general de represión, de intimidación abierta y encubierta, de llegadas sorpresivas a los hogares, de silencios y negaciones por parte de la fuerza pública son traumáticos y generan “vivencias personales de peligro e indefensión, la ruptura de grupos de

pertenencia y la pérdida de grupos de referencia así como los fenómenos de alienación social” (Kordon, 2002: 1).

La forma en que las víctimas fueron desaparecidas y asesinadas ya es de por sí traumática, pues en muchos casos tales acciones se llevaron a cabo en el hogar bajo una situación de extrema violencia, vivida también por los parientes cercanos. Para muchos trujillenses, el recuerdo o el encuentro con el cuerpo evoca todos esos instantes traumáticos generados desde el momento en que se conoció sobre la amenaza latente hasta en el que corrieron con la mala fortuna de perder un familiar en ella. Ese trauma genera rupturas entre el recuerdo y los hechos contextuales, así como el retorno del dolor causado por la pérdida. Quizá por esta razón, además del temor a represalias, algunos familiares de víctimas prefieren tratar de “olvidar” lo ocurrido con su ser querido y no denunciar; no obstante, la gravedad y la sevicia de los hechos hacen del olvido un acto casi imposible.

Un padre de víctima afirma que el recuerdo del cuerpo violentado de su hija y su nieto tan sólo genera una tristeza insoportable, por eso prefiere olvidar esta imagen y recordar a sus familiares en episodios más alegres de su vida: “mira, María, me dolió mucho que me hubieran matado a mi hija, y a mi hija me la degollaron y a su hijo, y él se estaba comiendo un pan [...] y el pan saltó porque el niño no lo alcanzó a comer y de un tajo [...] nunca me voy a recuperar de eso, como la vi, ver el cuerpo extendido, sangrando, sin poderse defender” (entrevista a María Fernanda Quintero, 12 de septiembre de 2009). María Quintero, quien reseñó algunos de los casos de la masacre de Trujillo, afirma que esta inca-

pacidad de desligar al cuerpo del dolor al que fue sometido reside en la incapacidad de las víctimas para defenderse de sus agresores.

El cuerpo en la masacre de Trujillo: una historia violenta escrita en la piel

Resumiendo, en este capítulo el cuerpo puede percibirse como una construcción simbólica, como un campo de batalla donde se libran las luchas de agentes que buscan alcanzar sus objetivos particulares y como una evidencia de la violencia de dichos agentes. Tras la masacre de Trujillo, los miembros de Afavit han reconocido estos papeles del cuerpo; por ello han tratado de movilizar distintos mecanismos para revelar los mensajes velados en la piel de las víctimas.

Las marcas, las fragmentaciones y los ocultamientos de los cuerpos albergan mensajes que los victimarios quieren transmitir a los que todavía viven. Entre ellos es posible mencionar su capacidad agresiva, que no respeta edad ni género y la advertencia de un futuro posible a todos aquellos que intervengan con la consecución de sus intereses. Muchos trujillenses han decodificado estos mensajes implícitos en los cuerpos y en su ausencia. Debido a eso han preferido no hablar de la masacre ni de la muerte de sus seres queridos, para no correr con una suerte similar. Este caso es más evidente entre los familiares que no han participado en los procesos adelantados por Afavit.

La asociación ha procurado superar el temor y la tristeza causados por los “mensajes” dejados en los cuerpos de las víctimas, y por eso entre 2002 y 2003 realizaron 66 exhumaciones junto a la hermana Maritze Trigos, con el fin de recuperar los restos de las víctimas y mostrar al mundo las atrocidades a las que habían sido sometidos. Para ella, la búsqueda de los cuerpos es un proceso de construcción de la memoria desde lo político, ya que permite denunciar los hechos y visibilizar el dolor privado de los familiares en términos de Wright (2003), y desde lo jurídico, porque facilita la movilización de los procesos penales contra los victimarios.

En las siguientes secciones se mostrará cómo la evidencia física de la masacre de Trujillo, representada en las marcas y fragmentaciones de los cuerpos, también en su ausencia, es empleada por los familiares de víctimas de Trujillo para reconstruir los hechos violentos y la memoria de sus seres queridos, exigir justicia e iniciar sus procesos de duelo.

Capítulo 2

Reconstrucción de los hechos violentos de Trujillo: memoria de la sevicia y el dolor

Como se ha mostrado, el cuerpo es una evidencia física de las manipulaciones y acciones realizadas por los victimarios y también es una construcción simbólica en la que se transmiten distintos mensajes a aquellos que aún viven, mediante marcas y fragmentaciones. Estas funciones del cuerpo, vinculadas con los recuerdos que las víctimas indirectas tienen de la masacre de Trujillo, se han convertido en componentes de la reconstrucción de los hechos violentos que, junto con los testimonios de los familiares, el reconocimiento de los espacios y la fecha de los hechos, el nombre de los victimarios y las víctimas y los objetos representativos de la masacre, permiten construir memoria desde lo ético y lo político, a juicio de Maritze Trigos. La reconstrucción de la memoria facilita el acercamiento a los hilos narrativos que permiten vincular el sentido de los eventos trágicos a los que se vieron sometidos las víctimas e identificar el influjo de la violencia en el entorno humano y social.

Con el propósito de indagar el sentido que atribuyen los familiares de las víctimas de Trujillo, tanto desde la Asociación de Familiares de Víctimas de Trujillo (Afavit) como

desde iniciativas particulares, a los hechos violentos, en este capítulo se muestra el proceso seguido por estos agentes para reconstruirlos, tomando en cuenta el papel de las nociones de *memoria*, *cuerpo* y *lugar*, como ejes del testimonio, y el influjo de las distintas formas de recordar (desde lo familiar, lo colectivo y lo traumático) en dicha reconstrucción.

Para Memoria Histórica (2008), el estudio de memorias sociales en Trujillo, con sus distintos énfasis y percepciones del pasado, no es un simple recuento de datos y situaciones violentas, evidencia las relaciones entre los acontecimientos ocurridos hace 20 años y las formas como adquieren sentido en el presente. El primer paso para reconstruir estas memorias es reconocer que no son ajenas al poder: “Desde él las personas construyen hilo narrativos donde asignan a los actores principales distintos grados de responsabilidad frente a los hechos” (Memoria Histórica, 2008: 175); hilos narrativos del pasado que determinan las posturas políticas asumidas en el presente por los trujillenses frente a instituciones como el Estado y el Ejército.

La construcción de memoria les ha permitido a los familiares de las víctimas y demás trujillenses asignar distintos grados de legitimidad para los actores colectivos implicados en la masacre. Pese a que no todos los familiares se han animado a contar su testimonio sobre la masacre y la muerte de su ser querido, Memoria Histórica (2008) sugiere que todos los recuerdos, sin importar lo íntimos que sean, están permeados por las memorias colectivas, construidas a partir de las intervenciones de agentes como la Comisión Interclerical

de Justicia y Paz, Afavit, los familiares ajenos a sus procesos y los propios victimarios.

Ahora bien, en Trujillo los hechos violentos de finales de los años ochenta y las represalias posteriores han fragmentado a la población, y como sugiere Cristina Godoy (2002), esto ha generado un trato selectivo de los recuerdos relacionados con la muerte y la agonía. En otros términos, el miedo causado por episodios de violencia estimula la fragmentación y el enfrentamiento; por eso la conciencia colectiva se apropia de un derecho a la selección, en cuanto a la evocación de la muerte y del dolor, haciéndose cómplice mediante el olvido o desfiguración de una supresión total de los rastros del sujeto:

El trauma destroza la identidad de Occidente como civilización, como bastión de valores elevados por no decir el punto más alto (la evolución de la humanidad), telón que se despliega detrás del “síndrome de la falsa memoria”, manifestándose en la forma de consecuencias patológicas generadas por las tretas de la memoria. (Godoy, 2002: 25)

Testimonios orales y escritos desde Afavit: hechos en contexto, personajes emblemáticos de la masacre y reivindicación de las víctimas

Para Jammes Fentress y Chris Wicham (2003) la memoria colectiva campesina y familiar se cimienta en pilares como la geografía, la resistencia y los recuerdos inmediatos de los seres queridos impulsados por el nombre; sin embargo,

Daniel Pécaut (2004) plantea que en contextos violentos su construcción está permeada por la fragmentación, el miedo, el presentismo¹ y la manipulación de los recuerdos. Ante este panorama, se podría pensar que la elaboración de la memoria —en particular, la reconstrucción de los hechos violentos— como ejercicio de memoria histórica es un proceso sumamente complejo e infructuoso. Pese a las dificultades que velan este proceso, Afavit se ha aventurado a recopilar los testimonios de los familiares de víctimas sobre la masacre, ya que para ellos tienen un valor fundamental en la lucha contra la impunidad, en la reivindicación de las vidas de las víctimas y en la construcción de la verdad.

Aunque la memoria en escenarios de guerra es presentista y desconoce el contexto general, como sugiere Pécaut (2004), la reconstrucción de los hechos violentos es fundamental en la consolidación de la memoria colectiva, familiar e individual, pues con ella se entiende qué ocurrió, por qué y cómo. También la visualización de los hechos, evitar su repetición, movilizar los procesos de denuncia y castigo y asimilar lo acontecido como parte de su historia. Por estas razones, tanto Afavit como algunos familiares de víctimas ajenos a su proceso han procurado reconstruir los hechos ocurridos entre 1986 y 1994, con el fin de visualizar su historia y contextualizar una memoria permeada por el temor y la

¹ El presentismo alude a la construcción de los recuerdos desde el hecho inmediato, donde sólo se evoca lo que sucedió cuando el sujeto estaba presente. Aquí la memoria no es una urdimbre de recuerdos y olvidos coherentes con el devenir de la historia, sino un albergue de momentos específicos, experimentados directamente por la víctima.

fragmentación. Estos agentes han tratado de dar coherencia histórica y espacial a lo que les ocurrió, para visualizar con mayor claridad y denunciar con herramientas coherentes las acciones violentas de sus victimarios.

Antes de hablar del proceso de reconstrucción de los hechos violentos de Trujillo, es importante presentar el papel que Afavit le atribuye a la memoria, pues sólo así es posible dilucidar el espacio que ocupa la reconstrucción de tales hechos en su esclarecimiento y en los procesos simbólicos y de duelo. Para la hermana Maritze Trigos la memoria, que incluye el conocimiento de los hechos violentos, tiene un papel ético, político, jurídico y cultural. El primero hace referencia a la obligación ética que se adquiere con las víctimas de reconstruir la historia verídica de lo que les ocurrió, ya que únicamente de esta forma puede reivindicarse su pasado y evitar que se olvide su sufrimiento:

La memoria primero tiene un sentido ético; yo lo colocaría de primero. Un sentido ético en el sentido que, por conciencia, por compromiso a los valores éticos, no podemos callar [...]. Al recuperar la memoria se recupera primero la verdad de este caso. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

La memoria desde lo político es un instrumento de denuncia, con la cual se da a conocer a los victimarios y el salvajismo de sus acciones. Con este conocimiento se busca evitar la repetición de los hechos. Desde el ámbito jurídico, la memoria se convierte en una impulsora de los procesos

penales contra los victimarios; en promotora de la justicia, la verdad y la reparación integral. Esta memoria se sitúa en un marco de derechos humanos y leyes que deberían cumplirse, pero que en Colombia, de acuerdo con Maritze Trigos, es pasado por alto:

También está la memoria de la parte jurídica [...] Es la parte más pragmática, cómo la memoria sirve para un proceso jurídico, un acompañamiento, la verdad desde la historia de ellos, y lo que se llama a nivel jurídico, la verdad procesal, que es tergiversada, que es manipulada y por eso pierden las víctimas. Mire que es otra rama de la memoria. Entonces aquí también entra a nivel de derechos humanos, esta memoria nos sirve como exigencia de verdad, de exigencia de justicia... Los tres principios universales y de reparación, pero una reparación integral, no como la que está haciendo el gobierno, una reparación integral, que no es sólo indemnizar económicamente. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Finalmente, la memoria desde lo cultural surca las vías de lo artístico, lo ecológico y lo religioso para reconstruir el tejido social a través de los símbolos, reducir el temor de los familiares, facilitar sus procesos de duelo y asimilación de los hechos, reivindicar la historia de las víctimas y conmemorar su vida. Y en todas esas caras de la memoria aparece la reconstrucción de los hechos como un elemento de verdad y contexto, que permite acercarse a la masacre y conocer qué pasó.

El proceso de reconstrucción de los hechos violentos de Trujillo empezó con la iniciativa del sacerdote jesuita y líder de la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz (CIJP), Javier Giraldo, quien tras el asesinato del padre Tiberio Fernández decidió identificar a los familiares de las víctimas y recopilar sus testimonios sobre lo ocurrido, con el propósito de denunciar ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos lo ocurrido en el municipio. En esa labor, encontró la historia de 62 víctimas, cuya historia fue presentada ante la corte, y después de su respuesta, el 31 de enero de 1995 el presidente Ernesto Samper reconoció la responsabilidad del Estado por acción u omisión en la masacre de Trujillo. Tras la declaración del presidente se formó Afavit, que junto a la CIJP, continuó la labor de recolección de testimonios orales y escritos:

Después del hecho de Tiberio, tan escandaloso, y la desaparición de Tiberio en el 90, eso marcó mucho a Javier. Él que ofició la misa [...] Entonces Javier se fue sin conocer a las familias y en un trabajo de hormiga empezó el esclarecimiento. El padre Javier recogió 62, 64 casos. [...] Durante el 91 al 92, él propuso la comisión de verdad de Trujillo y se llevaron, en el mes de septiembre, los casos hasta diciembre del 94. En ese momento, de 64 casos se reconocieron 105 casos; fueron de los que él había recogido. Vinieron de la Comisión Interamericana; ahí participaron Justicia y Paz del Episcopado, participó un colectivo de abogados [...] ASFADESS [...]. Luego estamentos del Estado: Defensoría del Pueblo, Procuraduría, Fiscalía, es decir a nivel... rela-

ciones exteriores. Y los abogados ya en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos [...] en enero de 1995 es cuando se da el fallo. Ahí el presidente Samper reconoce la culpabilidad del Estado por acción. Mire lo grave, reconoce que el caso Trujillo es un crimen de Estado. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

En 1997 llegaron a Trujillo dos artistas que también se sumaron al proyecto de recolección de testimonios y de construcción de memoria a través del arte: Carlos Ulloa, titiritero y actor de teatro, y su esposa Stella Guerra, pintora y bailarina. Entre 1997 y 1999 recopilaron de forma escrita las historias contadas por los familiares de víctimas y los impulsaron a expresar su dolor a través de la pintura, el baile, el dibujo y la escritura. Lamentablemente, en 1999, la vida de su hijo Jerónimo fue amenazada y tuvieron que abandonar el municipio y dejar inconcluso su proyecto de memoria histórica. Con la recolección de los hechos se quería establecer qué había ocurrido y por qué, ya que al parecer los trujillenses no comprendían las causas de la masacre. Así recuerda la hermana Maritze Trigos, que llegó en 1997, la partida de Stella y Carlos:

Afavit, que estaba desde el 95, y siguieron los mismos con Carlos y Stella a que contaran las historias, a que todo esto funcione, porque no es sólo tener ahí el grupo, sino conciencia de lo que pasó, y no sólo conciencia sino información, porque ellos no sabían qué les había pasado, no tenían claridad. Sí, mataron a mi hijo de forma individual,

y se llevaron a los ebanistas y se llevaron a los motoristas, pero de ahí a saber qué había pasado, crítico [...] Carlos Ulloa [...] con su esposa Stella, que ya murió, con su niño Jerónimo, que no duraron sino casi dos años, como mitad del 97 al 98, los comenzaron a amenazar: “les va a pasar lo que le pasó al padre Tiberio”, les gritaban. La casa donde estaban era al pie de la Policía y luego los comenzaron a amenazar: a Jerónimo, el niño, que no tenía sino 10 años, y decidieron irse. A mí me tocó con la arquitecta ir [...] Ellos tenían unos baúles viejos, pesados, no tenían maletas; al fin, artistas, locos... y se fueron. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Cuando los artistas salieron de Trujillo, la hermana Maritze y la hermana Carmen Cecilia Ávila, que llegó en el 2000, continuaron con la recolección de testimonios, a fin de reconstruir la historia de cada víctima para la elaboración de las esculturas de los osarios ubicados en el Parque Monumento a la Vida, un proyecto que inició en 2001. Según la hermana Carmen Cecilia Ávila:

Y sí, fuimos a hacer, a recoger. No digo que toda la gente, porque mucha está desplazada y otros aún permanecían como en la clandestinidad y nadie daba razón de ellos. Ahora cuando volvió la parte jurídica la gente volvió a expresarse, a organizarse y a participar, pero en aquella época no [...] Bueno, se había empezado la construcción de los osarios y continuamos. Fue un proceso muy lindo, porque el objetivo era acompañar a la gente en su proceso

de elaboración de duelo. Durísimo, momentos durísimos. Llegaba uno a escuchar y a llorar con la gente, porque para ellos, que no habían podido como contar, que no habían podido llorar, que no habían podido expresarse, cuando afloraba era de nuevo como sentir todo ese peso de la masacre, de la tortura, de la muerte de sus familiares [...] Entonces ya se empezó a promover un poco que la familia escribiera la historia de sus víctimas, de su familiar. Fue muy lindo. La gente lloró muchísimo, y que hicieran el dibujo de cómo querían que quedara en la... disculpe que se me van las palabras (escultura). (Entrevista a Carmen Cecilia Ávila, 5 de abril de 2009)

Tras el asesinato de su hermano en 2003, Carmen Cecilia Ávila decidió abandonar el proceso de compilación de testimonios por las veredas y dedicarse a su trabajo pastoral con las escuelas bíblicas de corregimientos como El Naranjal. Desde ese entonces, la hermana Maritze ha liderado la recolección de las narraciones sobre los hechos junto a Afavit, aunque en la actualidad está enfocando sus esfuerzos en el acompañamiento en los procesos jurídicos y en la reparación psicosocial de los familiares de víctimas.

Como ya se comentó, para Daniel Pécaut (2004) la memoria de los colombianos atrapados en un escenario violento está permeada por la fragmentación, el miedo, el presentismo y la manipulación de los recuerdos; sin embargo, los procesos de reconstrucción de los hechos y de la memoria histórica adelantados por Afavit han sobrepasado las barreras del temor y se han cimentado en la necesidad de aclarar qué su-

cedió. De acuerdo con Orlando Naranjo, representante de Afavit, al conocer los hechos se puede evitar su repetición y exigir justicia:

No olvidar es suficiente para que no vuelva a pasar lo que en Trujillo ha ocurrido. Somos memoria, somos ese quimérico museo de formas y constantes, ese montón de espejos rotos. Un pueblo que no conoce su historia no puede comprender el presente ni su futuro. La vida es la memoria del pueblo, la conciencia colectiva de la continuidad histórica, el modo de pensar y vivir [...] Entonces nos queda la satisfacción del trabajo colectivo que se refleja en los presentes, que sueñan, que resisten. La tarea no ha sido fácil, por eso necesitamos conocer la verdad, por eso exigimos justicia. (Alocución de Orlando Naranjo, 18 de julio de 2009)

La declaración de responsabilidad del Estado por parte de Ernesto Samper fue el primer elemento que generó confianza entre los familiares de las víctimas para contar sus experiencias, pues sentían que iban a ser protegidos y reparados integralmente. No obstante, frente a la falta de presencia estatal tras dicha declaración, Afavit decidió convertir los testimonios orales y escritos en una voz de protesta ávida de justicia y castigo para los victimarios. Por esta razón la asociación siempre menciona la necesidad de construir memoria histórica para luchar contra la impunidad y conocer las razones de lo que sucedió.

La resistencia es para Afavit el pilar de esta construcción, pues para ellos las historias de sus víctimas aún siguen siendo

acalladas, y sin importar las amenazas, el abandono y la apatía deben ser transmitidas al mundo para evitar que vuelvan a repetirse y para exigir justicia. Esto es lo que mencionó Enrique García, presidente de Afavit, durante la peregrinación del 18 de julio de 2009:

La verdad desde nuestras víctimas está atada y en los tribunales no se les ha escuchado; impera la mentira y en una voz hoy, 18 de julio, con ustedes trujillenses y peregrinos de todo el país, contra la impunidad Trujillo clama justicia, contra la impunidad el pueblo clama justicia, Colombia clama justicia. Ante la impunidad los familiares de las víctimas relacionamos lo que debe ser ley como normatividad y en respeto a los derechos humanos y la dignidad de la persona. Con sus virtudes, con sus inconvenientes la vida es sagrada. (Alocución de Enrique García, 18 de julio de 2009)

En síntesis, Afavit atribuye importancia a la reconstrucción de los hechos como instrumento de denuncia y garantía de no repetición, pero, ¿cómo se lleva a cabo tal reconstrucción? Para la hermana Maritze Trigos, la recopilación de los testimonios y la reconstrucción de los hechos es una labor pastoral que debe dar voz a todos aquellos que han sido silenciados por las amenazas y el dolor. Por esto se debe llegar a las viviendas de los familiares y permitirles que cuenten su historia, brindándoles no sólo un ambiente de seguridad y consuelo, sino de conocimiento de derechos humanos y la garantía de que su historia va a ser contada:

Esa es la labor pastoral, ir y compartir tiempo con la familia y le cuentan el hecho completo y vuelven y lo repiten y lo repiten [...] Esa es la labor de acompañamiento, esa es la pastoral. Muy doloroso porque yo sé la rabia y el enfado que la gente siente a nivel de justicia y a nivel de reparación. Muchos callan, otros ríen y otros gritan ante lo que les pasó [...] Hablar con las familias y hacer fue todo un trabajito muy optimista, muy humilde y silencioso [...] la parte de acción pastoral, es como la acción religiosa, que incluye un acompañamiento integral: está lo político, lo social; no es sólo un acompañamiento, incluye estas partes [...] (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

La reconstrucción del contexto social y político de la época en la que ocurrió la masacre es fundamental, ya que sin ésta los testimonios sólo se convierten en simples anécdotas colmadas de emotividad y sin ningún valor de denuncia: “A uno le falta mirar el contexto y sólo se queda en los hechos [...] entonces sólo se queda en la sensibilidad. Pobrecitos lo que les han hecho [...] pero hay que descubrir qué hay detrás” (entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009). Por eso los hechos contados desde Afavit parten de una contextualización histórica general del país a finales de la década de los ochenta. Aquí se identifica tanto a los victimarios como a las víctimas y se cuentan las historias relacionándolas con los hechos macrosociales que las impulsaron. En síntesis, en la reconstrucción de los hechos desde Afavit no existe una fragmentación y selección de los recuerdos, como sugiere Pécaut (2004); es una construcción que integra lo general

con lo local, sin importar el dolor o el temor que causen los recuerdos de la masacre.

Además de contar los hechos violentos desde las experiencias particulares, los familiares vinculados a Afavit han tratado de agrupar a las víctimas de acuerdo con sus oficios y de atribuir importancia a la historia de personas emblemáticas del municipio, como el padre Tiberio y Esther Caya-pú. Con eso quieren mostrar la magnitud e intención de los hechos, que buscaban desintegrar las cooperativas creadas por el padre Tiberio y apropiarse de tierras y puntos geoestratégico. Estos personajes emblemáticos son concebidos los héroes de resistencia, quienes pese a las amenazas lucharon por su comunidad. Vale la pena agregar que la resistencia y el recuerdo de aquellos personajes locales son pilares de la memoria campesina, según Fentress y Wicham (2003). Luis Enrique Mejía, miembro de Afavit, habla de los hechos de Trujillo contemplado a las víctimas desde la colectividad, desde su oficio y desde la impunidad en que aún se mantiene su muerte o desaparición:

Construir la memoria, cuando decimos que Afavit nace en el año 1995, en ese tiempo sólo teníamos el dolor y el sufrimiento acumulados. El miedo nos paralizaba, los recuerdos de noches oscuras, de días desolados, de heridas abiertas, de soledad y de lágrimas, ya que entre los años 1986 y 1994, alrededor de 300 personas fueron víctimas de las torturas, desapariciones forzadas y ejecuciones en el municipio de Trujillo, Valle del Cauca, Colombia. Estas víctimas fueron campesinos, jornaleros, educadores, ebanistas, motoristas,

comerciantes, vendedores ambulantes; todos murieron. Después de investigaciones penales y disciplinarias, pero a pesar de las evidencias, los responsables fueron absueltos. (Alocución Luis Enrique Mejía, Conferencia Internacional de Memoria, 18 de agosto de 2009)

Los procesos pedagógicos iniciados por Afavit y la hermana Maritze Trigos en los colegios de Trujillo buscan enseñarles a los niños acerca de los hechos ocurridos entre los años ochenta y noventa, siempre desde el contexto, desde las víctimas agrupadas en colectividades y desde aquellos personajes representativos. Para Maritze este ejercicio se transforma en una herramienta contra el olvido y la repetición: “Por eso la memoria de Trujillo, si ustedes hablaban, hablaron con los niños, ellos le saben contar la vida de los ebanistas, la vida de Esther Cayapú, del padre Tiberio; se la están contando de generación en generación... Y eso es transmitir la memoria” (entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009).

El recuerdo de Tiberio, Esther Cayapú y de las marchas campesinas de finales de la década de los ochenta también surge en los testimonios de los familiares de asociados a Afavit cuando se les pregunta por la masacre de Trujillo en general. Cuando se les habla de su caso particular, los contextos, las colectivizaciones y los personajes emblemáticos, se transforman en lugares específicos y víctimas particulares.

En ese caso, la narración generalmente se aleja de la denuncia y la resistencia y se convierte en un encuentro personal con su víctima, en diversas ocasiones colmado de dolor. En éstas el recuerdo de los hechos gira en torno al nombre y a

los acontecimientos familiares pues, como sugiere Maurice Halbwachs (2004), la memoria familiar construye en forma de imágenes particulares, que corresponden a un único hecho y que se alimentan de los hechos de la familia y el nombre de sus familiares. El testimonio de Consuelo Valencia, que perdió a su esposo y a sus hijos en la masacre, muestra el tránsito de los contextos y los personajes al encuentro íntimo con la historia de sus seres queridos:

Este es mi hijo, este es el mayor. Lo tuvieron dizque un día y una noche. Él pasó todo el día y toda la noche colgado en un árbol. Luego lo bajaron y se lo llevaron y condujeron [sic] a Playa Alta. Ahí lo echaron al carro. Ahí, cuando yo vi que lo bajaban todo tapado, lo taparon todo, yo le vi la mano y él me hizo así: me volió la mano [...] A él lo cogieron en Playa Alta también, a Arlet. A él dizque le voltearon los bracitos, lo tiraron al carro [...] Me sacaron a mi esposo, se lo llevaron, lo torturaron, luego lo trajieron [sic] a la casa, lo llevaron hacia arriba, hacia un monte y a él lo dejaron desde las 4 hasta la una de la mañana por allá. No sé qué le hicieron, pero en todo caso murió de las torturas. (Consuelo Valencia, *Contravía*, “Trujillo: una tragedia que no cesa”, 12 de noviembre de 2008)

En el relato de Consuelo, el nombre de su hijo Arlet es importante, porque le permite establecer un vínculo con él y con lo sucedido. La geografía física también tiene un papel fundamental en su historia, ya que le facilita ubicar los espacios a los que fue llevado su ser querido y, por ende, esta-

blecer una conexión entre ella y su hijo mediante los últimos pasos que él dio; además de crear un puente entre el familiar y el recuerdo de los días en que su ser querido aún vivía.

Los espacios físicos también llevan a evocar los últimos instantes de las víctimas y, en este caso, los momentos más infames y dolorosos. Ahora bien, relegando por un instante el análisis que se pueda hacer a este tipo de testimonios, hay que recordar que son palabras colmadas de emotividad y dolor; son testimonio de la agonía causada por el salvajismo de unos cuantos. Por ello deben analizarse con respeto y ser rememoradas, para evitar que sean repetidas por otros labios en circunstancias similares.

Los testimonios escritos y orales, compilados entre 1997 y 2003 por Carlos Ulloa, Stella Guerra, Maritze Trigos y Carmen Cecilia Ávila, tienen dos objetivos. El primero: materializar toda la evidencia testimonial que puede ser empleada como prueba para adelantar los procesos penales contra los victimarios.

El segundo objetivo es reivindicar el nombre de las víctimas y, en particular, su estado de indefensión a la hora de su muerte o desaparición. En las reconstrucciones de los hechos, tanto desde los familiares vinculados a Afavit como desde los que no lo están, prima el recuerdo de una víctima inocente e indefensa, que no merecía el trato al que fue sometido. Esto se percibe en cuatro testimonios distintos, los tres primeros orales y el último escrito. Un testigo afirma que no entiende por qué Trujillo fue escenario de una masacre tan cruenta, pues para él sus habitantes eran personas humildes y trabajadoras: “Entonces en su gran mayoría fueron campesinos,

gente humilde, gente trabajadora, gente que nada tuvo que ver con estos actores involucrados” (testimonio de la Peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009).

Por su parte Berenice Tacuey, miembro de Afavit, sugiere que la reconstrucción de la memoria de los hechos y de las víctimas es fundamental para dar a conocer al mundo sus verdaderas historias y desmentir la idea que las víctimas merecían lo que les ocurrió: “Sí, eso es muy bueno [la recuperación de la memoria de las víctimas], porque [...] hay millones de personas que no los conocieron y no saben a qué se dedicaban realmente, y con eso van a saber qué clase de gente era. La mayor parte se imagina que eran guerrilleros, que eso no es así, que eran personas de bien, trabajadoras” (testimonio de la Peregrinación a Trujillo, 4 de agosto de 2009). En el testimonio de la siguiente mujer, que cuenta la situación del municipio después de la masacre, también queda muy clara la idea de que no merecían lo que les ocurrió, ya que eran personas trabajadoras y honradas:

[...] porque todos quedamos muy desprotegidos [...] en situaciones económicas graves, con hijos, familias con 5, 7, 6 hijos. De manera que eso estamos hace ya 20 años y todo el futuro de esas familias quedó en parada. Hasta ahí les he hecho un relato más o menos a mis conocimientos. [...] Uno ve la injusticia de un Estado colombiano, de unos gobiernos que no encarnan en dolor de estas personas que ahí, por ejemplo, en el caso de mi familia fue una familia trabajadora, honraos [...]. (Testimonio de la Peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009)

Finalmente, en su testimonio escrito, María Oliva Riaño, que debió abandonar Trujillo con su familia, también ratifica su inocencia:

Yo les dije que no estaba. Él se quedó sin salir, y a partir de ese momento le tocó partir de nuestro hogar, no volver. Se encuentra huyendo de una parte para otra escondiéndose sin saber, porque nosotros no hemos hecho nada malo. Siempre hemos sido personas trabajadoras de bien, y pasamos los días pidiendo al Señor todopoderoso que nos ayude a encontrar paz, tranquilidad para mi familia en alguna parte, y poder volver a estar juntos en un hogar, donde podamos vivir y trabajar en paz y tranquilidad, porque en este momento todo eso nos hace falta, con mis hijos lejos y temiendo cada día por lo que les pueda pasar. (Testimonio escrito de María Olivia Riaño, 18 de julio de 2009)

Al igual que los testimonios orales, los testimonios escritos, que son una evidencia tangible del trabajo de Carlos, Stella, Maritze, Javier Giraldo, Carmen Cecilia, Santiago Camargo, Fabio Serna y algunos trujillenses, muestran un manejo del contexto, sobre todo en aquellos realizados bajo el acompañamiento de Afavit. En éstos, por lo general, el contexto conjuga la presencia de varias fuerzas armadas encontradas, la conformación de las cooperativas impulsadas por el padre Tiberio, la marcha campesina de 1989 (aunque en el de María no aparece) y el enfrentamiento entre la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el ejército en Playa Alta. A juicio de varios familiares, la marcha fue el

instante de identificación de todos los líderes campesinos, líderes que un año después empezaron a ser asesinados, torturados y desaparecidos.

El enfrentamiento entre la guerrilla y el Ejército es tomado como una excusa que desencadenó la sevicia de militares y paramilitares con el apoyo de narcotraficantes. Vale la pena agregar que los testigos identifican quiénes fueron los victimarios; por eso los mencionan en sus relatos para tratar de movilizar los procesos jurídicos en su contra. Ahora bien, sólo se refieren a aquellos líderes (como agentes de policía, comandantes y narcotraficantes) que ya se han alejado del municipio. Los victimarios locales no son aludidos por temor a represalias:

Mi nombre es María Oliva Riaño. Fue así como mi familia y yo comenzamos a sufrir las consecuencias de la violencia en Trujillo. Nosotros nos encontrábamos en la vereda La Sonora, en una finca llamada La Estrella, de nuestra propiedad. Allí trabajábamos, sembrábamos mora, café y otros productos como plátano, yuca, fríjol. Con la gente de la región conformamos una asociación de moreros, con ayuda del padre Tiberio Fernández para poder vender el producido de la mora a mejores precios, ya que así se podía llevar producto hasta Cali para comercializarlo. Por este tiempo, era el año 1989, comenzaron a llegar grupos diferentes como guerrilla, paramilitares, gente del narcotráfico y ellos a hacernos preguntas, y nos acusaban que los moreros éramos guerrilleros, como era un grupo de muchas personas nos señalaban de pertenecer a esos gru-

pos subversivos. Pasaban los días y a comienzos del año 1990 hubo un enfrentamiento entre gente del gobierno y la guerrilla como resultado quedaron 8 personas muertas, 7 soldados y un campesino; eso fue en una parte llamada la playa. Debido a todos estos problemas militarizaron la zona, pero allí seguían los paramilitares y se presentaron muchas desapariciones y la muerte de muchos campesinos. (Testimonio escrito de María Olivia Riaño, 18 de julio de 2009)

La presencia de personajes fundamentales en la historia del municipio (padre Tiberio) y la referencia a espacios geográficos, característicos de la memoria campesina que plantea Fentress y Wicham (2003), también son evidentes en el relato de María. Es posible sugerir que en el caso de Trujillo, al hablar de espacios geográficos, no sólo se habla de montañas, planicies y valles; se habla de una geografía de terror, en términos de Ulrich Oslender (2008). De acuerdo con el autor, la presencia de actos beligerantes en una región la convierten en un paisaje del miedo, que se hace visible en huellas el pasado como edificaciones destrozadas, marcas de impactos de bala, algún entierro, entre otros.

Tales espacios del miedo también son resultado del desplazamiento, ya que manifiestan la presencia de actores armados en la zona que intimidaron a los moradores y los obligaron a partir. Además: “La presencia en el espacio de cuerpos humanos muertos, destruidos, o mutilados, es un recuerdo constante de la forma de actuar de los actores armados y violentos; un recuerdo que está ‘vivo’ en los paisajes

producidos como resultado de la penetración, violación o tortura de esos cuerpos” (Oslender, 2008). En el siguiente testimonio de María se observa cómo su finca se convierte en un paisaje de miedo por la llegada abrupta de agresores que los obligaron a desplazarse y por la presencia de un cuerpo victimizado:

Un día llegaron a mi casa, nos llevaron más o menos 500 metros más arriba; el Ejército volvió a mi casa, nos dañaron los candados, nos robaron algunas cosas como cadenas de oro, las prendas de matrimonio, unos ahorros que teníamos en la alcancía. Debido a tanto problema, abandonamos la finca, perdimos la cosecha de café y mora, nos vinimos para Trujillo zona urbana. Mi esposo consiguió trabajo manejando un carro de Trujillo a Tuluá pero hasta allá seguimos viendo cómo seguían matando campesinos y compañeros de la asociación de moreros. También a nuestro muy querido padre Tiberio Fernández, con su sobrina y sus amigos y acompañantes. Fueron más de 100 campesinos que se llevaron y mataron, torturaron. Un día que mi esposo se dirigía a la finca a darle vuelta fue retenido por el Ejército, lo llevaron al batallón de Buga, allí lo torturaron, lo acusaban de ser guerrillero. Él negó porque no era cierto. Al cabo de tres días lo dejaron ir para la casa. En ese tiempo teníamos mucho miedo; estuvimos en otras partes de Colombia a ver adónde nos pudiéramos ubicar sin el peligro que allí había. Pero todo era inútil porque en todas partes se movilizaba fuerza subversiva [...] A comienzos del 2001 [...] en abril llegaron estos grupos de varios hombres a la

finca, estaban armados traían un hombre, lo mataron y lo enterraron en nuestra finca, y a partir de ese momento nosotros íbamos muy poco a la finca porque teníamos mucho miedo. (Testimonio escrito de María Oliva Riaño, Peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009)

Es importante recordar que los testimonios escritos no sólo fueron compilados desde Afavit como muestra testimonial de los hechos empleada en el ámbito jurídico; también fueron recopilados con el fin de crear un registro permanente para los trujillenses y para el mundo, actualmente albergado en la Galería de la Memoria. Igualmente, con estos testimonios se elaboró un libro sobre la vida del padre Tiberio, escrito con el puño y la letra de los familiares, que cuenta los hechos de Trujillo y la biografía del sacerdote (también se encuentra en la Galería).

En los testimonios recopilados desde los procesos de construcción de memoria histórica de Afavit, el contexto sociopolítico tanto nacional como local, la denuncia contra los victimarios, la resistencia de los familiares desde la asociación y la constante presencia de los personajes más importantes de la historia del municipio durante la década de los ochenta son elementos fundamentales. Como ya se mencionó, para los familiares de Afavit la reconstrucción de los hechos es un ejercicio jurídico de memoria, que les permite movilizar procesos penales contra los victimarios. Por esta razón deben ser claros y cimentarse en un contexto macrosocial que sustente las posibles causas de la masacre. También es un ejercicio de memoria desde lo ético, ya que permite la reivindicación

de la historia de todas las víctimas, una historia mancillada por el prejuicio y los rumores. Para Afavit la memoria histórica es su instrumento de resistencia que le permite luchar contra el olvido, la impunidad y la repetición de la violencia.

Por lo tanto, la reconstrucción de los hechos desde el proyecto de la asociación no evidencia la fragmentación entre el contexto y los actos particulares contra un agente, sugerida por Daniel Pécaut (2003), como característica de las memorias colectivas en tiempos de guerra. También hace frente al temor a represalias y a la selección de recuerdos generada por el dolor de enfrentar la violencia vivida. Ahora bien, la superación de todos estos juegos de la memoria tras episodios traumáticos no es resultado del azar, es producto de un trabajo arduo y constante, impulsado por los acompañantes de la asociación, desde el padre Javier Giraldo hasta la hermana Maritze Trigos y Carmen Cecilia Ávila, desde Carlos Ulloa y Stella Guerra hasta María Quintero. Sus esfuerzos hicieron que los familiares dejaran el miedo y la negación presente en sus relatos, e incluso que empezaran a relatar, porque:

Se vivía en un silencio terrible; la gente no hablaba, nadie. Apenas miraban, y si era una persona extraña, la miraban de lejos desde las rendijas. Pues llegué donde una señora ahí de Afavit, muy cercana, muy colaboradora que ayudó mucho en el proceso desde su realidad en el pueblo y fue mi mano derecha. Entonces empezamos a salir a todos los sitios, a todos los huecos donde se sabía que había familiares de víctimas. (Entrevista a Carmen Cecilia Ávila, 5 de abril de 2009)

Después de talleres y encuentros, algunos familiares lograron relegar por un momento la tristeza y empezaron a contar lo que les había sucedido. Luis Enrique Mejía, representante de Afavit, cuenta cómo vencieron el temor y el dolor para reconstruir los hechos violentos de su municipio con el apoyo de sus acompañantes. Resistencia, valentía y trabajo constante son los valores transmitidos por aquellos que, ajenos a la masacre de Trujillo, se acercaron para ayudar a los familiares a hacer duelo, luchar contra la impunidad y construir memoria histórica:

Nuestro proceso ha sido duro. Recordar y reparar es una construcción colectiva de Afavit, resultado de un taller de cinco sesiones, con el apoyo directo e invaluable de nuestra acompañante, la hermana Maritze Trigos, y la historiadora aquí presente Rosalía Moreno. Participaron en la organización, 14 miembros activos de Afavit. [...] Les decimos que aunque somos personas supremamente lastimadas y adoloridas, seguimos aquí con toda la fuerza y el empeño para trabajar, para luchar, para que sepan que aquí estamos y los invitamos para que conozcan nuestra historia, nuestro pasado y presente, que nos acompaña en la construcción de nuestro futuro, con mucha fe y esperanza. Tenemos la memoria de los hechos, todos tenemos recuerdos, porque la vida lo merece. Decimos recuerdos, porque no queremos mentir. Hablamos acerca de nuestra historia, la exhibimos, porque si no lo hacemos, entonces quién. Hablamos, porque si no los recuerdos se hunden en el abismo oscuro y profundo del olvido. (Alocución de

Luis Enrique Mejía, Conferencia Internacional de Memoria, 18 de agosto de 2009)

En los talleres de memoria se logró que los familiares hablaran con menor temor sobre los victimarios, los objetos emblemáticos como el Toyota blanco y la motosierra; los lugares de tortura y los lugares de ocultamiento de los cuerpos, y los hechos particulares de cada familia:

Este sería el Toyota que salió por Trujillo, llegó hasta La Sonora, subió se devolvió pasó por Trujillo y tenemos La Rochela, pasó la hacienda La Peladora, donde torturaban a las personas y les mochaban las cabezas, los cuerpitos, los brazos. Con una manguera los ahogaban, los torturaban y los echaban a estos costales. Los llevaban al río Cauca y los tiraban allá [...] 2. Acá en la esquina, en donde ahora hay como un barcito, recogieron a mis dos tíos, pasaron por la alcaldía, la estación de Policía quedaba al lado de la alcaldía y subieron por mi papá [...] 3. El río Cauca, que fue donde encontraron a la mayoría de las personas. Por La Virginia hay un punto específico donde descansaban los cadáveres. (Memoria Histórica, 2008: 204)

Otros testimonios orales y escritos: hechos de víctimas particulares alejados de contexto y de personajes emblemáticos

No existen diferencias radicales entre los testimonios orales y escritos dados por los familiares de víctimas pertenecientes a Afavit y entre los de aquellos familiares que no pertenecen a la asociación. En ambos casos se atribuye importancia a los espacios geográficos como puntos de referencia de los hechos, a las acciones de los victimarios, al vínculo con la víctima, al pasado familiar y a su vida después de la masacre. Sin embargo, es viable sugerir que los testimonios de la mayoría de testigos que no se han vinculado a Afavit aún están permeados por el temor a amenazas, a la fragmentación, a la evasión de hechos dolorosos y a la ruptura con el contexto social general.

Quizá por ello no mencionan de forma directa a los victimarios y se centran en los momentos particulares de la acción violenta contra su familiar, no en las causas externas que llevaron a esta situación. Según Pécaut (2003), las masacres, las desapariciones y los desplazamientos forzosos generan temor en la población, temor que alimenta una memoria basada en acontecimientos. Dicha memoria es inmediata y no puede ser inscrita por las víctimas en una trama productora de sentido.

Algunos familiares de víctimas ajenos al proceso iniciado por Afavit son conscientes de la necesidad de hacer memoria para evitar el olvido y la repetición de los hechos; pero el temor y el aislamiento no les han permitido reemplazar la

narración de acontecimientos inmediatos y descontextualizados, por la narración de resistencia y visibilización absoluta de los hechos generada desde Afavit. Al parecer, fuera de la asociación no existe mucho interés por contar lo que ocurrió, pues en el municipio impera el temor y la apatía para algunos. Otros simplemente quieren olvidar para superar su tristeza:

Si no se habla, si no se escribe y no se cuenta, se olvida y poco a poco se va tapando bajo el miedo. La gente que vio el muerto se va olvidando y tiene miedo de hablar, así que llevamos un oscurantismo de 16 años en el que nadie habla de eso [...] Hay mucha gente que ha sido muy celosa [...] que no tienen víctimas directamente en la masacre, entonces uno ve que son como apáticos, que no quieren saber mucho del tema, no quieren involucrarse, gente que no quiere recordar el hecho. Entonces son celosos. Hemos sentido abandono no sólo del Estado, sino también de las comunidades. (Memoria Histórica, 2008: 85)

Aunque en la reconstrucción de los hechos desde Afavit y desde los familiares alejados de la asociación se observa la identificación de lugares y situaciones particulares, en la de los familiares ajenos a Afavit aún se percibe temor de contar todo lo sucedido y de nombrar a los victimarios. En ellos no se ha instaurado la noción de resistencia y sacrificio abandonado por la asociación desde su origen. Como afirma Enrique García, presidente de Afavit:

Desde hace 20 años es una continua denuncia de la violación a los derechos humanos, es la exigencia permanente de una real justicia a la cual no renunciaremos jamás, nos toca también. Daremos la vida a esta hermosa tierra que nos vio nacer. Seguiremos resistiendo, seguiremos trabajando porque Trujillo y Colombia se lo merecen. Daremos, si es necesario, la vida a ejemplo del padre Tiberio de Jesús Fernández Mafla, quien fuera nuestro guía y pastor. La impunidad en cierta forma oculta, silencia esta verdad, no le da crédito. Al no castigar a los culpables, al permitir que los victimarios no corrijan su conducta, sus crímenes. (Alocución de Enrique García, Peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009)

Otro elemento presente en la reconstrucción de los hechos desde los familiares ajenos al proceso de Afavit es la presencia latente del dolor, causada por los procesos de duelo inconclusos. En estas narraciones, la emotividad y el dolor están a flor de piel, y los recuerdos de la víctima en vida se entremezclan con los episodios de su muerte. En dichos casos la memoria está fragmentada por la tristeza, y así como sugiere Griselda Kaufmann (1998), los recuerdos son seleccionados y los más dolorosos, obviados y bloqueados. En su testimonio, María Noemí Sánchez, que perdió a su hijo y a su sobrino en la masacre, expone la agonía que siente entre hecho y hecho. Además, salta de la historia de su hijo a la de su sobrino cuando el recuerdo se vuelve más doloroso, es decir, cuando se habla de las circunstancias particulares de la muerte:

María A: ¿Jesús María Díaz Sánchez?

María N: Sí, lo mataron en Venecia cuando prestaba el servicio militar. Y este es mi sobrino, la mamá se murió de pena moral.

María A: Albeiro de Jesús Sánchez.

María N: Imagínese que yo estaba por aquí y vi a una señora mirando la foto de mi hijo y llorando. Dizque a ella le gustaba y le dio muy duro cuando lo mataron. ¿Quién iba a pensar? Era muy...

María A: ¿Reservado?

María I: Sí, reservado, no me hablaba de novias ni nada de eso. Mi hijo prestaba el servicio militar y lo mataron en Venecia. Nosotros vivíamos aquí y a él lo mataron por allá. Le dieron unos tiros en la cabeza y lo echaron a un camión. La muchacha cuando lo vio dizque lo abrazaba. A mi sobrino también lo mataron y mi hermana no lo superó. No comía y sólo fumaba. Se puso flaca y murió. Perder un hijo es lo más duro que le puede pasar a uno. Yo siempre lo he dicho: uno supera la muerte de los papás, pero la de los hijos, eso es terrible. Yo me acuerdo que mi mamá murió de cáncer y yo lo superé; pero a mi hijo no, porque los hijos son como parte de uno, son parte de uno. No se olvida y yo todavía lo siento vivo, él no ha muerto. (Entrevista a María Noemí Sánchez, Peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009)

Aun cuando para los miembros de Afavit el dolor aún está presente, ya han sido partícipes de procesos de duelo colectivo, memoria y acompañamiento que les ha permitido liberar la angustia y contar los hechos de una forma un poco más objetiva; pero sin relegar la emotividad y la indignación. Para la hermana Maritze Trigos, todas las historias de los familiares son profundamente desgarradoras; no obstante, para hacer justicia es necesario superar el dolor y luchar en nombre de las víctimas. Ayudar a superar el dolor y luchar por la justicia es su labor pastoral como acompañante de Afavit, una labor que se convierte en proyecto de vida. Esto es lo que comenta del testimonio escrito de María Oliva Riaño, partícipe del proceso de duelo y memoria iniciado por la asociación:

Ven que esto es toda una espiritualidad, y así terminó todo [...] Todo esto es una espiritualidad, que sí la persona no sea religiosa [...] y la espiritualidad es ponerle espíritu, es darle vida, es darle trascendencia, es trascender el dolor, la tristeza. Es la parte de espiritualidad. Uno se enciende [...] vive uno el compromiso y eso llega [...] si eso no le llega a su piel y no le atraviesa su conciencia [...] Todo esto tiene que llegar, hay un espiritualidad política [...] Para mí esto no es un trabajo, se convierte en un proyecto de vida, es un proyecto de vida; en algo alternativo, en que hay que construir otra sociedad. “Otro mundo es posible” era el eslogan de Visión Mundial. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Pese a que la mayoría de los familiares alejados del proceso Afavit están confinados entre el temor y el dolor irresoluto, incluso entre el aislamiento y el silencio, algunos han abandonado la subordinación y han empleado los testimonios como una herramienta de denuncia y movilización de procesos jurídicos contra los victimarios. Ese es el caso de Lucía Pérez, quien aunque pertenece a Afavit, no comparte sus modos de proceder. Debido a esto ha iniciado un proceso individual de denuncia y construcción de la memoria, donde quiere reivindicar la historia de sus familiares y amigos caídos y convertirse en la voz de todos los trujillenses que temen hablar o que no han sido escuchados.

En su narración sobre los hechos se conjuga el contexto macrosocial que albergó la masacre con su historia personal. También se visibiliza a los actores implicados, las técnicas de exterminio y la denuncia permanente contra los perpetradores y aquellos que, a su juicio, han abusado de la memoria de sus víctimas:

Así puedo detectar que en el período de 1986 y 1994 se evidenció una práctica sistemática de eliminación de vidas humanas, en el cual tuvieron participación, en primer orden, agentes directos e indirectos del Estado, amparados por la complicidad activa o pasiva de las instituciones oficiales, y el momento más álgido de esta masacre continúa ocurriendo desde el año 1990. Esa es como la época más dura, donde se asesinan 23 personas arbitrariamente con motosierra. Ellos fueron descuartizados, mutilados, decapitados, castrados, entre ellos el sacerdote de mi pueblo, de

mi amado pueblo Trujillo, Valle, Tiberio Fernández Mafla [...] Represento a 342 víctimas acaecidas en la llamada masacre de Trujillo. Entre ellas la mayoría amigos que personalmente los conocí. Sé que detrás de cada uno de ellos hay una historia que contar [...] Entonces los victimarios hoy descansan después de la lucha de dos décadas, cuando en el mismo mes de septiembre (se cogieron 60 personas por esta masacre, les presentan [...] hoy han salido porque las instituciones que son garante de los derechos humanos en este país, los dejan libres, pero no por falta de pruebas amigos), por omisión, porque se llenan de artilugios para dejarlos libres. (Alocución de Cielo González, Foro Universidad Distrital, “Estamos de liquidación por Seguridad Democrática”, 20 de agosto de 2009)

El testimonio de Lucía alberga la búsqueda de verdad y justicia encabezada por Afavit, la resistencia y la valentía de hablar sin temor a la muerte, así como el reconocimiento a los líderes de su pueblo. No obstante, la historia de sus familiares tiene mayor importancia que la del resto de las víctimas, aunque también las tiene en cuenta. Su proceso es una lucha por la reivindicación de la vida de sus familiares y de denuncia por la forma en que fueron exterminados, cimentada en los valores colectivos de la asociación Afavit.

Lugares y fechas: ¿cómo recuerdan los familiares de víctimas los hechos en relación con el espacio y el tiempo?

Los lugares son vehículos que conectan al familiar con su víctima, que conectan el presente del vivo con el pasado del muerto. Al transitar cada espacio, el andante deja huellas, lo impregna de su historia. El espacio no sólo es una referencia de la vida del caído o desaparecido, también es el vínculo lamentable con su muerte. Tanto en los hechos narrados por miembros de Afavit como de otros familiares, el espacio es un referente fundamental que permite ubicar espacialmente los hechos violentos y así atribuirles mayor realidad, para convertirlos en historias verosímiles y denunciabiles. Villa Paola, Las Violetas, la estación de Policía, la ebanistería, La Sonora, El Naranjal, la casa de..., la carretera, se han transformado en puntos mencionados por todos los testigos con los cuales trazar una cartografía de los hechos. Para Afavit, esta cartografía tiene un sentido de denuncia, ya que es posible emplearla a fin de movilizar los procesos jurídicos debido a su valor de evidencia. También tiene un valor histórico, pues cada espacio de muerte para los miembros de Afavit se convierte en un recordatorio que materializa la agonía de sus víctimas, que para ellos es uno de los impulsos de su labor.

En las narraciones de los hechos surgidas desde el seno de Afavit, los lugares de tortura y de desaparición masiva son emblemáticos, pues evidencian la organización interna y la magnitud de la violencia. De la organización, porque ratifica el vínculo de las fuerzas estatales y paraestatales con narco-

traficantes; de la magnitud, porque mediante los testimonios dados por declarantes presenciales, como Daniel Arcila, se supo cuántas y cómo fueron ejecutadas las víctimas. Entre los espacios más nombrados se encuentran veredas como La Sonora, el parque municipal, la ebanistería y las carreteras, de donde las víctimas fueron raptadas en masa.

De La Sonora se llevaron a 11 personas, entre ellas a Esther Cayapú; del parque, a Daniel Arcila, principal testigo de las torturas; de la ebanistería, a cinco jóvenes, y de las carreteras, bueno, las carreteras y caminos fueron testigos silentes de la desaparición del padre Tiberio y sus acompañantes (vía Tuluá-Trujillo), del plan pesca donde murieron decenas de campesinos y motoristas y del asesinato de otros cuantos. Así recuerda la hermana Maritze Trigós el asesinato de los motoristas y de otros campesinos por las carreteras con el plan pesca:

La operación pesca consistía en parar los camioncitos y los carros de escalera. Ya tenían lista de recogida. Hacían el pare y bajaban a los que ya tenían en la lista, y a muchos los fusilaban en frente del resto de los pasajeros. Otros se los llevaban y los torturaban, y éste que le tocó a usted en la cruz esperaba el *jeep*, el Willys, porque allá hay muchos Willys [...] Reinel estaba ahí en la carretera. Su casa era una finquita y se venía caminando. Al frente había una casita. [...] Las muchachas fueron testigos. Cuando vieron al Ejército cerraron; pero dicen por las rendijas se vio todo. Ahí le dispararon y quedó tirado en la carretera ¡Qué vergüenza! Así era el plan pesca: paraban y mataban. Mataron a 18

motoristas, a conductores de los Willys, dizque porque los de los Willys metían a la guerrilla. Muchos cayeron solitos cuando no llevaban pasajeros, los encontraban ahí sobre el volante del carro... a otros los sacaban y los torturaban. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Otros lugares aludidos en los relatos son las comandancias de Policía tanto de Trujillo como de Tuluá, el batallón de Buga y las bases militares en Trujillo, pues las víctimas eran trasladadas allá y torturadas por primera vez. Eran lugares de transición entre la vida y la muerte. Para los familiares también se convirtieron en un espacio de peregrinación entre el 1990 y el 1991, ya que todos iban a buscar a sus familiares o a denunciar su desaparición. De acuerdo con los trujillenses, la base militar a la entrada de Trujillo era un escenario de torturas:

[...] pusieron una base militar a la entrada del cementerio [...] y al frente estaba la base militar y la familia que vive donde el sepulturero, de toda la vida. Ese hombre es muy gordo y todavía sigue, decía: “Oíamos los gritos”, “oíamos los llantos de la gente que llevaban: ¡Auxilio, auxilio!”. Gritaban cuando pasaban en el carro blanco Toyota, claro porque ya se habían llevado a otros. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

María Libia González, antigua presidenta de Afavit, cuenta cómo los batallones y comandancias se transformaron en escenario de peregrinación para los familiares de víctimas:

Entonces nosotros cogemos un carro, varias familias, y nos vamos derecho al F2. Llegamos allá, preguntamos; pero ellos nos dijeron que no, que allá no había nadie. Luego el testigo Daniel Arcila cuenta que cuando nosotros salimos de ahí a las 6 de la tarde, ahí mismo salieron con ellos para “la peladora”, o sea, que era la finca Las Violetas”, donde estaban llevando a la gente a torturarla. Mi marido era tan inocente que yo lo primero que hice fue correr. (Véase el testimonio de María Libia González, *Contravía*, “Trujillo: una tragedia que no cesa”, 12 de noviembre de 2008)

Las fincas de Henry Loaiza, alias “El Alacrán” (Villa Paola) y de Diego Montoya, alias “Don Diego” (Las Violetas), son identificadas como el espacio donde se llevaban a cabo las torturas y los asesinatos. De hecho, en la reconstrucción de los hechos se evoca La Peladora, un espacio de la finca Las Violetas, escenario del salvajismo de militares y paramilitares, como aparece en el testimonio de María Libia. En su alocución pública del 18 de julio de 2009, el actual presidente de Afavit, Enrique García, reconoce las dos fincas como espacio de torturas y asesinatos:

A nuestros seres queridos se los llevaron en forma forzada en carros nada más y nada menos que de la Policía, encargados de salvaguardar la honra y bienes de los ciudadanos. A golpes y de forma violenta los pasaron por la motosierra en las fincas Las Violetas y Villa Paola, con el auspicio y apoyo y la acción de los narcos, paramilitares y de militares.

Finalmente, en esta cartografía de la infamia trazada por Afavit se encuentra el río Cauca, como último espacio de peregrinación de familiares, como cementerio eterno de cuerpos fragmentados. Así lo cuenta María Libia González:

[...] Dado que a un muerto la única solución era ir al Cauca, buscarlos en el Cauca, entonces qué hicieron con ellos, cuenta Daniel Arcila, porque esa parte ya no nos tocó, de que a él lo cogen, le mochan la cabeza y en unos costales echaban las cabezas con arena y en otros echaban los cuerpos. Entonces al echarlos con arena al Cauca ellos los hundían... y de esa forma nosotros nunca encontrarlos. (Testimonio de María Libia González, *Contravía*, “Trujillo: una tragedia que no cesa”, 12 de noviembre de 2008)

Otro testigo también habla del río Cauca como última morada de las víctimas, de la que jamás fueron rescatadas pese a la recompensa que estaba otorgando la Gobernación del Valle a los pescadores por rescatar restos humanos de su cauce:²

² De acuerdo con *El Tiempo* del lunes 23 de abril de 1990: “El gobierno departamental del Valle ofreció recompensa a los pescadores del río Cauca que rescaten los cadáveres que se asegura pasan casi a diario por su caudal [...] En Trujillo se mantienen las medidas de excepción adoptadas de forma permanente por la crítica situación de orden público. Ayer se efectuó el sepelio de Carlos Alberto Bermúdez de 57 años, de su nieto José Horacio Bermúdez, 18, y de Jorge Manuel Hernández, 31. [...] sus cadáveres fueron rescatados del río Cauca y sepultados como NN en Marsella (Risaralda), donde luego de su exhumación fueron reconocidos”.

Los sacrificaron como se les dio la gana y ahí fue donde la comunidad ya quedó admirada, pues el modo en que en que habían hecho eso con el padre Tiberio, descuartizarlo. Y ahí fue donde se protocolizó la guerra contra esa gente y los llevaron y luego los masacraron. Después que los masacraron con motosierras los tiraron al río o los enterraron, porque no a todos los encontraron en el río Cauca, a todos no. Encontraron restos de la gente que llevaron pa' llí. Y a nosotros nos daba mucho miedo por ejemplo por el asunto de que era una guerra bárbara contra nosotros los campesinos. (Testimonio en *Contravía*, “Trujillo: una tragedia que no cesa”, 12 de noviembre de 2008)

Como se mencionó, los lugares son espacios del terror, en términos de Oslender (2008), ya que fueron escenario de actos violentos ejecutados por grupos armados, y aun cuando el tiempo pase, quedan impresos en el imaginario de todas las víctimas indirectas y también en el paisaje. Además, según el autor, la implantación de un régimen del terror implica restricciones en los movimientos cotidianos de la población. Sin importar si son explícitamente delimitadas por los victimarios o producto del miedo, diseminan un sentido de inseguridad generalizado que obstaculiza el libre desplazamiento y acción de los pobladores en sus alrededores. Por ello el contexto del terror fragmenta el espacio e impide la movilidad espacial cotidiana. Esto es evidente en el caso de las fincas Villa Paola y Las Violetas, ya que por el temor y la tristeza generados por los actos que allí se cometieron, así

como por miedo a represalias, los trujillenses prefieren no merodear sus alrededores.

La cartografía de los hechos creada desde Afavit considera un orden cronológico que parte de la desaparición hasta la búsqueda de los cuerpos en el río Cauca. Con esta presentación esquemática de los hechos en tiempo y espacio se pretende, por un lado, tener una evidencia sólida que pueda ser procesada penalmente para garantizar el castigo a los responsables de la masacre; por el otro, crear una memoria histórica ordenada y “espacializada” a la que los trujillenses y otros individuos puedan acceder. La reconstrucción fidedigna de los hechos es para los miembros de Afavit un instrumento de justicia, reivindicación y de memoria a disposición del mundo. Así cuenta la hermana Maritze Trigos cómo la historia de Esther Cayapú, narrada por sus hijos, se iba a convertir en un patrimonio a través del libro escrito por María Quintero:

Y nos fuimos a La Sonora y eso fue muy duro, porque nos salieron ocho jefes paramilitares, y yo siempre guardándola a ella, y ella llegó a la casita de Esther Cayapú. Yo le dije: Usted no sabe [...] íbamos a conmemorar el día de la mujer y ella aprovechó a los hijos de Esther Cayapú, y ahorita se va a convertir en una publicación [...] Ella, como buena investigadora, anda sin plata. Le sacamos un préstamo y vamos a ser una comunicación, y ella me dijo: ella se merece una publicación de mucha calidad, luego salió un folleto muy hermoso. Yo le hice el prólogo [...] entonces va a salir el folletito de lo que ella no quiso hablar allá, por el tiempo

tan corto. Lo vamos a publicar, la vida de Esther Cayapú. ¿Quién iba a imaginar? Sus hijos son humildes labriegos y su mamá va tener un librito [...] es emocionante, ella que el sistema la torturó, la desapareció, fue una de las que pasaron por la motosierra y su cuerpecito, destrozado, desmembrado fue tirado al río Cauca. La única mujer entre un grupo de 11 desaparecidos en La Sonora [...] Entonces mire que se convierte en patrimonio histórico. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Al hablar de geografía o espacio, tanto en la reconstrucción de los hechos como en la elaboración de la historia de las víctimas que se presenta más adelante, también vale la pena recordar las nuevas posturas sobre el paisaje, mencionadas por Federico Wynveldt y Bárbara Balesta (2009), que se basan en los planteamientos de Luciano Febvre (1955), quien afirma que el paisaje está constantemente construido por el grupo social que alberga. De acuerdo con las posturas mencionadas por Wynveldt y Balesta, el espacio es un conjunto de relaciones urdidas en un contexto de prácticas sociales que se encuentra constituido por tres dimensiones prácticas: “el espacio físico del ambiente, el espacio percibido de los sentidos y el espacio representacional de la imaginación, como dominios interconectados de la vida social” (2009: 151-152).

La experiencia espacial describe el flujo de objetos y sujetos por el espacio físico; mientras que la percepción espacial se refiere a la interacción sensorial entre agentes y lugares. Aquí los lugares albergan señales, códigos y claves. Finalmente, la imaginación espacial surge en los discursos sobre

el espacio. En Trujillo, la reconstrucción de los hechos y los recuerdos a través de los paisajes ha conjugado estas tres dimensiones prácticas.

En cuanto al espacio físico y a la experiencia espacial, es viable mencionar los lugares emblemáticos de la masacre, identificados por los trujillenses y mencionados enfáticamente por Afavit en sus narraciones sobre los hechos. Entre ellos, como ya se indicaron, están las fincas Villa Paola y Las Violetas, donde se ejecutaron los asesinatos; el río Cauca, donde se ocultaban los cuerpos; la vereda La Sonora, la ebanistería, la vía Tuluá-Trujillo, donde algunas víctimas fueron raptadas; Playa Alta, donde se presentó el enfrentamiento entre militares y el ELN; entre otros. En la percepción sensorial y el espacio percibido es posible identificar cómo los familiares de víctimas y otros sujetos conciben y se vinculan con los lugares tras un encuentro con ellos. Una muestra de ello es la percepción que María Quintero tiene de la casa de Esther Cayapú:

Entonces fui a su casa y me causó mucha impresión que la casa está intacta como la dejó ella. No han movido una sola cosa. La puerta de su habitación la cerraron con candado. Yo me senté ahí, le tomé fotos a toda la casa. Es una casa en bareque, en teja, en madera, muy campesina. Y empecé a mirar la casa. La casa está intacta. Sus hijos han querido que permanezca así. Ahí está la memoria. (Entrevista a María Fernanda Quintero, 12 de septiembre de 2009)

El espacio imaginado se evidencia en todas las creaciones de los trujillenses que han incluido al lugar como referencia en el testimonio y que surgen del discurso sobre éste. Una muestra son los paisajes pictóricos plasmados en el libro del padre Tiberio, por iniciativa de Afavit, ya que en esos dibujos los trujillenses trataban de representar una imagen del espacio a partir de su percepción y de lo que habían escuchado sobre él.

Otro elemento fundamental en la reconstrucción de los hechos para los miembros de Afavit es la cronología, pues atribuye mayor verosimilitud a los testimonios y los convierte en material jurídico e histórico. El reconocimiento temporal de los hechos también permite visualizar a los afectados, pues al recordar la fecha en que fueron victimizadas se evoca su memoria y no se olvida su tragedia. Por esta razón, la hermana Maritze Trigos siempre empieza a contar los hechos partiendo del contexto histórico y haciendo referencia a una revista donde se organiza a las víctimas de acuerdo con el año de su desaparición o asesinato:

Aquí vamos a hablar de los hechos. Ustedes toman todo, la revista del parque monumento. Acá ustedes ven algunos casitos del 86, 3, 2; del 87, 2; del 88, 2, 3, 4, 5, 6, pero ya la cosa se pone dura en el 89 y en el 90 fue más de 50 en año. Ahí es donde está el papá de Cielo, de la que estábamos hablando, Lubiel González, de Cielo, ella es profesora. Y estos son los hermanos Norberto, el papá es González Ortiz, y este es González Ortega, este es el hermano, y estos

son los otros hermanos González Ortega, el otro hermano, González Ortega, dos en el 89, luego para ella eran los 20 años. Éste era el menor y apenas tenía 18 añitos. Éste dejó a su esposa de sólo 21 años embarazada. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

La distribución cronológica de los hechos, en particular de la muerte o desaparición de las víctimas, también refleja en la organización de los 235 osarios contenidos en el Parque Monumento a la Vida, pues allí los años de victimización van ascendiendo a medida que se va subiendo la montaña hasta el muro a la sombra del amor:

De Esther Cayapú por abril 1, abril 1, abril 1, abril 1, abril 1, los que desaparecieron en La Sonora. Mire que esta es otra forma a nivel cronológico, y los osarios están a nivel cronológico, están por las fechas, y uno se da cuenta por años cuántos. Bueno sería importante tratar la historia de cada uno, pero creo que como hechos, lo importante es que tengan claridad de la clase de delitos y de lo que eso produce, desestabilidad, desplazamiento es otra de las consecuencias. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

En la mayoría de los testimonios orales y escritos de aquellos familiares que no pertenecen Afavit, el lugar resaltado es el último que visitó la víctima, de donde fue raptado o donde fue hallado. No hay referencia con un espacio “emblemático”, como en el caso de Afavit. En estas narraciones

no se atribuye importancia a la lucha contra la impunidad o a la resistencia de los que aún viven. Lo realmente importante es el vínculo emocional con la víctima y el dolor causado por su pérdida. Como se mencionó, el trauma genera una ruptura en el recuerdo de la víctima, que aleja la evocación del hecho inmediato con los acontecimientos más generales o, en este caso, las torturas sistemáticas en las fincas de los narcotraficantes. Este episodio del recuerdo también es obviado debido al dolor que causa pensar en lo que le pudieron haber hecho a su ser querido. La cronología, aunque es recordada, no es enunciada de forma inmediata, porque también se convierte en un vínculo con la tristeza, con un duelo en muchos casos inconcluso, pues como sugiere María Quintero:

[...] hay una brecha después del testimonio oral. No hay todavía una relación muy subjetiva de la muerte. Hay una relación muy subjetiva en cuanto al dolor y en cuanto a la ausencia. La ausencia está ahí, porque cuando me dicen dónde me queda mejor, aquí o al lado, donde quedamos [...] me dijo una vez una señora ¿cómo quedaremos mejor los dos aquí, cómo lo ve mejor, aquí al lado o acá? Hay ausencia, hay anhelo por esa persona que no está. Es decir, no hay una conciencia crítica, obviamente me vas a decir pero qué conciencia [...] pero no hay un elemento consciente que uno diga se murió y no está, que asimile la muerte, no hay, no lo hay todavía. Eso fue lo que yo percibí, no lo hay. (Entrevista a María Fernanda Quintero, 12 de septiembre de 2009)

En el siguiente testimonio, la evocación de los hechos relega el contexto espacio-temporal que alberga la ola de desapariciones y exterminación sistemática de la que su familiar fue víctima. Sin embargo, se señala con precisión los últimos pasos dados por éste y se trata de reivindicar su memoria. Ahora bien, muchas de las historias están fragmentadas por choques físicos y psicológicos experimentados por los familiares durante el hecho; en este caso el desmayo de la testigo:

A mí me duele lo que le hicieron a mis hijos. No tanto la pobreza, porque Dios lo ilumina a uno y hay vecinos buenos. Una señora que vivía ahí enseguida me dijo: “Ahí viene el Ejército”. “¡Yo ya no me escondo! ¡Qué me lleven!”. Ella me dijo: “Mire para atrás”, y vi que llevaban a mi hijo encapuchado, todo tapado. Cuando él me vio me hizo así con la mano (despidiéndose).

Yo traté de irme detrás, pero me dijeron que no me fuera porque me pateaban. Yo dejé que siguieran. Él venía todo aporreado, andaba como cojo y yo dije: “Mi hijo no anda cojo... Me van a matar a mi muchacho”. Me fui para adentro y no me volví a acordar de nada. Ahí fue que yo desperté en el hospital. Porque yo estuve en el hospital y a mí me preguntaban que si era verdad que habían matado guerrilla y yo les dije: “Yo no sé. Yo no me acordaba de nada. Yo no me acuerdo qué paso...”. A mí me decían que yo gritaba que dónde estaban mis hijos. Y yo no me acordaba. (Memoria Histórica, 2008: 223)

En casos como éste, donde nunca se encontraron los restos de la víctima, la historia queda inconclusa para los familiares, al igual que sus procesos de duelo. Los familiares, antes que reparación económica, anhelan superar el dolor causado por la tragedia. Sin importar si pertenecen o no a Afavit, los familiares prefieren recordar a su ser querido en vida e hacer caso omiso a las circunstancias de su muerte, ya que con proceso de concientización o sin éste fue un hecho traumático que fragmentó sus historias y desgarró sus vidas. Incluso algunos familiares prefieren que el olvido consuma el recuerdo del momento en que su ser querido fue asesinado o desaparecido.

La recolección de los hechos se ha convertido en un instrumento de memoria y justicia para Afavit. Por eso la hermana Maritze Trigos sugiere que esta labor tiene un valor jurídico, que convierte a los testimonios en evidencia capaz de movilizar los procesos penales contra los victimarios. También tiene un valor ético, de reivindicación, ya que permite mostrar que las víctimas no merecían lo que les sucedió, pues no eran guerrilleros, eran en su mayoría campesinos trabajadores y honrados. La precisión cronológica y la ubicación espacial, que coinciden con la identificación de espacios del terror, en términos de Oslender (2008); la contextualización, y la evocación de personajes heroicos, son los mecanismos impulsados desde la asociación para reconstruir los hechos, ya que convierten al testimonio en una prueba sólida y en la fuente de una memoria histórica fidedigna y a disposición del mundo.

El relato de los familiares alejados de la asociación no se cimienta en una cronología precisa, en la ubicación de lugares “emblemáticos” de la masacre, ni en la mención de personajes importantes. Se basa en el recuerdo de los últimos espacios recorridos por la víctima, no de los posibles lugares donde murió; en el protagonismo del ser querido y, en la mayoría de los casos, en la descripción de sus situaciones, no del contexto macrosocial que condujo al hecho violento. Vale la pena recordar que la geografía física, los lazos familiares y la historia de héroes locales, presente en la mayoría de testimonios, son los pilares de la memoria campesina, según James Fentress y Wicham (2003).

El temor a represalias y el dolor contenido por las víctimas ajenas al proceso Afavit ha atribuido las características particulares de sus narraciones. Esto no implica que tales sentimientos no rondan entre los miembros de la asociación; sin embargo, han sido partícipes de un proceso de concientización impulsado por acompañantes como Maritze Trigos, que les ha permitido empezar sus procesos de duelo y asimilar la importancia de la verdad como garantía de no repetición y de justicia.

Estos procesos, que incluyen la búsqueda de exactitud en el relato; así mismo, han contribuido a disminuir las rupturas entre contexto macrosocial y las experiencias particulares generadas por episodios traumáticos, que se evidencian en algunas narraciones de familiares alejados de Afavit. En el capítulo 3 se explica cómo los familiares de víctimas de la asociación y aquellos que no pertenecen a ésta han empleado esta memoria de los hechos, nutrida del relato, y la eviden-

cia observada en los cuerpos encontrados para elaborar el recuerdo de las víctimas de la masacre y así reivindicarlas, al tiempo que se demuestra que eran personas trabajadoras con sueños y proyectos que no merecían cuanto les ocurrió.

Capítulo 3

Evocando a las víctimas: reivindicación de la vida de los caídos en Trujillo e inicio de los procesos de duelo

Tras la muerte o la desaparición, sólo quedan recuerdos; ocasionalmente, algunos restos físicos que confirman que el ser amado ya no está y el anhelo por mantener viva esa memoria que le devuelve la vida. Pero, ¿cuáles son los mecanismos empleados por los familiares para recordar a sus seres queridos y hacer duelo después de un hecho violento? En Trujillo, los familiares han tratado de mantener viva las historias de sus víctimas, con el propósito de reivindicar su memoria e impedir que sean olvidados. Para eso han recurrido a distintas herramientas, tanto simbólicas como tangibles. Ritos, búsqueda de justicia, relatos, fotografías, etc., que para los trujillenses han traspasado las fronteras del olvido y les ha permitido revivir a sus seres queridos en la palabra, el canto, la materia y el acto. En este capítulo se muestra la forma en que los familiares de víctimas, tanto de la Asociación de Familiares de Víctimas de Trujillo (Afavit) como alejados de ésta han tratado de reconstruir la historia personal de sus seres queridos, así como las razones que le atribuyen a este tipo de reconstrucción.

Hasta ahora se ha explicado la manera en que el cuerpo y su ausencia son percibidos y empleados por los familiares de víctimas de Trujillo como una evidencia material de la violencia que caracterizó la masacre. Como se ha mencionado, estas pruebas no fueron llevadas directamente a entidades de la rama Judicial, como la Fiscalía o la Procuraduría, sino que fueron empleadas para nutrir los testimonios orales y escritos rendidos por los familiares de las víctimas en tales instituciones. En el primer capítulo también se evidenció cómo marcas, fragmentaciones y tratamientos dados al cuerpo, concebido como una construcción simbólica, tienen un significado particular para los victimarios y transmiten un mensaje especial a los vivos.

Y conociendo un poco la manera en que el cuerpo, su ausencia y sus manejos son concebidos por todos los agentes involucrados en la masacre de Trujillo, fue posible hablar de los procesos de reconstrucción de los hechos, nutridos de la información aportada por los restos mortales. A continuación se muestra cómo las historias marcadas en los cuerpos y en su ausencia, y materializadas en los testimonios, facilitan construir la memoria individual de las víctimas y se convierten en catalizadores de los procesos de duelo, ya que permiten asimilar la pérdida cuando hay un cuerpo que velar o buscar mecanismos para asimilarla en el caso de los desaparecidos. Aquí las nociones de cuerpo y memoria construidas por los familiares se conjugan para gestar una imagen de todas las víctimas de la masacre.

Con este fin, se trata de interpretar los actos violentos, de acuerdo con el planteamiento de Elsa Blair (2005), y de

explicar la elaboración de los procesos de duelo, haciendo hincapié en el caso de los desaparecidos, donde no hay una prueba material que ratifique la muerte del ser amado. Luego, al retomar la noción de cuerpo como construcción simbólica, se señala la forma en que los familiares han reconstruido el recuerdo de sus seres queridos, a fin de reivindicar sus historias de vida. Finalmente, se explican dos elementos empleados por los trujillenses para evocar en la memoria imágenes, actos, gustos y caracteres de sus seres queridos: por un lado, los objetos, que incluyen fotografías y objetos personales de las víctimas; por el otro, los lugares frecuentados en vida por ellos. Como se muestra en el capítulo, esos procesos de duelo y reivindicación de la memoria de los caídos se han presentado tanto de forma individual como colectiva; sin embargo, particularmente Afavit ha recurrido a las historias individuales.

Los actos de la muerte violenta en Trujillo

Le Breton (2002) sugiere que la percepción y los saberes del cuerpo están directamente vinculados con el contexto social particular del agente, con su visión del mundo y con su definición de persona. Entonces, como se ha venido reiterando a lo largo de este trabajo, el cuerpo es una construcción simbólica, no una realidad en sí misma. Ahora bien, ¿cómo se percibe el cuerpo cuando ha sido víctima de agresiones en un contexto como el colombiano, caracterizado por el exceso en los actos de aniquilación?, ¿de qué forma la presencia o

ausencia de un cuerpo físico determina los procesos de duelo de los familiares de víctimas?

Como se relató en el primer capítulo, Blair (2005) plantea que la muerte tiene dimensiones simbólicas que traspasan lo físico. Por esto no sólo debe ser contemplada desde las marcas y transformaciones que el cuerpo transmite en su materialidad; debe ser examinada de forma oblicua y desde los márgenes para no caer en el espectáculo obsceno de la muerte o la violencia. Esta lectura de la muerte desde las márgenes permite identificar las formas de simbolización y de representación de la muerte o, en otras palabras, la manera en que los colombianos están enfrentando la muerte y tramitando el dolor desde el ámbito simbólico.

Todas las muertes violentas son una “puesta en escena” o una trama de significación, que albergan un cruce de sentidos y roles dentro de un sistema de significados. Según Blair (2005), la muerte violenta, como trama de significación, debe interpretarse en dos momentos distintos: por un lado, la ejecución misma de la muerte (acto 1); por el otro, la forma de representarla (acto 2). El primero es un acto físico, y el segundo, uno abstracto que se desarrolla en tres escenas: la interpretación, la divulgación y la ritualización.

Por su parte, la interpretación contempla la reconstrucción del contexto y la interpretación de cada uno de los actores; la divulgación, las formas en que la información es presentada e interpretada, y la ritualización el análisis de los rituales funerarios y los procesos de duelo. En los dos actos de interpretación de la muerte violenta se hace presente el cuerpo físico, que es un objeto de representación y construc-

ción cultural, capaz de visualizar la relación entre la muerte y las dimensiones simbólicas que cada grupo humano le atribuye a ésta. En Colombia, uno de los mayores problemas para las víctimas vivas es el proceso de ritualización (incluido el duelo), ya que los cuerpos son fragmentados y desaparecidos con el propósito de dificultar su ubicación e identificación.

Tras la masacre de Trujillo, los familiares de víctimas y demás testigos de los hechos evocan el primer acto mencionado por Blair (2005): la ejecución de la muerte, y lo materializan en sus narraciones. En dichas narraciones el cuerpo no es una representación simbólica ni una construcción social, se muestra en su estado más simple, en toda su materialidad; se muestra como un cuerpo frágil e indefenso, vulnerable al dolor y al sufrimiento:

[...] había, por ejemplo, un hombre vicioso que se había unido a una mujer que tenía siete muchachitos y de él solo tenía un niño. Le dijeron “mire, váyase, usted está en lista”. Se fue a Riofrío, tomó una pieza en arriendo. No llevaba sino quince días, y allá le llegaron los paras. Tuvieron tiempo, que eso es premeditado, afilaron una varilla para metérsela en la garganta, para que le llegara al corazón. Como no le llegó al corazón y el muchacho no murió, le inyectaron veneno en las venas. Y como él estaba recién llegado a la pieza, los vecinos después contaron que oían los gritos de dolor, pidiendo auxilio; pero a la gente también le da miedo salir. Entonces la gente esperó a que se acabara el ruido y salió. Llamó a la policía porque también le dio

miedo ir auxiliar al muchacho. (Testimonio de trujillense,
18 de julio de 2009)

Como es evidente en el testimonio, el acto 1 es recordado desde la fragilidad del cuerpo, desde el temor y el dolor causados por las acciones violentas ejercidas sobre él. En el instante de su maltrato, el cuerpo ya no es un objeto disciplinado y contruido de acuerdo con los apremios de un grupo social particular. Se transforma en un receptor del dolor y en albergue del temor ante la muerte. En el caso de la hiperbólica violencia colombiana, el cuerpo victimizado también se transforma en objeto de otras muertes, como sugiere Blair (2005), que pretenden destruir la unidad corporal, concebida por la autora como la unidad constitutiva del sujeto. La fragmentación de los cuerpos, las marcas y el ocultamiento son algunos ejemplos.

En el acto 2, el acto de representación, los familiares de víctimas de Trujillo han tratado de interpretar o explicar qué les sucedió mediante el encuentro con los lugares y fechas en que se presentaron los hechos, como se mostró en el capítulo anterior. Este proceso de interpretación es mucho más evidente en Afavit, que desde los familiares ajenos a su proceso, pues para la asociación es fundamental conocer las razones de los hechos enmarcados en un contexto específico, a fin de comprender por qué su población fue víctima del ensañamiento de militares, narcotraficantes y paramilitares.

Para Maritze Trigos es necesario construir una memoria contextual, antes de tratar de labrar una memoria de las víctimas, pues si no se conocen las razones macrosociales que

generaron los hechos violentos de Trujillo, no es posible comprender la razón por la cual se quiere recordar a aquellos que fueron asesinados. Así mismo, al elaborar una memoria contextual no sólo se está registrando la historia de la masacre para el municipio; se está elaborando una memoria de la infamia para toda la humanidad:

Primero una memoria que debe ser contextual, situada en el espacio y en el tiempo, muy importante la historicidad en el que ocurren los hechos y los lugares. Es un contexto sociopolítico, cultural, geopolítico, porque la geografía de Trujillo se convierte en un lugar geopolítico. Además por ser una memoria sobre violación de derechos humanos, y los de Trujillo que son crímenes de Estado, crímenes de lesa humanidad, es una memoria de la humanidad, no sólo de Trujillo. (Presentación de la hermana Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009)

El proceso de divulgación, que según Blair (2005) es el segundo paso del acto de representación, está vinculado con la interpretación contextual para Afavit, ya que permite vencer el olvido, la impunidad, la exclusión y convertir a las víctimas en sujetos políticos, que denuncian a través de los seres queridos que dejaron atrás. Para la hermana Maritze Trigos la divulgación hace de la memoria una herramienta dialéctica:

Segundo rasgo, es una memoria dialéctica, se opone al olvido, al silenciamiento que a veces se quiere imponer, a

la exclusión y a la impunidad. Por eso el lema prohibido olvidar, y en Trujillo hace 20 años se ha luchado contra el silencio que ignora, y por eso es una memoria que habla, que se pronuncia, que se moviliza, que convoca, y que las víctimas se convierten en sujetos políticos de la historia, porque exigen verdad, justicia, reparación integral, y como sujetos políticos buscan y buscamos construir una nueva historia. (Presentación de la hermana Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009)

Pese a que algunas víctimas alejadas del proceso de Afavit reconocen la importancia de la divulgación en la lucha contra la impunidad y en el castigo de los victimarios, prefieren no hablar por temor a represalias o por el sufrimiento generado al recordar las circunstancias desafortunadas en las que perdieron a su familiar. Finalmente, en el paso de la ritualización, los familiares de las víctimas, tanto de la asociación como alejados a ella, han empleado distintos mecanismos para reivindicar y rendir homenaje a sus seres queridos, así como para honrar sus cuerpos, si fueron encontrados. Ahora bien, como se muestra a continuación, la presencia del cuerpo físico es un elemento determinante en el duelo, incluido en la fase de ritualización, pues ante la ausencia, los familiares siempre tienen la esperanza de que su ser querido vuelva al hogar y, por ende, no aceptan su muerte. Cuando el cuerpo es encontrado, los procesos de duelo pueden concluir, pues existe una prueba de que el ser amado ha muerto y no debe esperarse más.

El cuerpo y su ausencia en los procesos de duelo

Como se acaba de mostrar, la interpretación de las muertes violentas para Blair (2005) debe considerar la ejecución (acto 1) y la representación (acto 2). El acto de representación puede concebirse como uno de los pasos que facilitan los procesos de duelo en las víctimas. Pero, ¿cómo es posible iniciar y ejecutar ese duelo tras masacres como la de Trujillo, donde cientos de cuerpos jamás fueron recuperados? A continuación se mostrarán los mecanismos empleados por los familiares de víctimas de Trujillo para subsanar la ausencia del cuerpo en el caso de los desaparecidos e iniciar sus procesos de duelo.

No importa si el familiar pertenece a Afavit o no; para todos la presencia del cuerpo físico es un catalizador de los procesos de duelo pues, como se ha dicho, el cuerpo ratifica la muerte del ser querido y permite aceptar que no va a regresar. Así lo sugiere María Helena Correa, esposa de una víctima:

El sólo hecho de que se los lleven y uno nunca sepa más de ellos es una esperanza, porque [...] por ejemplo, como el mío, que yo lo encontré yo le pude hacer un duelo, entonces en mi alma, en mi interior ya sabía que él no estaba, que no iba a volver. Pero en los desaparecidos uno siempre piensa que bueno, que se los llevaron, que o sea por x o y motivo no han regresado, pero uno siempre tiene una ilusión de que ellos van a volver, de que ellos van a llegar algún día. (Testimonio María Helena Correa. *Contravía*, “Trujillo: una tragedia que no cesa”, 12 de noviembre de 2008)

Al parecer, la falta de un cadáver que aporte desde la realidad material una prueba del sujeto amado pareciera determinar para los dolientes la espera eterna sin una solución diferente a hallar el cuerpo. No obstante, la psicóloga Victoria Eugenia Díaz (2008) plantea que existen registros que muestran la elaboración de duelo sin la presencia de un cuerpo que ratifique la muerte del ser querido. Entonces es necesario preguntar, ¿es posible elaborar duelo tras una desaparición forzada, en la que generalmente no se recupera el cuerpo de la víctima? Según Díaz, la desaparición forzada “es un evento inscrito en el registro de lo real, aquello imposible de soportar y con grandes dificultades para ser tramitado” (2008: 10).

El psicoanálisis ha planteado tres formas de tramitar lo real. La primera es lo real por lo real, que se caracteriza por tratar de resolver el dolor mediante actos violentos (por ejemplo, la venganza). La segunda es lo real por lo imaginado, que integra todos los mecanismos que emplean la imagen, la sugestión y la identificación, pero no producen un cambio de posición frente a lo real. Finalmente, lo real se tramita a través de lo simbólico, e implica la forma en que el significante trata de atribuir sentido a los hechos reales.

En el caso de la desaparición forzada, la tercera modalidad de tramitación es la más empleada, pues no hay un cuerpo que confirme la muerte del ser querido, y por esto es necesario buscar otros mecanismos que permitan aceptar lo que ocurrió con ellos y liberarse del dolor. La elaboración simbólica del duelo puede generarse a través de los ritos, en particular de los ritos funerarios. A juicio del antropólogo

Louis-Vincent Thomas, los ritos funerarios son “comportamientos variados que reflejan los afectos más profundos y supuestamente guían al difunto en su destino *pos mortem*. Tiene como objetivo fundamental superar las angustia de muerte de los sobrevivientes” (1991: 117). Estos rituales tienen una finalidad manifiesta y una latente.

En el ámbito manifiesto buscan atribuir un espacio y una función simbólica al difunto, tanto en esta vida como en la ultraterrena. En Trujillo, aquella finalidad se ha hecho palpable en las víctimas cuyos restos pudieron ser encontrados y enterrados. El siguiente testimonio muestra la importancia del ritual funerario y su finalidad latente en la vida de los familiares de víctimas. Una madre cuenta cómo tuvo que recuperar dos veces a su hijo haciendo alusión a sus restos: la primera vez de una tumba clandestina y la segunda vez de las fauces de un perro:

[...] es que yo después de recoger los huesos me fui a almorzar. [...] Yo estaba comiendo, imagínese, y saqué los huesos de mi hijo y los dejé en una bolsa plástica. [...] Me fui a tomarme un caldo porque yo estaba muy cansada, pero estaba con los huesos de mi hijo al lado. Ay, pero sentí un dolor de ver esos huesos ahí. —Y se le vinieron las lágrimas, y se puso a reírse, era una risa, entre el llanto y la risa al mismo tiempo, nerviosa— [...] No, un perro me cogió los huesos y salió corriendo con los huesos. [...] Salió corriendo con los huesos de mi hijo, con mi hijo. El perro estaba con mi hijo. [...] Yo salí corriendo detrás del perro, y

corría y corría y corría porque se estaba llevando a mi hijo.
(Entrevista a María Quintero, 12 de septiembre de 2009)

Para esta mujer tener los restos de su familiar le permitió establecer un vínculo con él, que va más allá del recuerdo y se asienta en el escenario de lo real y lo material. Por eso no habla de los restos o del cadáver, habla de su hijo; cuenta que el perro estaba con su hijo. Por otro lado, con la finalidad latente el ritual busca darles esperanzas relacionadas con el destino de sus seres queridos. En las peregrinaciones a Trujillo abanderadas por Afavit siempre se reitera que las víctimas han trascendido la muerte y siguen vivas en los actos de sus familiares sobrevivientes; que la resurrección cristiana les ha devuelto la vida. Sin importar cómo se ejecute el ritual, es una vía simbólica que le permite al familiar aceptar y expresar los sentimientos generados por la ausencia de un ser querido.

La desaparición forzada para algunos familiares, en especial para aquellos que están alejados de los procesos de reparación psicosocial iniciados por Afavit, genera una interdicción en el rito funerario. Para Díaz (2008), la carencia de una estructura ritual simbólica que movilice el duelo en los casos de desaparición se transforma en una ruptura del vínculo social, pues lo que se excluye de la muerte en el ámbito simbólico retorna en lo real de la trasgresión y el horror. Por ello muchos contemplan a la venganza personal como un mecanismo de tramitación y control del dolor. Esta situación se materializa en el testimonio de un familiar que nunca ha recibido el apoyo de Afavit:

Estamos envenenados y solos. Nadie nos ayuda y el dolor nos envenena. Tenemos rabia, mucho odio. Nos va tocar hacer justicia con nuestras propias manos, porque nadie nos ayuda. Mi hijo no aparece hace 20 años y yo no puedo aceptar que esté muerto, y mucho menos que los que me lo desaparecieron sigan por ahí tranquilos. Si nadie hace nada pues me va tocar a mí. (Testimonio de trujillense. Peregrinación, 18 de julio de 2009)

La hermana Maritze Trigos reconoce la necesidad de iniciar los procesos de duelo con las víctimas para evitar que la angustia y el horror se materialicen a través de la venganza y la justicia personal. Lamentablemente, el acompañamiento de la asociación no ha llegado a todos los familiares de víctimas de la masacre, por razones como lejanía, peligrosidad de las veredas y reticencia de algunos familiares. Así explica la importancia del acompañamiento pastoral en la elaboración de los procesos de duelo:

Y en la elaboración del duelo, primero, sanar las heridas. Hay quienes del dolor de lo que le hicieron es la venganza, la rabia. Entonces cómo sanar esto. De no crear en ellos venganza, sino que decimos no al olvido sí a la memoria, castigo a los culpables, cómo conjugar la justicia, la no impunidad en un corazón sano. Porque si no, no, una elaboración de los duelos con personas, una mamá como persona, un papá como persona; cómo reconstruir la familia y cómo reconstruir el tejido social [...] Entonces en ese proceso nos pusimos a contactar la que era viuda, la que

era mamá, a hablar con la familia, entonces ahí fue donde fue. En esos duelos que a nivel de acciones... Entonces en acciones está todo lo que significa el acompañamiento, acción de acompañar, las visitas, compartir el contacto personal, los afectos, la vista. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Aunque las ansias de venganza pueden presentarse también entre aquellos familiares que encontraron los restos de su víctima, el apremio por hallar a su ser querido y a sus victimarios puede intensificarlas en los que tienen familiares desaparecidos. Se puede sugerir que la elaboración de un rito, sin importar la ausencia o presencia de un cuerpo, le ayuda al familiar de la víctima la movilización del duelo “apoyada en el ingreso de un recurso simbólico ante un real innombrable” (Díaz, 2008: 12).

La elaboración de un ritual apoyado socialmente permite que el doliente apele a un universo simbólico, que se emplea para expresar y mitigar los alcances del dolor generado por la pérdida. Díaz (2008) plantea que frente a la desaparición forzada, los familiares pueden apelar al ritual buscando la eficacia simbólica en su elaboración, que facilita la resolución del conflicto psíquico tras la muerte. Es posible que cada familiar o grupo recurra a rituales personales como funerales simbólicos y ceremonias de despedidas, que ante la ausencia del cuerpo emplean la fotografía o los objetos personales como referentes materiales de la víctima.

La justicia también es una herramienta simbólica de elaboración del duelo, ya que permite movilizar el estatuto

del objeto de desaparecido a objeto asesinado. A través de los testimonios se busca que los familiares que aún tienen la esperanza de encontrar a sus seres queridos confronten la realidad de la pérdida e inicien el proceso de duelo. Estos testimonios tienen la capacidad de inscribir al desaparecido como irremediablemente perdido. Ahora bien, Colombia se caracteriza por la ausencia de estos procesos de verdad, reparación y justicia; por lo tanto, en diversas ocasiones el horror generado por la violencia es confinado al olvido sin ser tramitado simbólicamente. El olvido se presenta como un resultado de la lógica de represión que caracteriza la construcción de memoria nacional:

Encontramos así que tras los actos más crueles y dolorosos el país sigue su vida diaria sin ninguna modificación, sin un alto en el camino, sin un ritual que ayude a elaborar [...] pero es claro que el olvido producto de la represión, la carencia del ritual y la inoperancia de la justicia se han convertido en nuestro país en elementos favorables a la perpetración indefinida de la violencia. (Díaz, 2008: 13)

En el caso de Trujillo, este olvido generado por la represión es más evidente entre aquellos familiares que no se encuentran vinculados al proceso Afavit, pues temen represalias por parte de los victimarios, no quieren revivir el dolor causado por la pérdida de su ser querido o no conocen los mecanismos simbólicos para la elaboración de duelo. Para Afavit el recuerdo de los hechos es un instrumento fundamental en la tramitación del duelo, tanto colectivo como

individual, debido a que permite reivindicar la historia de las víctimas y aceptar que ya no volverán con vida. Así lo expresa Yamileth Vargas, hija de un ebanista victimizado y miembro de Afavit:

Puesto que para nosotros es vital mantener la memoria de nuestros seres queridos, ellos son el motor de nuestra resistencia, ellos y ellas son la razón de nuestra lucha. Es importante, además, demostrar que eran hombres y mujeres campesinos, trabajadores, que aportaban a un proceso social. El trabajo de reconstrucción de la historia, hecho por la comisión de memoria, nos permite llevar la historia de los sucesos violentos de Trujillo a un escenario mundial. En él y para nosotros, esperamos que se conozca lo que pasó en Trujillo, se conocerá la verdad de los hechos y la evidente responsabilidad del Estado. (Testimonio de Yamileth Vargas, 2008)

Otro efecto de la justicia en la elaboración de duelo para Díaz (2008) es el reconocimiento del victimario, un ser caprichoso que conoce el destino y paraje de la víctima, que deja a los dolientes sometidos a su voluntad y sumidos en la impotencia. De acuerdo con la psicóloga, acciones simbólicas como la justicia permiten develar la verdad y una visión del otro desaparecedor. Así mismo, permiten que las familias transformen el sentimiento de desvalimiento, pues cuestionan la imagen de un agresor omnipotente y atribuyen rostro al sujeto que indudablemente los separó de su ser amado. Pese a que no se ha condenado a ningún victimario

de la masacre de Trujillo, Afavit ha procurado reconocerlos en su proceso de construcción de memoria histórica, ya que para ellos con la identificación de los agresores se trasciende el dolor de los hechos, se busca justicia y se inician los procesos de duelo, al reconocer a los causantes de todas las pérdidas en el municipio.

Por iniciativa de Afavit, el Parque Monumento a la Vida tiene un espacio dedicado a los victimarios, y aunque muchos familiares no están de acuerdo con eso, la hermana Maritze Trigos sugiere que es necesario dar protagonismo a los agresores para reclamar por sus crímenes:

En el parque monumento hay cuatro áreas. Esa primera área es la de los hechos ocurridos. Aquí tenemos la memoria y la fotografía de Henry Loaiza, y dirán por qué. Se va a construir un túnel que se llama el túnel de la noche y de la niebla, inspirados en Alemania, porque las masacres... se los llevaban en la noche o en la madrugada, y hacer la memoria del victimario es rechazar lo antihumano; ese rechazo a la barbarie para que nunca más se repita es la memoria, que debe recriminar esta clase de actos. Desde lo ético acusa las violaciones cometidas. Es un juicio a estos crímenes, que se trascienden, que se liberan y ayudan a elaborar duelos necesarios para sanar vidas. Es la voz de la víctima que reclama ser escuchada, reconocida y dignificada. (Presentación de la hermana Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009)

A partir de lo anterior es viable concluir que la justicia es una intervención simbólica que contribuye a elaborar el duelo por los desaparecidos y que, en teoría, debería impulsar el paso a la reconciliación del país; sin embargo, la impunidad que envuelve los hechos violentos en Colombia ha generado mayor fragmentación en el vínculo social. En Trujillo, particularmente entre los familiares alejados del proceso de Afavit, la falta de un tercero que regule el resentimiento contra el victimario y la venganza que algunos empiezan a emplear como herramienta individualizada de justicia deja a la comunidad sometida a la impotencia y a más violencia. En síntesis, el reencuentro con el cuerpo de la víctima no es un elemento fundamental en el duelo, sino el cambio de la relación con el objeto amado, donde el estatuto del objeto psíquico se modifica junto al doliente. En términos de Díaz:

La dimensión de “acto” que hemos atribuido al duelo implica entonces que, tras éste, el objeto renuncia al objeto y a la forma particular de goce que lo une a él [...] El “no más” que un sujeto enuncia con respecto al anhelo y al dolor frente a la pérdida implica una modificación en la que ya no soporta seguir gozando de la misma manera y le impone un acto creador a partir de la falta en la que la desaparición lo deja inmerso. (2008: 20)

En el caso de Trujillo, la elaboración de rituales simbólicos y la búsqueda de justicia han permitido que algunos

familiares que todavía no han encontrado los restos de sus seres queridos, e incluso aquellos que ya los encontraron, acepten su muerte e inicien el duelo.

Construcción del recuerdo de las víctimas desde su cuerpo, gustos, oficios, acciones y objetos

Al hablar de cuerpo, el agente no sólo se remite a la corporalidad, sino que indaga en los recuerdos, las imágenes y los símbolos que evoca. El cuerpo como construcción simbólica materializa las particularidades de la sociedad que lo hospeda y moldea, pero también remite a la imagen de un individuo. Como plantea David Le Breton, existen partes como el rostro que desde los siglos XVI y XVII son un símbolo de singularidad e invitan a rememorar a un sujeto específico. En sus palabras: “Durante la modernidad, la geografía del rostro se transforma y éste se convierte en la representación simbólica de la individualidad” (2002: 85).

Tras la masacre de Trujillo los cuerpos de las víctimas, tanto los ausentes como los recuperados, se han transformado en un referente de la memoria colectiva e individual, no sólo en una prueba material de la sevicia de los victimarios. Por esta razón algunos familiares aluden a la corporalidad de sus seres queridos para introducir sus historias de vida. Rasgos, gestos, texturas y colores se transforman en los primeros referentes de un ser que ya no está y del que sólo quedan recuerdos.



Esther Cayapú en su infancia

En su narración, María Quintero introduce la historia de Esther Cayapú, una de las víctimas emblemáticas de la masacre, a partir de sus rasgos físicos pues, a su juicio, éstos materializan su carácter y origen: “Bella, airosa, de ojos lánguidos penetrantes, cabello abundante y piel cetrina, te estableces generosa y fiel en esta nueva tierra” (2009: 9). Así como sugiere Le Breton (2002), el rostro y los rasgos son símbolos singulares que atribuyen individualidad al recordado. En el caso de Esther, su piel cetrina y sus ojos lánguidos penetrantes se transforman de rasgos tangibles a símbolos, que rememoran su origen indígena, como plantea Quintero más adelante “Entre el silencio de un tiempo taciturno, pariste a cuclillas seis hijos: Aníbal, Benedo, Ebert, Orlando, Doralba y Berenice, los cuales descendieron a esta tierra entre el cerco de la luna y tal vez los cantos de tus ancestros indígenas sobre tu rostro” (2009: 10). No importa si

las víctimas se encuentran vinculadas al proceso de Afavit o no, en muchas ocasiones se recurre a la imagen física del ser querido para mantener su recuerdo e iniciar la narración de su historia. Debido a esto, la fotografía es un tesoro y un medio para recordar a las víctimas como se mostrará más adelante.

Otra forma de emplear el cuerpo como referente de la historia de su poseedor es establecer vínculos simbólicos entre las partes del cuerpo y las acciones representativas de la víctima. Este mecanismo es más empleado por Afavit que, además de recordar a las víctimas individualmente, ha pretendido contar la historia de sus víctimas más emblemáticas, como el padre Tiberio y la partera Esther Cayapú. En el funeral de Tiberio, su hermano trató de conectar a través de un escrito las obras e ideales del párroco con cada parte del cuerpo, que a su juicio las representaba. Con su mensaje quería mostrar al mundo que los agresores reconocían todos los logros e intenciones de su hermano y que trataron de truncar mutilando las partes físicas que los evocaban, sin lograrlo. En otros términos, a partir del escrito se puede decir que los victimarios trataron de obstaculizar las acciones del sacerdote por medio de una mutilación física, que a la vez es simbólica:

Intentaron los violentos, desaparecer un cuerpo,
hacerle correr la suerte nefasta de otros cuerpos.

Quisieron que su piel hecha para la caricia y
para ser acariciado, no volviera a sentir.

¡No pudieron! Hoy sigue acariciando a través
del viento impetuoso, y de la suave brisa, miles de metros
de piel de aquellos que amó y por quienes se entregó.

Quisieron quitar sus brazos hechos para el abrazo acogedor,
en la alegría de los logros, en la solidaridad frente al dolor;
hechos para la ofrenda eucarística. ¡Pero se equivocaron!

Hoy sigue abrazando en todos aquellos brazos que celebran un logro,
en las comunidades, en aquellos brazos que se abrazan en
la tristeza del desplazamiento, en esos brazos que se abrazan
para seguir resistiendo.

Quisieron quitar sus piernas hechas para caminar.
Qué lindos son los pies del mensajero de la paz.

¡No pudieron! Hoy sigue caminando en los miles y
miles de mensajeros que hoy recorren ciudades, pueblos
y veredas, para gritar que es posible la civilización
del amor, la solidaridad, la justicia y la paz.

Quisieron erradicar su intimidad,
el lugar de donde brota la simiente.

¡No pudieron! Hoy sigue íntimo en quienes le amamos, y
su capacidad de engendrar

Reino de Dios, Justicia, Verdad,
Organización comunitaria, no fue cercenada.

Quisieron desaparecer su cabeza, con ella la creatividad,
la inteligencia, la capacidad de comunicarse, la alegría,
el ingenio, la picardía. ¡No pudieron!
Porque su proyecto no era un proyecto egoísta, era el
Proyecto de Jesús de Nazareth,
cielo y tierra pasará, mis palabras jamás pasará.
(Memoria Histórica, 2008: 75)

En este poema es posible contemplar la manera en que cada parte del cuerpo adquiere un significado particular según las acciones ejecutadas por su poseedor. Por ejemplo, aquí las piernas se vinculan con la labor pastoral; esa acción de promulgar el amor, la solidaridad, la justicia y la paz. Tal parece que al cortarle las piernas, los victimarios querían truncar su labor, pero no lograron hacerlo por completo. La cabeza simboliza el ingenio y la inteligencia, que al ser cercenada deberían ser erradicados. Sin embargo, para los trujillenses las fragmentaciones violentas del cuerpo de Tiberio no se convirtieron en una advertencia, sino en un impulso que los aboca a promulgar sus obras, que trascienden el cuerpo y la muerte.

Al igual que las heridas se convierten para los sudafricanos en un amuleto contra el sufrimiento y en un vínculo con Jesús, como cuenta Nancy Scheper-Hughes (2007), las mutilaciones en el cuerpo de Tiberio tienen un valor simbólico para los agresores y para las víctimas vivas, que representan

las acciones positivas que el sacerdote hizo por la comunidad. Scheper-Hughes (2007) afirma que el cuerpo herido durante episodios de violencia política se transforma en un mapa y en un texto que alberga la memoria individual y colectiva; por esta razón llega a convertirse en un bienpreciado para su dueño. Por ejemplo, en Sudáfrica, una mujer lastimada (Mrs. K) consideraba su herida en el cuello como un bien precioso, ya que para ella simbolizaba su vínculo con Jesús. Esta herida también se convirtió en un escudo que la protegía de lesiones posteriores, de todo sufrimiento.

Para la autora, la violencia física y las muertes caóticas están colmadas de ambigüedades morales, debido a ello la antropología debe cuestionarse por el sentido que tiene el sufrimiento en la construcción de la memoria. También es importante destacar la relación que las víctimas establecen entre las heridas, la tortura y las posibles responsabilidades de otras víctimas. En otras palabras, las heridas se transforman en una evidencia de los posibles errores cometidos por sus portadores; pese a que en otras oportunidades los dueños de las lesiones se perciben a sí mismos como mártires y afirman que éstas son infligidas sin ninguna razón por los victimarios.

Del mismo modo, el recuerdo de la partera Esther Cayapú se cimienta en un vínculo entre sus acciones y las partes del cuerpo que las representaban. Así como las piernas del padre Tiberio recordaban su capacidad de movilizarse como mensajero de paz, y sus brazos, el abrazo solidario; las manos de Esther son un símbolo de nueva vida, de nacimiento y de sanación, ya que trajeron al mundo a nuevos hombres y

mujeres, y también curaron las heridas de otros. En palabras de Maritze Trigos:

Cuándo volverían a tener un padre Tiberio que resucite. Eso es irreparable, porque no se va a volver a tener un padre Tiberio; irreparable, porque no se va a volver a tener a una Esther Cayapú. Lindo oír a la gente de La Sonora. Ella era la psicóloga porque la gente la buscaba para contarle sus problemas. ¿Cuántos bebés ayudó a tener ella la partera? Ella, la enfermera que sabía suturar, cocer porque allá no hay centro de salud y después de todo esto todavía no hay centro de salud. Sus manos eran un puente a la vida, sus manos curaban. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Como ya se dijo, Afavit atribuye importancia a las víctimas como individuos y como colectividad en la reconstrucción de sus historias de vida. Por eso, ya alejándonos un poco de cuerpo, evoca a los asesinados y desaparecidos desde sus acciones y oficios. Motoristas, ebanistas, moreros, jornales, todos son recordados desde la asociación como un conjunto de individuos victimizados que, en su laboriosidad y humildad, fueron lastimados sin merecerlo. En las peregrinaciones y actos religiosos, en el Parque Monumento a la Vida, en la Galería de la Memoria, en los poemas y en los discursos emergen en conjunto los nombres de aquellas víctimas torturadas, asesinadas y desaparecidas de acuerdo con su oficio. Durante la peregrinación del 18 de julio de 2009 al Parque Monumento, la hermana Maritze Trigos iba

reivindicando la historia de las víctimas como grupo según su quehacer, a medida que se recorrían los osarios y se observaban las esculturas:

Luego encontramos la escultura y la escultura reivindica la vida, el proyecto de vida de cada víctima. Encontraremos los motoristas en su Willys, los jornaleros sembrando, a Esther Cayapú la partera, y así vamos encontrando los ebanistas, los finqueros, el bombero. [...] Recordemos el nombre de niños y ancianos que a rayo de sol cantan y cuentan historias de amor. Van y vienen hombres y productos entre campo y ciudad. El niño en su escuela, la mujer en su casa, el hombre en su campo y todos construyen un porvenir. Por entre las montañas atiende el pastor, aquel que acompaña con su palabra y su acción; el sufrimiento y la esperanza, la alegría y la labor. 1989 es la fecha caminando se grita justicia, 1989 que une el gran clamor por un humano vivir. Todo el pueblo, pueblo ignorado siempre, pueblo utilizado siempre en defensa de los intereses. Acaparan tierra y cielo para sus únicos fines. Maestros huyeron de la escuela, los drogadictos se sumergieron en sus sueños, los motoristas apagaron sus motores ¡Qué horror, Dios nuestro! ¿Por qué lo permitiste? ¿Qué te hiciste que no viste? ¿Dónde estabas por Dios por qué lo permitiste? La perversidad armada se ensañó contra ella, contra quién, que sin importar el precio de tanto padecer. Mueren sospechosos, mueren inocentes durante siete años de terror, siete años de tristeza, de silencio y de dolor. Incapaces de

sufrir más los cuerpos se desangran. (Maritze Trigos, Peregrinación, 18 de julio de 2009)

Es viable sugerir que con eso la asociación procura hacer hincapié en una de las verdades históricas que envolvió la masacre. Para los familiares de víctimas que no pertenecen ni han pertenecido a Afavit el recuerdo de su ser querido no se activa con la evocación de una colectividad, porque a su juicio lo importante es reivindicar la historia de su familiar para uso personal y, en ocasiones muy aisladas, para mostrarla a otros. Eso no significa que Afavit ignora la importancia de la reconstrucción de la historia de las víctimas en el plano individual. Al contrario, conjuga las historias personales con las colectivas para elaborar un mapeo de los hechos violentos. Por tal razón, en su proceso de construcción de memoria, partió de los testimonios orales de cada familiar de víctimas y después inició la identificación de las colectividades a partir de éstos.

En el siguiente testimonio, la madre de José Norbey Galeano cuenta en uno de los talleres de memoria impulsados por Afavit la historia de su hijo desde la infancia, atribuyendo importancia a sus gustos, actitudes, comportamientos y acciones:

Hablando un poco sobre la vida de mi hijo desde sus primeros años de vida, recuerdo que era un niño muy travieso y de muy mal genio, como también era noble y no guardaba rencor cuando uno lo reprendía y obedecía las órdenes que se le daban. En su alimentación, era exigente

en el aseo, pero se comía todo a excepción de la aguapanela, pues no le gustaba [...] Cuando ya empezó a estudiar demostró interés, realizando hasta el quinto de primaria; se salió porque mantenía aburrido, ya que no le podían dar plata para gastar. Mi hijo, cuando entró a la adolescencia, era enamorado, muy alegre, le gustaba el baile, su música preferida era la salsa. A él le gustaba pescar con sus amigos, le gustaba acampar. Tenía muchas amistades con las que se divertía cada ocho días. Al poco tiempo empezó a trabajar con el padre Tiberio pintando la iglesia. Estaba pintando la alcaldía cuando ocurrió la desaparición el día 17 de abril de 1990, cuando venía de Tuluá con el padre Tiberio Mafla, su sobrina y el arquitecto Óscar, pues estaban en el sepelio del señor Abundio Espinosa, que lo habían asesinado en Tuluá. (Memoria Histórica, 2008: 69)

A diferencia de la mayoría de los testimonios de familiares alejados del proceso de Afavit, que quedan confinados en el ámbito privado y se convierten en un referente personal de la víctima para su familiar, este tipo de testimonio fue posteriormente empleado para establecer un vínculo entre las víctimas, los hechos y las fechas. En este caso, José Norbey era ayudante del padre Tiberio y fue desaparecido junto a él, la sobrina del párroco y el arquitecto cuando venía del sepelio de Abundio Espinosa en Tuluá.

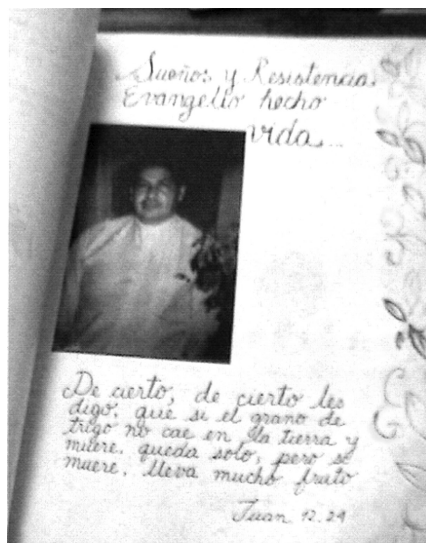
Los relatos de Lucía Pérez, compañera y amiga de víctimas y ajena al proceso de Afavit, son algunos de los pocos que evidencian el reconocimiento de las demás víctimas, no sólo de las propias. Para ella es necesario evocar y reivindicar

a todos los caídos en Trujillo, pues únicamente ante la magnitud y atrocidad de los hechos es posible denunciar y evitar su repetición. En el siguiente testimonio Lucía trata de nombrar no sólo a su padre, hermanos, amigos y compañeros; también trata de hacer referencia a otras víctimas, asesinadas o desaparecidas en la masacre de Trujillo. Sin embargo, aunque reconoce la existencia de 243 personas victimizadas, no especifica a qué colectividad pertenecían según su profesión, como lo hace Afavit, ni les atribuye el protagonismo que les da a sus seres queridos.

Para los familiares, el recuerdo de sus seres queridos no sólo se puede perpetuar a través del relato; igualmente se puede hacer a través de la repetición de sus oficios y la continuación de los planes, ya que tras su muerte se convierten en modelos por seguir y en los responsables de dar término a sus sueños y proyectos. Por ejemplo, los hijos de Esther Cayapú quieren reivindicar la historia de su madre mediante la repetición de sus oficios, pues para ellos Esther era el centro de sus vidas y para recordarla creen que deben seguir sus mismos pasos. Así cuenta María Quintero su encuentro con los hijos de Esther:

M: ¿Es posible percibir cómo los familiares tratan de construir el recuerdo de su víctima [...] como suplir esa ausencia a través de los objetos o a través de digamos esos mecanismos de construcción de la memoria de sus víctimas y... ¿cómo son esos procesos?

F: Vi dos trazos y lo constaté aquí. El primero es que se continúa haciendo el ejercicio que ellos hacían. Entonces me hablaban de la honestidad, del valor, de la fuerza con que ellos ejercían sus actividades cotidianas. Entonces, por ejemplo, María Esther Cayapú vendía mora, labraba la tierra; entonces nosotros también seguimos eso porque mi mamá era muy importante para nosotros, entonces siguen ejerciendo... el recuerdo y la memoria se hace a través de acciones, de las acciones que de una manera desarrolló el que está desaparecido. (Entrevista a María Quintero, 12 de septiembre de 2009)



Libro de la vida del padre Tiberio

A pesar de las diferencias existentes entre los recuerdos de las víctimas desde Afavit y fuera de la asociación, existe un

propósito y una característica que comparten: reivindicar a las víctimas, pues aunque algunos afirmen que murieron por ser guerrilleros, para sus familiares es evidente que no lo eran. Para ellos eran hombres y mujeres, trabajadores y honrados, con proyectos, gustos, ilusiones, cualidades y defectos, que no merecían lo que les ocurrió. El relato sobre José Norbey lo evidencia, pues su madre habla de un individuo absolutamente humanizado, con intereses, gustos y disgustos. En otras palabras, lo muestra como un hombre bueno que no era digno de una muerte tan infame y horrenda.

Desde Afavit también se ha querido reivindicar la historia y mostrar la humanidad de las víctimas emblemáticas de Trujillo, para hacer manifiesta su bondad y entrega a la comunidad. En el caso del padre Tiberio, el libro de su vida, escrito a mano por los trujillenses, es una muestra eso. En éste se materializa el afán de sus feligreses por contar la historia de su mártir y hacer claro que era un hombre compasivo, entregado y bondadoso que no merecía lo que le sucedió. En otros testimonios orales también es posible observar el apremio por contar la verdadera historia de párroco. Así recuerda un testigo de Trujillo al padre Tiberio:

Él cogió al trujillense en sí y le dio dignidad. Tú ya no eres una persona agachada del poder, no eres agachada del gamonal. Yo te entrego esto para que seas digno. Tiberio les entregaba herramientas para tener una vida digna. Tiberio estaba trayendo progreso digno para las personas. Y en medio de eso, de la cumbre, cuando dices “ya tengo dignidad”, te matan ese sueño. (Memoria Histórica, 2008: 83)

Con la historia de Esther Cayapú pasa algo similar, ya que para la comunidad era una mujer bondadosa, la enfermera, la psicóloga, la campesina, la madre, la amiga. De ahí que su desaparición injustificada haya dejado un vacío en el municipio. Para algunos trujillenses esta mujer era símbolo de nueva vida y de sanación, de tradición ancestral, por eso tratan de plasmar en sus historias todos esos valores que ella representaba. Así la recuerda Maritze Trigos: “Esther Cayapú, la mujer indígena, la partera, la psicóloga, la líder de esa vereda” (Presentación, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009). Como plantea Fentress (2003), el recuerdo de los personajes emblemáticos es uno de los cimientos de la memoria campesina; debido a eso Afavit ha tratado de resaltar la historia de luchas y anhelos de sus mártires. Primero para mostrar que no merecían lo que les pasó y segundo para perpetuar su historia no sólo para los trujillenses, sino para todos aquellos que quieran conocer la masacre de Trujillo.

Como ya se indicó, el apremio por recordar a los asesinados y desaparecidos desde su vida y no en el momento de su muerte es uno de los elementos característicos de Afavit y de las iniciativas alejadas a la asociación. Para los familiares, en general, el momento y las circunstancias de la muerte violenta son traumáticos y dolorosos, como afirma Elsa Blair (2005); por eso no le atribuyen tanta importancia en las historias de vida de sus seres queridos. Afavit ha tratado de reconstruir estos episodios traumáticos como herramienta de memoria política y jurídica, en términos de la hermana Maritze Trigos. Sin embargo, no los convierten en protago-

nistas de los relatos sobre las víctimas. En estos relatos los verdaderos protagonistas son hombres y mujeres que antes de ser asesinados y desaparecidos tenían una vida normal. En las peregrinaciones, actos religiosos, escritos y presentaciones públicas, los familiares de Afavit ratifican que sus víctimas están vivas en la palabra y en el canto y que sus voces no han sido acalladas, pues se expresan a través de aquellos que quedaron con vida. La hermana Maritze Trigos así lo expresa en uno de sus poemas:

Desaparecidos por esa fuerza brutal
Desaparecidos por la violencia estatal
Desaparecidos por el terror militar.

Ellas y ellos permanecen siempre vivos.
Rescatados en la memoria colectiva
voces y proyectos de dinamismo activo
gritos y cantos de sus huellas imborrables
afectos y ternuras plenos de esperanza.

Rostros que hablan, que escriben nueva historia
Desaparecidos que hoy se unen en forma organizada
Vivos siempre vivos convertidos en reductos de justicia
Vivos siempre vivos en luchas solidarias
De madres, de hijos, de esposas, de hermano, de hijas, de nietos
En búsqueda incansable con luces encendidas
Desaparecidos siempre vivos

Vivientes en la historia (Presentación, Cátedra Museo, memoria y reconciliación 25 de septiembre de 2009)

Pese a que los familiares de las víctimas que no son partícipes de los procesos de Afavit reconocen la importancia de la verdad en el esclarecimiento de los hechos, prefieren alejar de su memoria el instante en que su ser querido fue victimizado y recordarlo cuando aún vivía. En estos recuerdos, el espacio geográfico —importante en la memoria campesina—, los gustos y el carácter son elementos esenciales de la narración. María Noemí Sánchez recuerda a su hijo desde una de las características de su temperamento: el silencio. En su narración cuenta superficialmente la forma como murió, pero no ahonda en ella, pues prefiere centrarse en los detalles de su carácter, como su reserva y el gusto por el fútbol:

Sí, reservado, no me hablaba de novias ni nada de eso. Era un buen hijo, muy callado, casi no me contaba sus cosas. Le gustaba el fútbol, jugaba hartito cuando era chiquito. Mi hijo prestaba el servicio militar y lo mataron en Venecia. Nosotros vivíamos aquí y a él lo mataron por allá, le dieron unos tiros en la cabeza y lo echaron a un camión. (Entrevista, 18 de julio de 2009)

Pese a que el cuerpo es un instrumento fundamental en el esclarecimiento de los hechos y en la construcción de la memoria, no es el único albergue material de la historia de un pueblo, ya que los objetos materiales y los lugares en su

mutismo tienen mucho que contar. A juicio de Pilar Riaño y otras (2008), los objetos son un vehículo que alberga y transmite la memoria colectiva y familiar, un vehículo que revivifica el recuerdo de sus poseedores: prendas de vestir, fotografías, enseres personales, juguetes, cartas; en el recuerdo todos los objetos trascienden su uso y se convierten en un puente que conecta a la víctima con el mundo que dejó abruptamente atrás; por eso se transforman en “tesoros” para aquellos que los guardan. Estos objetos, como vehículos de la memoria, en cierta forma *recorporeizan* al ausente o muerto, haciendo parecer que aún están presentes: “Objetos entonces que acarrean los trazos del ausente y que en la vida cotidiana se colocan en espacios familiares, como las fotos en el cuarto de José marcando una cierta presencia de la persona ausente” (Riaño y otras, 2008: 7).

Los objetos hablan a quien los ve y les cuentan las historias de aquellos que los poseyeron, y así como sus dueños, los objetos también surcan distintas trayectorias, se desplazan y pasan de mano en mano, adquiriendo nuevos. Tanto para Afavit como para las iniciativas particulares de familiares de Trujillo, los objetos han desempeñado un papel importante en la construcción de la memoria, pues les han permitido conocer un poco de la historia de las víctimas, sus gustos y trayectorias. También les han permitido suplir en cierta medida su ausencia, ya que el familiar establece un vínculo con su ser querido a través de ese objeto que una vez le perteneció.



Capilla dedicada al padre Tiberio

Hasta ahora se ha mostrado cómo el cuerpo y los objetos son instrumentos que facilitan la construcción del recuerdo particular de las víctimas y contribuyen en la tramitación de los procesos de duelo. Sin embargo, tales procesos no se han dado homogéneamente entre todos los familiares de víctimas de Trujillo; al contrario, presentan matices que aunque no muy marcados, permiten establecer las diferencias entre los mecanismos de Afavit y los de familiares ajenos a la asociación. A continuación se va a tratar la forma en que Afavit y las iniciativas particulares de familiares de víctimas han empleado los objetos como elementos que facilitan la construcción del recuerdo particular de las víctimas.

En este punto es difícil tratar de establecer una línea divisoria entre los mecanismos que Afavit y las iniciativas particulares emplean para atesorar y atribuir significados dentro de sus procesos de duelo y de construcción de memoria, ya

que en ambos casos los objetos son concebidos como vehículos que facilitan el encuentro con la víctima, con su historia y sus trayectorias. Se podría afirmar que en el caso de Afavit, los familiares pretenden visualizar los objetos de sus víctimas a través de espacios públicos, con el propósito de dar a conocer, en los ámbitos nacional e internacional, los hechos violentos que sacudieron al municipio entre 1986 y 1994.

Hasta el momento, la primera recopilación de objetos personales que se ha puesto en un espacio público es la de las pertenencias del padre Tiberio, que se encuentran en una capilla dedicada a su memoria, ubicada en el primer piso del Parque Monumento a la Vida. Allí se albergan su sotana, un traje y objetos litúrgicos. A través de este espacio se quiere vivificar su memoria y sus acciones; se quiere materializar su vida, trayectoria y actos a través de objetos tangibles, pues tales objetos dan testimonio de lo que fue cuando habitaba el pueblo.

Otro objeto custodiado en la Galería de la Memoria que rememora la obra del padre Tiberio es el libro de registro de las 20 cooperativas que impulsó. En este libro se anotaba el proceso de formación de cada cooperativa, sus objetivos, miembros y metas alcanzadas. Tal objeto no sólo materializa el proyecto de Tiberio, también es el albergue material de los planes, esperanzas y anhelos de un grupo de campesinos que vieron en la asociación una herramienta idónea para el mejoramiento de sus condiciones de vida.

Así, el libro de registro es una morada tangible de proyectos y anhelos colectivos; por ende, resguarda la memoria de cada integrante, que entre los años ochenta y noventa fueron

en su mayoría asesinados y desaparecidos. El libro también ratifica la existencia de tales organizaciones, que durante los hechos violentos se convirtieron en blanco de los victimarios. Así como existen objetos que evocan la presencia de un individuo, hay objetos que rememoran la historia de colectividades, y que como en el caso de Trujillo son emblemas de momentos críticos o límites, en términos de Pilar Riaño y otras (2008).

Tanto para Afavit como para las iniciativas particulares, la fotografía es un elemento primordial en la construcción del recuerdo de las víctimas, pues es un registro que guarda la corporalidad de la víctima, que alberga sus rasgos y gestos. En otras palabras, que lo hacen visible como persona: “la foto me lo... me hace, me permite tenerlo como era él, la foto me permite acercarme antes de la desaparición” (testimonio, 18 de julio de 2009). En el caso de María Quintero, las fotos son esenciales para los familiares en la construcción del recuerdo de su víctima y en la compensación de su ausencia, ya que permiten establecer un vínculo muy directo con la víctima a través de la visibilización de su cuerpo, concebido por muchos como albergue de todo su ser. Esa importancia de la fotografía es evidente en algunos testimonios dados por familiares de víctimas:

María Noemí: Yo había traído una foto de mi hijo, ¿dónde estará? Era toda bonita, grande y a color. Se la di a la hermana y seguro se le refundió. Salía todo bello con su uniforme, todavía me cuida.

María Alejandra: De pronto sí, porque aquí no hay fotos de personas sino del parque monumento y del padre Tiberio.

María Noemí: Sí, era toda bonita, era a color, bonita. Mi hijo estaba prestando el servicio militar, está por aquí (señala las fotografías de víctimas de la Galería de la Memoria).

María Alejandra: ¿Es él?

María Noemí: Sí, no está por aquí, aquí está.

(Entrevista a María Noemí Sánchez, 18 de julio de 2009)

Para la señora Noemí, quien perdió a su hijo y a su sobrino, la fotografía es un medio para conectarse con la figura de sus familiares victimizados. Según cuenta, su hijo siempre la cuida y la observa desde la fotos con su traje de soldado y trata de acompañarla. A partir de este testimonio es factible afirmar que la foto no sólo contiene la esencia física de la víctima, sino también sus acciones, vocaciones y predilecciones; por eso sus familiares casi siempre piden que se les retrate con la foto de su ser querido, pues sólo así pueden sentir proximidad con él. Es como si ambos estuvieran posando juntos para un mismo retrato. María Quintero cuenta su experiencia con algunas familias:

[...] yo tengo fotografías. Entonces me dicen tómeme aquí esta foto con él aquí. Yo le dije “por qué quieres que...”. Sí, sí, yo quiero que él esté aquí conmigo. Entonces es la foto... La imagen aquí, sí mírame, mírame, aquí quedará

mejor o será acá en el centro ¿dónde estará mejor él? [...] quieren tener el cuerpo allí. [...] Me dijo una vez una señora: “¿cómo quedaremos mejor los dos aquí, cómo lo ve mejor, aquí al lado o acá?”. Hay ausencia, hay anhelo por esa persona que no está. (Véase entrevista a María Quintero, 12 de septiembre de 2009)

Quintero afirma que el apremio de los familiares por suplir la ausencia de su ser querido es resultado de la incapacidad para aceptar su muerte y su desaparición, incapacidad que se acrecienta en el caso de los desaparecidos, pues los familiares siempre albergan la esperanza que su víctima retorne al hogar. Esta incapacidad es resultado de la violencia con la que los individuos fueron victimizados, ya que durante episodios traumáticos no sólo se fragmenta y bloquea la memoria; los procesos de duelo también se ven truncados y bloqueados. Esta es una de las percepciones que María Quintero tuvo durante su visita a Trujillo:

No quieren tener material de la tragedia, del hecho, [...] eso sí fue claro para mí, no la quieren tener. Sí no la quieren tener, es decir no la quieren tener, nunca me hablaron, yo le tomé fotos a los huesos ni nada de eso, jamás, siempre está el presente y la persona viva, viva en la memoria, viva totalmente. Y la materialidad se podría reducir, se podría volver una variable por ejemplo como de la camisa, los pantalones, pero que me recuerden cuando estuvo vivo. (Entrevista a María Quintero, 12 de septiembre e 2009)

Lugares frecuentados: recordar a las víctimas desde sus pasos



Iglesia de Nuestra señora del Perpetuo Socorro

Además de los objetos y el cuerpo, los lugares también albergan historias, experiencias y recuerdos de aquellos que los frecuentaron; historias que quedan impregnadas en los recovecos, los muros y los caminos de cada lugar. James Fentress y Chris Wicham (2003) plantean que la geografía o el espacio físico constituyen uno de los cimientos de la memoria campesina.¹ Por eso una casa, una montaña, una cueva, la escuela, la ebanistería o el parque traen a la memoria de los familiares episodios particulares de la vida de sus víctimas.

¹ Vale la pena recordar que, según Memoria Histórica (2008), 54,2% de las víctimas de Trujillo eran campesinos.

Como estos espacios son albergues de memoria, sus habitantes tratan de conservarlos tal y como estaban cuando la víctima fue arrebatada de sus linderos.

El hogar de Esther Cayapú es una muestra de eso, ya que para sus hijos el recuerdo de su madre quedó impregnado en cada pared, en su habitación, en cada objeto que usó y por eso no lo han alterado tras de 19 años de ausencia. Para sus familiares, la memoria de Esther está en los espacios que frecuentó, pues éstos se transforman en un vehículo material que evoca sus acciones, sus gustos y sus rutinas; elementos que forjaban su idiosincrasia, que recuerdan su individualidad. La Iglesia del Perpetuo Socorro, mostrada en la imagen, también es una referencia material que evoca las acciones y días de vida del padre Tiberio Fernández.

La historia de Maracucho, el viejo del pueblo, contada por la gente de Trujillo, también gira en torno al lugar que frecuentaba en vida, ya que éste es el referente tangible de sus actos. En su caso, la funeraria es el espacio físico que recuerda quién era. Así cuentan la historia de este hombre:

Entonces ven la escultura del Maracucho. El Maracucho era el viejo del pueblo [...] con un sombrerito, andaba con un palito. No hacía mal a nadie. A él lo recuerdan, porque donde había un muerto, a la funeraria, él iba y se sentaba a rezar y la familia se iba y él se quedaba en la calle, se quedaba en la funeraria rezando. ¿Y a él quién lo mató? Una mujer que la estructura narcotraficante, paramilitar, para que ella entrara en el grupo de ellos. La prueba era si era capaz de matar. Esa es la historia de esa mujer con Maracucho,

Gilberto Berrio. Ese es el nombre, le decían Maracucho; y esa mujer por el aprendizaje, y dar la prueba de que sí era capaz de matarlo, lo mató [...] como que no los siento muertos, los siento vivos, vivos, al hablar de cada uno de ellos. (Véase testimonio 18 de julio de 2009)



Parque Central Trujillo (17 de abril de 2010)

Esta importancia de los espacios físicos como albergues de memoria —atribuida tanto por los miembros de Afavit como por los familiares ajenos a la asociación— también se hace presente en las creaciones literarias y artísticas que se han realizado en honor a las víctimas. Como se mencionó, los espacios físicos son un puente, una especie de objeto-puente (Riaño y otras, 2008) a la vida de las víctimas, pues al visitarlos surgen en la memoria de los familiares momentos del pasado en los que aquellas víctimas fueron protagonistas. Una mujer preparando el almuerzo en la cocina, un hombre labrando la tierra en su finca, el viejo del pueblo orando en la

funeraria, los ebanistas trabajando la madera en su taller. Todos los espacios se transforman en morada de las historias de quienes los frecuentaron, se convierten en espacios de vida.

El cuento escrito de Esther Cayapú por María Quintero lo muestra, ya que surgió de los testimonios de sus hijos, quienes consideraban las tierras de su finca y la plaza de Tuluá como vínculos primordiales con la historia de su madre, quien, además de ser partera, era agricultora. Aunque la escritora no tiene una relación directa con el caso de Trujillo, fue testigo del papel otorgado por familiares a los espacios físicos como moradas de la memoria:

Te labraste como agricultora de maíz, fríjol y mora, esta última, fruta pequeña y roja, dulce y a la vez ácida que tanto identifica ciertos climas fríos de este país. Territorio donde se conoce, de donde somos y seremos por la gracia de lo que se cultiva y se come. Cultivo de moras, que siembras en el frío montañoso: entre el Valle del Cauca y la Cordillera Central, justo en esa geografía que solamente los campesinos como tú, comprende y se relacionan en el significado más simple de la vida. Sin premura emplazas tu carga de cultivo de moras, para comerciar los fines de semana hacia otro lugar, la ciudad de Tuluá. (Quintero, 2009: 11)

Al igual que los hijos de Esther Cayapú, que pertenecieron unos años a Afavit, Lucía Pérez, una mujer que perdió a su padre, a sus tres hermanos y a varios amigos y compañeros en la masacres, también vincula el recuerdo de sus vidas y acciones con el lugar que frecuentaban. En general,

espacios rurales, de fincas ganaderas y agrícolas: “Es que nadie recuerda esto, pero nosotros fuimos los primeros en vender leche cruda al municipio, en la finca mi papá y mis hermanos ordeñaban a las vacas y llevaban la leche hasta el pueblo” (testimonio de Lucía Pérez, 20 de agosto de 2009). Pese a que es miembro de Afavit, se encuentra alejada de la mayoría de sus iniciativas, aun cuando ha procurado reivindicar la memoria de sus víctimas a través de la creación literaria y la participación en espacios públicos de diálogo.

En el cuento de Lucía, el recuerdo de sus familiares y vecinos victimizados se relaciona con los espacios físicos que transitaban, en particular el campo. A partir de su narración se podría aducir que los espacios físicos no sólo operan como objeto-puente, que permiten una conexión entre la historia de la víctima y aquel que la recuerda; también se transforman en un referente de la propia historia del familiar vivo antes de los hechos violentos:

Por el verde prado camina una niña rumbo a su escuelita de su vereda. Con su mochila a su espalda llevando en ella unos cuadernos llenos de letras y también de ilusiones. Camina plácidamente y observa las plantas, mariposa y colores y se detiene ante un bello picaflor para observar la textura de su hermoso plumaje. Un poco más tarde contaría a su maestra la hermosura del campo y que le gustaría hacer un perfume con olor a la pulpa del café recién pelado, otro con la fragancia del café bien tostado. La maestra sonríe con las ocurrencias de una niña de 7 años. De regreso a casa la niña se detiene frente a un manantial, con su

mano toma un sorbo de agua frente a la casa de los Gaviria; ellos eran sus amigos y siente lo delicioso que sabe después de una mañana calurosa pasa por la cementera donde yace su padre sembrando el maíz; le saluda alegremente, le da un abrazo. Después sigue a su casa donde su madre la espera con un delicioso sancocho, hecho con plátano fresco de esos que nacen en el Valle del Cauca. El olor a condimentos le abre el apetito; después de almorzar sale a hartar los terneros para el encierro, corre detrás del ganado y los caballos, piensa en los hermosos ejemplares que cuando grande quiere tener. Sueña despierta en agrandar la finca para producir más leche y poder seguir surtiendo de este delicioso néctar a los pueblos cercanos, entre ellos Trujillo, su amado pueblo. (Lucía Pérez, *La ilusión desencantada*, 20 de agosto de 2009)

En esta narración la geografía física del campo, con todos los frutos y seres que alberga, se convierte en un referente de su vida antes de la masacre y de la vida de sus familiares y vecinos, de un padre agricultor y de una madre ama de casa.

Además del temor y la tristeza, la masacre de Trujillo arraigó en el corazón de los dolientes el apremio por reivindicar la historia de sus seres queridos victimizados, pues como sugiere la hermana Maritze Trigos es un acto de memoria desde lo ético que muestra, a través de la vida de cada víctima, sueños, rutinas, gustos y proyectos truncados que ratifican su inocencia. Esta reconstrucción de la memoria de los caídos y desaparecidos se ha cimentado en el uso del cuerpo como una herramienta simbólica que permite evocar las

características particulares de las víctimas y las circunstancias desafortunadas de su muerte. En el caso de desaparición, los familiares de víctimas, especialmente desde Afavit, han iniciado procesos simbólicos que permiten asimilar la pérdida pese a la ausencia de restos mortales.



Trujillo desde el Parque Monumento (18 de abril de 2010)

Así como el cuerpo y su ausencia, los objetos también han sido empleados por los familiares para construir el recuerdo de las víctimas, ya que como plantean Riaño y otras (2008) permiten establecer un vínculo entre el doliente y el recuerdo de la víctima, pues tales objetos albergan instantes de su historia que se evocan al momentos de entrar en contacto con el objeto. Finalmente, los lugares cumplen un papel similar al de los objetos, tanto en la experiencia de Afavit como en la de otros familiares de víctimas, pues confinan los pasos dados por las víctimas a través de ellos. Cuerpo como

evidencia y elaboración simbólica, reconstrucción de los hechos y memoria de los caídos; todos procesos iniciados por los familiares de víctimas tanto desde Afavit como de forma particular. Ahora bien, esta labor ha sido plasmada a través de una herramienta expresiva que aun cuando no transforma la realidad actual de los dolientes, sí permite contemplarla más allá del temor y el dolor.

Esta herramienta, que será tratada en el último capítulo del libro es el arte, que mediante pinturas, esculturas, monumentos, dibujos, canciones, objetos y poemas ha permitido visibilizar el dolor de los familiares y lo alcances de la masacre, ha contribuido en la tramitación del duelo y ha facilitado en cierta medida la asimilación lo ocurrido entre 1986 y 1994.

Capítulo 4

Monumentos, peregrinaciones y medios expresivos: representando a las víctimas y la masacre de Trujillo

Los familiares de víctimas de Trujillo que pertenecen a la Asociación de Familiares de Víctimas de Trujillo (Afavit) y que han iniciado procesos de reparación individual han concebido nociones particulares de cuerpo y memoria para movilizar sus procesos de duelo, construir la verdad histórica e impulsar los actos de representación mencionados por Riaño y otras (2008) y que se trabajaron en el capítulo 3. Sin importar sus matices y caminos tomados, las iniciativas emprendidas por todos los familiares de víctimas de Trujillo no sólo se han quedado en los confines del municipio o en las limitaciones del testimonio; han sido representadas a través de una herramienta que, más que expresar emociones, permite comunicar realidades y denunciar como instrumento político: los medios expresivos, y entre ellos, el arte y las peregrinaciones.

La violencia ha sido un tema recurrente en el arte colombiano: Débora Arango, Fernando Botero, Alejandro Obregón, Doris Salcedo, entre otros, han tratado de retratar y materializar el dolor y la crudeza del conflicto; sin embargo,

las representaciones artísticas de las víctimas de la violencia como herramienta de denuncia y duelo son un fenómeno reciente que empezó a evidenciarse en procesos como el de Trujillo. Por ello en este capítulo se explica cómo las nociones de cuerpo y de memoria, construidas a lo largo de un proceso individual y colectivo de familiares de víctimas, se han ido materializando a través de instrumentos como el arte y las movilizaciones, que no únicamente son vías de liberación emocional y tramitación de duelo, sino que sirven para denunciar los hechos y la situación actual de los dolientes.

De acuerdo con Riaño y otras (2008), los actos de ver no sólo son parte de la experiencia estética relacionada con las obras de arte; también de aquellas relacionadas con las experiencias de muerte, violencia y duelo. Esta experiencia estética, más que el resultado del encuentro con lo que a juicio social es bello; es la forma en que el acto de mirar se convierte en una experiencia simbólica y emocional generada por lo observado. En sus términos:

Mirar no es suficiente si no lo llenamos de sentido, un acto en el que vemos porque reconocemos relaciones e implicaciones: ese muerto es mi vecino y todos los otros también son vecinos de alguien, el cadáver cubierto en el que la cámara reposa por un segundo es un adolescente enamorado, una madre que tenía planes para el futuro. (Riaño y otras, 2008: 9)

Aunque la violencia de un país como Colombia parece irrepresentable, ocupa un lugar esencial en las ideas colectivas

que el colombiano tiene de sí mismo, como plantean Riaño y otras recordando a Blair (2005). Por eso las representaciones colectivas y sentidos de identidad de los colombianos están plagados de referentes de violencia, muerte, sevicia y guerra. La masacre de Trujillo fue terriblemente violenta y por eso ha alimentado las representaciones colectivas que la mayoría de los colombianos tienen sobre el conflicto. Este hecho alberga un sinfín de significados ávidos de ser interpretados; no obstante, el temor a venganzas y a revivir el sufrimiento ha generado que en algunas ocasiones las voces y los símbolos velados en las acciones violentas sean silenciados y confinados en los linderos del olvido. Entonces es necesario preguntar, ¿existe algún mecanismo que permita hablar de todas las angustias, estrategias, hechos, intenciones y sevicia de la violencia sin temor a ser castigado por ello?

Así como el dolor y el miedo paralizan a algunos familiares de víctimas hasta el punto de sumirlos en el mutismo voluntario, para otros se convierten en una potencia creativa que los aboca a hablar de la violencia de manera figurada, empleando una herramienta que les brinda un mundo de posibilidades más allá del testimonio, el lugar, el objeto y la fotografía del ser amado: el arte. Para Wladislaw Tatarkiewickz (1995), la definición de arte debe contemplar la intención y el efecto de las obras plásticas. De acuerdo con la intención, dichas obras pueden ser clasificadas en dos ámbitos distintos: las productivas, que configuran o perpetúan la realidad, y las expresivas, fruto de un profundo deseo de expresión.



Dibujos de las víctimas (17 de abril de 2010)

En cuanto al efecto que causan en el espectador, deben transformarse en artífices de experiencias estéticas como la emoción, la sorpresa y el choque. La relación entre realidad y obra es otro elemento fundamental en la definición de arte, ya que algunas pinturas pretenden imitar lo real, atribuyendo cierta permanencia a lo existente; sin embargo, otras son creaciones abstractas que construyen una verdad renovada, una realidad autónoma y propia. Entonces: “El arte es una actividad humana consciente capaz de reproducir cosas, construir formas o expresar una experiencia, si el producto de esta reproducción, construcción o expresión puede deleitar, emocionar o producir un choque” (Tatarkiewickz, 1995: 67). La capacidad expresiva del arte en el caso que se está trabajando se conjuga con la capacidad comunicativa de la violencia como afirman Riaño y otras (2009), que ante su

mutismo o ausencia de discursos social se convierte en un vehículo potencial y privilegiado de comunicación.

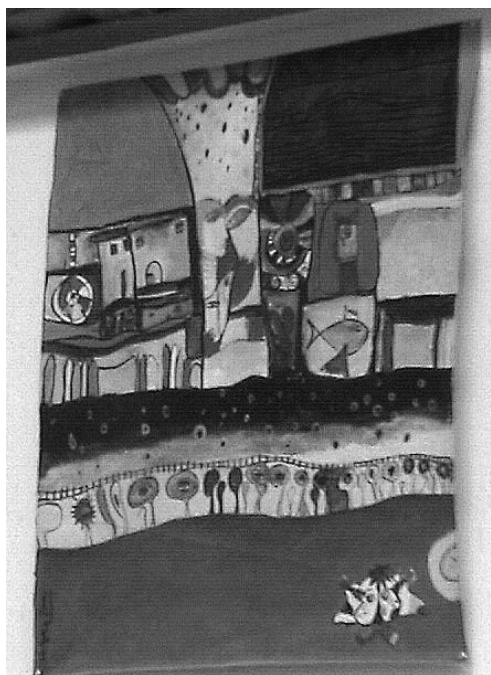
Para el caso que nos interesa, el arte puede concebirse no sólo como una herramienta de creación, sino como una vía de expresión que permite materializar en papel, lienzo, arcilla o acordes los significados que persisten en los actos de violencia. De acuerdo con Santiago Villaveces-Izquierdo (1997), la academia y la rama Judicial son los principales espacios donde se produce el conocimiento de la violencia, y en estos espacios es tratada de forma codificada, es decir, en muchas ocasiones todo el potencial comunicativo de la violencia es velado tras términos que mimetizan un poco su crudeza. Por ello se requieren mecanismos alternativos como el arte que decodifiquen los mensajes albergados en la violencia. Afavit y algunos familiares ajenos a su proceso han reconocido la necesidad de decodificar estos mensajes, para así construir memoria desde lo político, es decir, memoria para la denuncia y la concientización. Debido a ello han recurrido al arte, ya que son instrumento de comunicación y denuncia.

Además de ser un medio de expresión que permite plasmar los horrores del conflicto, el arte también es un catalizador de los procesos de duelo, pues mediante la catarsis generada durante la experiencia estética y creadora el observador se enfrenta a todas sus emociones. Y tras el encuentro con esas emociones, en este caso profundamente doloroso, puede liberarse del sufrimiento y aceptar todo lo que ocurrió.

Para Hans Robert Jauss (2002) la experiencia estética puede definirse como *poiesis*, como *aisthesis* y como *catharsis*. Como *poiesis*, es ajena a la sensación de temor e infinitud

planteada por Kant para explicar el encuentro con lo sublime, pues atribuye familiaridad al mundo y permite concebirlo como un escenario que puede ser construido y conocido. En palabras de Bozal: “Si en el fondo conocer es construir[,] nada como el arte nos pone frente a esa construcción pura” (1996: 226). Como *aisthesis*, es la reivindicación de la sensibilidad y la intuición frente a una mirada racional y displicente. Como *catharsis*, es la capitulación de los intereses prácticos y la exaltación de las nuevas normas de comportamiento social. Ahora, bien “La *catharsis* como antítesis del mundo práctico no contradice [...] la identificación estética, sino que más bien la presupone en tanto que marco de despliegue comunicativo de la conciencia imaginativa” (Jauss, 2002: 78).

Los familiares de las víctimas de Trujillo y sus acompañantes han reconocido el papel de la experiencia estética generada por el arte como instrumento catártico y de liberación del temor; por eso algunos se han atrevido a plasmar a través de los medios expresivos lo que sucedió en su municipio antes de los hechos violentos de 1986 a 1994, durante de ellos y después. Pese a que el arte tiene una función representativa y liberadora, también es empleada por los miembros de Afavit y los familiares ajenos a su proceso como una herramienta de denuncia política que permite mostrar al mundo los horrores de la masacre y la impunidad que aún la acecha. Como plantea la hermana Maritze Trigos en la entrevista del 4 de agosto de 2009, para Afavit la memoria tiene diversos usos que se conjugan para perpetuar los hechos y la historia de las víctimas.



Dibujo (Parque Monumento, 17 de abril de 2010)

Entre ellos se encuentran el jurídico, el político, el social, el cultural, en el que se incluye el artístico y el religioso, que confluyen en todas las prácticas y procesos empleados en la reparación psicosocial de los familiares de víctimas, la construcción de la verdad histórica y la búsqueda de justicia. De acuerdo con Michael Taussig (1987), las representaciones de la violencia deben conjugar tanto sus componentes geopolíticos como sus implicaciones en la vida cotidiana de las personas. En otras palabras, las representaciones de la violencia, como lo demuestra el testimonio de la hermana

Maritze Trigos, deben mostrar tanto su contenido político como su contenido simbólico y material.

En este capítulo se muestra cómo los familiares de víctimas de Trujillo desde Afavit y desde las iniciativas individuales han empleado los medios expresivos para iniciar sus procesos de duelo y de construcción de la memoria de los hechos y de las víctimas. En este caso, con medios expresivos se alude al monumento, a las pinturas, a los poemas, a los cuentos, a las canciones y a las esculturas empleados por los familiares para enunciar sus opiniones y percepciones relacionadas con la masacre. Las peregrinaciones también serán analizadas como mecanismos de conmemoración, denuncia y expresión, empleados principalmente por Afavit. Por otro lado, se señalan las diferencias y las tensiones generadas por los mecanismos de expresión usados por la asociación y por las iniciativas particulares de los familiares, pues en el municipio no todos están de acuerdo con las formas en que Afavit y otros familiares han materializado su dolor y han honrado la memoria de sus seres queridos.

Representaciones construidas y apoyadas por Afavit

Parque Monumento a la Vida



Imagen de la Iglesia desde el Parque Monumento

Para la hermana Maritze Trigos, la memoria también tiene un componente artístico que permite plasmar el dolor para enfrentarlo y liberarse de él. También permite mostrar al mundo lo que ocurrió para evitar que se repita. En la memoria hecha arte, hasta la naturaleza presta sus bienes para materializar el anhelo de conmemoración, fraternidad y verdad histórica abanderada por la asociación. En sus palabras:

A nivel artístico se rescata la hechura de las esculturas, los cuadros que hicieron, el arte convertido en memoria. Mire que a nivel cultural hay hasta lo ecológico, aprovechar los dos árboles que se abrazan y convertirlos en un monumento. Las piedras que ustedes leyeron, ésas las pintó Teresita la hermanita [...] con los jóvenes. Formas de lucha [...] es importante a nivel ecológico. Y mire que todo a nivel cultural, a nivel de la cultura convertirlo en un patrimonio histórico. Y no sólo histórico a nivel de los “grandes”, hablo entre comillas porque en mi criterio los grandes son los humildes, los pequeños, los que no son para la sociedad. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Afavit y sus acompañantes han concebido la expresión artística como un instrumento fundamental de duelo, verdad y expresión. Por eso desde la llegada de los artistas Stella Guerra y Carlos Ulloa, en 1997, han procurado invitar a los familiares de víctimas para que hagan de su tristeza un trazo o una palabra. Según Luis Enrique Mejía, representante de la asociación, estos medios reconstruyen los tejidos de la historia, pues facilitan la reconciliación de un pasado doloroso con un presente y un futuro ávidos de reparación:

Todo individuo tiene derecho a recordar sus orígenes, la historia de sus comienzos pertenece a su honorable patrimonio cultural y nadie tiene derecho a desconocer ni a reprimir. Las marcas del sufrimiento convertidas en monumento, esculturas, escritos y pinturas tiene la función de vehicular la reconciliación de un pueblo con su pasado, con

su presente y con su futuro, esto lo dijo el padre Javier Giraldo. (Luis Enrique Mejía, Ponencia Afavit, Conferencia Internacional de Memoria, 18 de agosto de 2009)



Plano del Parque. Plegable de la peregrinación del 2 Junio de 2002

Así como sugiere Jauss (2002), la experiencia estética como *poiesis* permite relegar la sensación de temor, pues convierte al mundo en un escenario plástico, que puede ser construido y conocido. Al reconocer los horrores de la violencia que sacudió a Trujillo a través de la elaboración y el encuentro con una obra de arte o un monumento, el observador y creador reconoce que la violencia plasmada no le genera tanto temor, ya que puede manipularla, analizarla y representarla de acuerdo con sus intereses particulares. A partir de ese momento deja de ser un fenómeno inmanejable y tan doloroso y se transforma en parte de su historia, una

historia que no puede ser negada y debe ser hilvanada con el presente y el futuro.

Una de las herramientas más importantes de conmemoración para Afavit es el Parque Monumento a la Vida pues, a su juicio, es el templo sagrado de sus seres queridos y es un espacio que le permite a todo peregrino conocer cuanto sucedió en Trujillo. Para los miembros de la asociación, su parque no es un lugar turístico, es un sitio de peregrinación y reflexión donde se alberga toda la historia de sus seres amados. Así lo expresó Enrique García, presidente de Afavit, en la peregrinación del 18 de julio de 2009:

Esta memoria es memoria viva aquí en Trujillo, esa memoria no es mercancía para mostrar, por eso el Parque Monumento, la galería de la memoria, es sitio de peregrinación. Quítate las sandalias de los pies porque la tierra que pisas es tierra sagrada. No es sitio de turismo, aquí venimos con verdadero sentido cristiano y mariano. Este sagrado Parque Monumento no es objeto de turismo, no es exhibicionismo, todo lo que ustedes ven aquí lo amamos, porque son los proyectos de nuestros familiares y de nuestros amigos, porque a todos, a todos les conocimos. Vuelvo y repito a la entrada del Parque Monumento leemos que debemos hacer fila nosotros, no sólo palabras. Quítate lo zapatos, el hogar que pisas tierra santa es.

En 1996 se empezó la limpieza del terreno donde se iba a construir el Parque Monumento a la Vida, dado por el Estado después de la declaración del entonces presidente Ernesto

Samper acerca de la responsabilidad estatal por acción u omisión en los hechos violentos de Trujillo. A partir de ese momento, los aportes del Colectivo de Abogados Cajal, de la Comisión Interclerical de Justicia y Paz, de Amnistía Internacional de Holanda y de otras pequeñas organizaciones permitieron que en Trujillo se iniciara la construcción del Parque. La hermana Maritze Trigos cuenta cómo la construcción del monumento surgió de las iniciativas de una memoria “desde abajo”, desde los victimizados:

Esta memoria desde abajo tiene sus raíces en estos sujetos históricos, las mismas víctimas. Ellas y ellos son la memoria viva, ellas y ellos son la fuente, la conciencia de la humanidad quienes luchan por sus derechos. De esta memoria se levanta el Parque Monumento a la vida por la recomendación número 8 de la Comisión Interamericana que dentro de las recomendaciones, debía hacer una reparación simbólica. Y aquí entonces empieza el caminar de la memoria. (Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009)

En este monumento se quería visibilizar los rostros y las historias de todas las víctimas, los hechos ocurridos, los victimarios y el futuro del municipio tras la masacre. Por esta razón, la hermana Maritze Trigos, junto a la hermana Carmen Cecilia Ávila y otros acompañantes, inició un proceso de recolección de testimonios con cada familiar:

Primer paso que dimos, con las personas familias afectadas hacer conciencia expresar qué fue lo que pasó, de las ruinas se reconstruye la vida, y el primer informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos sirvió de base para las reuniones, para los talleres ¿qué pasó, por qué, quiénes fueron los victimarios, cuál era el contexto, las consecuencias de la masacre? (Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009)

El Parque Monumento a la Vida está constituido por cuatro áreas. La primera es la de los hechos ocurridos, donde se tienen las imágenes de las víctimas y los victimarios. Para muchos familiares tener la imagen de los agresores en su templo a la vida es una falta de respeto con la memoria de las víctimas; pero para la hermana Maritze visualizar a los victimarios es plasmar un rechazo expreso a la barbarie. Observar sus fotos genera una experiencia estética de tipo catártico, como lo sugiere Jauss (2002), que aboca al encuentro con el odio, el dolor y el rencor generado por la imagen de los asesinos, y a una posterior liberación de estas emociones.



Familiar de víctima mostrando el osario de su esposo

La segunda área es la de entierro, donde se encuentran los 235 osarios con los altorrelieves de las víctimas. Los osarios se encuentran ordenados alfabéticamente en siete pisos, según la fecha de desaparición o muerte de la persona homenajeada. Los pisos representan cada año de la masacre y el siete en general es un símbolo de perfección. Así lo cuenta la hermana Maritze Trigos: “El Parque Monumento tiene siete niveles, cada uno por cada año de horror. El siete es un número sagrado, es perfección. En los osarios pueden encontrar la memoria del nombre, de la clase de delito y de la fecha. El poder apreciar que fue una acción sistemática, permanente, cruel, injusta” (palabras de Maritze Trigos, peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009). Cada una de las esculturas fue

realizada por los familiares de las víctimas después de la recolección de historias de vida hecha por los acompañantes de Afavit. Fueron asesorados por la artista Adriana Lalinde, hermana de Fernando Lalinde, e inicialmente realizadas en barro. Vale la pena recordar que Fernando Lalinde era un estudiante de sociología de la Universidad de Antioquia y militante del partido de oposición, que el 3 de octubre de 1984 fue arbitrariamente detenido, torturado y asesinado:

[...] por efectivos militares adscritos al Batallón de Infantería No. 22 “Ayacucho” de la Brigada VIII del ejército, al mando del Capitán Jairo Enrique Piñeros Segura, y de los Subtenientes Jaime Andrés Tejada González, y Samuel Jaimes Soto y el Cabo Segundo Medardo Espinosa Aleiza, durante un operativo realizado en la vereda El Verdúm, del municipio El Jardín, departamento de Antioquia. (Comisión Interclerical de Justicia y Paz, 2009)

La señora Fabiola Lalinde, madre de Fernando, y su hermana fueron quienes lideraron la búsqueda, exhumación e identificación de los restos de su ser querido en una acción denominada Operación Sirirí, conocida como uno de los casos de identificación forense más emblemática del país. Volviendo a Trujillo, en el siguiente testimonio la hermana Maritze Trigos cuenta la forma en que se realizaron las primeras esculturas de barro:

Las esculturas las hicimos con limosnas y con gente pobre, las mujeres de Bosa, mujeres que cada vez de a monedita se

hicieron cada una de las esculturas [...] y las mujeres que acompañamos en Bosa fueron una semana a hacer esculturas por familia. Luego no ha sido con grandes proyectos, ha sido desde la gente [...] por eso no hubo la presencia ni de la alcaldía, ni de nada. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Luis Enrique García también habla en su presentación de cómo los familiares de víctimas de Trujillo se convirtieron en artistas para reivindicar en barro la historia de sus seres queridos:

Conservamos archivos de la inauguración de las esculturas donde las mujeres elaboraron la imagen de sus hijos y esposos, los hombres hacen la escultura de su padre y hermanos, reivindicando el proyecto de vida y el oficio de ellos. Es una construcción en barro amasado con lágrimas, con amor y dolor, asesorados por artistas, por Adriana Lalinde, artista. Los familiares de las víctimas se convierten entonces en artistas y hacen del Parque Monumento, un monumento a la vida y a la dignidad. (Ponencia Afavit, Conferencia Internacional de Memoria, 18 de agosto de 2009)

En las esculturas de los osarios se plasmaron las víctimas haciendo sus labores cotidianas, disfrutando de la compañía de los suyos o entreteniéndose con sus pasatiempos favoritos. En otras palabras, con éstas querían ser mostrados como hombres y mujeres normales, con gustos, obligaciones y proyectos, que no merecían lo que les es ocurrió. Así como

la construcción de la memoria de cada víctima se convirtió en una herramienta de reivindicación y de duelo, las esculturas también lo fueron, pues les permitieron evocar las características e historias de su ser querido cuando vivía y aceptar que ya no iba a retornar, o como sugiere María Elena Correa, esposa de víctima, abrir la herida:

Hacer la escultura fue como devolver el tiempo, abrir la herida. De alguna manera empecé el duelo, sentí un dolor muy grande, una angustia, rabia, tristeza, duda, impotencia, una cantidad de sentimientos encontrados que sólo pude calmar llorando, recordando paso a paso lo vivido con Germán mi esposo. Cuando terminé la escultura la miré fijamente, me dio la impresión que sonreía, que ahora sí había cumplido su objetivo, mi angustia desaparecía poco a poco. Esto fue una experiencia para los que tuvimos la suerte de hacer las esculturas paso a paso. Germán siempre estaba conmigo.

Se podría decir que para los familiares la elaboración de las esculturas y el posterior encuentro con ellas les permitieron vivir una experiencia estética de tipo catártico, en términos de Jauss (2002), ya que los confrontó con su tristeza, dolor y negación, y les concedió en cierta medida aceptar los hechos y liberar parte de las emociones más dolorosas. Los medios expresivos son un elemento necesario, mas no suficientes para lograr tal aceptación, perdón y liberación de las emociones, ya que el contexto que alberga a los trujillenses aún está velado por la presencia de victimarios, la fragmen-

tación del tejido social y la impunidad tras la masacre, que obstaculizan la total consecución de una reparación integral.

Sin desconocer el contexto de conflicto permanente, estas esculturas también se convirtieron en un instrumento de congregación y de duelo colectivo para Afavit, ya que su elaboración les permitió a los familiares reunirse, contar sus experiencias, las historias de sus víctimas y expresar en conjunto la tristeza. Así lo cuenta Julián Ortiz, miembro de Afavit:

Elaborar las esculturas significa reunirnos, contar nuestras historias, llenarnos de sentimientos que compartimos, mantenemos la esperanza de conseguir justicia. Lloramos como símbolo de que es impagable la ausencia de nuestros seres queridos, nos contamos anhelos y creamos el pacto de luchar por un futuro donde no vuelvan a ocurrir esta clase de hechos. (Testimonio de Julián Ortiz. *Acercamiento a la realidad II. Escuela de formación en derechos humanos de la zona del Valle*, domingo 19 de octubre de 2008)

En este momento se manifiesta la capacidad comunicativa de la violencia planteada por Riaño y otras (2008), pues después de superar un poco el temor los familiares son capaces de renunciar a su silencio y materializar a través de la palabra y el texto todos los significados, intenciones y consecuencias de las acciones violentas.

Aunque el arte es una herramienta que facilita la liberación de emociones dolorosas y la aceptación de los hechos, no garantiza que el duelo, la tranquilidad y el perdón lleguen por

completo a todos los familiares de víctimas. Como lo expresan los trujillenses que no pertenecen a Afavit, tras la masacre el municipio quedó sumido en la pobreza, la fragmentación del tejido social y el temor permanente, situaciones que se siguen alimentando por la presencia de victimarios y amenazas en la zona. En otras palabras, pese a que el arte es una vía de expresión y denuncia, no transforma la situación real de los trujillenses, que aún se caracteriza por la presencia de victimarios y de conflicto.

En cuanto al duelo, las esculturas del área de enterramiento han servido como un objeto simbólico de reemplazo, que suple de cierta forma la ausencia del cuerpo de su ser querido. Este “reemplazo simbólico” permitió en diversas ocasiones que los procesos de duelo iniciaran junto a las demás actividades realizadas en Afavit, por acompañantes como la hermana Maritze Trigos, ya que al menos hay una aceptación aparente de la muerte. Así lo cuenta un familiar de víctima: “hacer a mi hijo en barro me permitió volver a acercarme a él, tocarlo sentirlo, ser parte de su vida. Pero también me hizo aceptar que ya no está y aunque esté desaparecido, es muy complicado que vuelva después de 20 años. Creo que ese día acepté que se había muerto, y a pesar del dolor tan grande, sentí un poquito de alivio” (testimonio de familiar, 18 de julio de 2009).

De forma similar, la elaboración de las esculturas les permitió a los familiares “reconstruir” el cuerpo de sus seres queridos y devolverles simbólicamente la vida. La mayoría de las víctimas fueron mutiladas, marcadas y destrozadas; en otras palabras, su cuerpo, unidad constitutiva del sujeto en

términos de Blair (2005), fue fragmentado con el propósito de diseminar el temor entre los vivos y de facilitar su ocultamiento. La fragmentación representa el horror, lo siniestro, lo irrepresentable y lo innombrable de acuerdo con la autora; por eso los familiares trataron de revertirla, para así poder hacer de pedazos inidentificables, un ser con vida y pasado. Así lo cuenta un familiar: “Al hacer a mi padre le devolví los brazos y las piernas, fue verlo completo otra vez, haciendo las cosas que le gustaban” (testimonio de familiar, 18 de julio de 2009). Al hacer las esculturas, al amasar el barro con sus lágrimas, como afirma Maritze Trigos, los familiares tienen un encuentro directo con su dolor, que aboca a la aceptación de los hechos y, poco a poco, a la liberación del sufrimiento.

El Parque y los osarios han sido una iniciativa liderada especialmente por Afavit, y como ya se sugirió, muchos trujillenses no están de acuerdo con esas iniciativas. No es sólo porque las consideran un desperdicio de capital o un estimulante para las acciones violentas de los agresores, sino porque algunos piensan que rinden homenaje a individuos reprochables, que quizá se buscaron lo que les sucedió. Ante esas afirmaciones, la hermana Maritze Trigos sugiere que ninguna víctima debe ser desdeñada, sin importar su pasado o sus acciones, pues eso es darles paso a la impunidad y al triunfo de la muerte sobre la vida y la memoria. En sus palabras: “Entonces desde lo ético hay todo un valor primero histórico (de la memoria), la historia de esa gente. Muchos están ahí en el pueblo ‘ahí es que era un drogadicto y hacerle una escultura’ y entonces empezar a instruir, ahí la muerte triunfa” (entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009).

Con el tiempo, las esculturas de barro se fueron deteriorando hasta quedar casi irreconocibles; por ello los familiares, ya sin la presencia de Adriana Lalinde ni de las mujeres de Bosa, tuvieron que reconstruirlas en cemento. Esta reconstrucción contó con la presencia de muchos jóvenes que perdieron a sus padres, hermanos y tíos cuando aún eran bebés. Yamileth Vargas, hija de Orlando Vargas, retenido junto a Agustín Lozano y los ebanistas el 2 de abril de 1990, afirma que la reparación de las esculturas fue una oportunidad para reencontrarse con su padre, reivindicar su historia y fortalecer el apremio por hacer justicia:

Rehacer las esculturas de los osarios nos ha permitido reencontrarnos con nuestros seres queridos. Volver a acariciarlos, hablarles y sentirlos, nos ha dado fortaleza, ganas de seguir luchando por nuestro derecho a la justicia, a mantener viva la memoria. Su vida se reivindica con cada escultura, y su amor y memoria viven en nuestros corazones. (Memoria Histórica, 2008: 210)

Después de hablar de las esculturas ubicadas en la segunda área del Parque, se habla de la tercera, el área de la memoria, donde se encuentra el Muro a la Sombra del Amor, construido por el escultor kurdo Hoshyar Rashied. Ese muro es un ejemplo de la forma en que el arte se transforma en un vehículo que plasma los alcances de la violencia, como sugieren Riaño y otras (2008), ya que a través de su materialidad se expresan los alcances del conflicto y se conmemoran las fechas y las víctimas. Siete placas de piedra son la herramien-

ta que han permitido mostrar al mundo la intensidad de la violencia colombiana:

[...] (los) nichos se convirtieron en 7 placas, con la memoria de 7 caso emblemáticos de Colombia, luego ya no es sólo la memoria de Trujillo. Y ahí tenemos en las placas San José de Apartadó, la Unión Patriótica, el Alto Ariari, ASFADDES, y la placa que más ha molestado ha sido la placa dedicada al memorial de América Latina, dos veces y siendo el piedra la han roto, hace sólo 5 días la rompieron. (Presentación de Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009)

Esta función del monumento como evidencia del conflicto es novedosa, ya que antes el espacio de las siete placas estaba ocupado por siete nichos, donde se ubicaron los objetos de solidaridad que personas de otros países enviaron a los familiares de Trujillo. Peluches, pancartas, objetos personales, todos convertidos en elementos simbólicos de solidaridad con las víctimas de Trujillo. En este caso el arte es un mecanismo para expresar una experiencia como afirma Tatarkiewicz (1995): la búsqueda de justicia, reconocimiento y solidaridad.

En esta área también se encuentra el mausoleo del padre Tiberio, “párroco de Trujillo, defensor de derechos humanos; el que organizó 20 cooperativas para sacar a la gente de la pobreza, el que también se hizo uno más en el pueblo de Trujillo” (presentación de Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009). Allí,

escritas en su tumba, están las palabras que el párroco pronunció en el sermón de las siete palabras una Semana Santa y que se han convertido en lema de peregrinaciones, encuentros religiosos y presentaciones públicas: “Si mi sangre contribuye para que en Trujillo amanezca y florezca la paz que tanto anhelamos, gustosamente la derramaré”. El área de la memoria también alberga la ermita del abrazo, que aún está en construcción. Finalmente, la última área es un proyecto, donde se quieren plasmar los sueños y proyectos de los familiares tras la masacre. Así lo cuenta la hermana Maritze Trigos:

Y en la última área del Parque Monumento tenemos el área de la utopía, el área de los sueños, todavía no está construido. El parque se diseñó para 20 años, ya llevamos 11 años en los que llevamos hasta ahora. En el año 98, 97. Luego esta área será para otros 10 años, pero ahí está diseñado colocar esculturas a la vida, a la paz, a la justicia, hay un puente que se llama el puente de las flautas, donde va a ser la siembra fecunda de árboles dedicados a las veredas donde fue la masacre, de jardín. Y habrá un grano de disco con los nombres de los desaparecidos de todo Colombia. (Presentación de Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009)

En síntesis, el Parque Monumento es un recorrido temporal y emocional por el pasado, presente y futuro de Trujillo; una historia narrada por sus víctimas, sus victimarios y sus sobrevivientes. Sin embargo, no todos los trujillenses

apoyan la existencia del parque. ¿Cómo justifica Afavit la importancia de su existencia y los opositores su inconformidad con el monumento?

Para los integrantes de Afavit, en ese Parque se materializa la intersección entre tres funciones que tiene la memoria a juicio de Maritze Trigos. La primera es la cultural, pues es un monumento a la identidad de las víctimas que invita al recuerdo y a la sanación. La elaboración de las esculturas fue para ellos un proceso catártico, que les permitió exteriorizar el dolor de la muerte a través de la reconstrucción de la vida. Ya lo mencionaba la hermana Maritze: “Al principio las hicimos en barro, porque el barro es curativo y fue moldeado con las lágrimas que derramaban las madres y las esposas mientras las hacían recordando a sus seres queridos” (conferencia de Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009).

El Muro a la Sombra del Amor también es una muestra de la construcción de la memoria a través del arte, pues pretende conmemorar a las víctimas de episodios de violencia en Trujillo, en otras partes del país y en Latinoamérica. Vale la pena agregar que la construcción de la memoria cultural tiene un componente ecológico para los habitantes de Trujillo, ya que se pueden aprovechar los recursos que el entorno les brinda para crear distintos elementos que evoquen a las víctimas. Un ejemplo son los dos árboles de guamo abrazados, que simbolizan la unión y la resistencia; también se usan las piedras para escribir la profesión de las víctimas y se cuidan los jardines para simbolizar el triunfo de la vida sobre la muerte. El segundo componente es el religioso, ya que el Parque Monumento es considerado por los familiares de las

víctimas como un lugar sagrado, un lugar de peregrinación donde se conmemora la vida.

Finalmente el Parque Monumento, y en particular la Galería de la Memoria, es un instrumento de construcción de memoria política para ellos, ya que facilita la denuncia y la visibilización de los hechos y de los victimarios, a través de elementos como la fotografía y el relato. En palabras de Orlando Naranjo:

La función de esta galería la he enumerado en cinco partes: una histórica, como relato de los hechos, los cuales ustedes aquí pueden observar; una política, como elemento de denuncia, de resistencia, de organización; [una] cultural, como patrimonio del pueblo, de conservación de valores y costumbres; [una] moral y religiosa, como expresión de la conciencia ética y de fe; [una] social como integración, articulación y protección de la historia vivida. (Inauguración de la Galería de la Memoria, IX Peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009)

En contraste, para las familias ajenas al proceso Afavit y para los demás trujillenses, son una inversión que no aporta un beneficio tangible a la población. En otros términos, ellos consideran que el capital empleado en la construcción del Parque Monumento y en la Galería de la Memoria debió haber sido invertido en proyectos de desarrollo económico y social. A juicio de las hermana Maritze, esta percepción es resultado de la exigua conciencia de algunos trujillenses:

[...] el pueblo como pueblo rechaza al parque monumento: eso es una pérdida de plata, mejor hubieran hecho una fábrica de zapatos, un ¿no? Cabe entender lo que eso significa porque hay que tener un poco de conciencia, porque la gente quiere resolver el problema de la función del estómago, pero no sabe que si hoy puede comer mañana vuelve a tener, es un problema permanente; en cambio esto que es muy político de denuncia, de señalar con el dedo qué pasó, eso requiere una conciencia, y por eso no aferramos al parque. Cuando estaban haciendo las esculturas se dejó porque de los cerros alrededor: van a terminar acostados, como los de ahí, y la gente se llenó de terror, y desde ese momento que ya Carmen Cecilia estaba, no dejaron solas las familias, sólo la artista, ella y yo. (Conferencia de Maritxe Trigos, 4 de agosto de 2009)

Poemas

La creación poética también ha sido un instrumento empleado por Afavit para recordar los hechos violentos, denunciar lo ocurrido, evocar a las víctimas y tramitar los procesos de duelo. En cuanto a los hechos violentos, la elaboración y la lectura de los poemas generan una experiencia estética como *poiesis*, en palabras de Jauss (2002), así como lo hace el área de los hechos ocurridos del Parque Monumentos. Al forjar en palabras los horrores de la violencia que asoló al municipio, y al verla convertida en pasado, los familiares pueden reflexionar sobre lo que ocurrió, cuestionar el temor que sentían y

tratar de convertirlo en un impulso para construir memoria histórica, para denunciar y para buscar justicia.

A juicio de Maritze Trigos, trascender el dolor a través de los poemas es otra forma de construir memoria. Este poema, después convertido en canción, fue escrito por Martha Benítez. En éste se percibe una superación del temor al contar los hechos; en palabras del Jauss (2002), una experiencia estética como *poiesis*. También es posible observar cuando afirma: “Y yo no me quise ir, aunque tenía para dónde/ Pues si uno se ha de morir entonces pa’ qué se esconde”, valores como el sacrificio y la resistencia, abanderados por la asociación desde sus inicios. Aquí la capacidad comunicativa de la violencia sugerida por Riaño y otras (2008), que es acallada por el temor, el dolor y el olvido, se manifiesta de forma abierta, pues se interseca con la capacidad comunicativa del arte, que supera el miedo y materializa los mensajes y mecanismos del conflicto:

Lo que les vengo a contar pasó po’ aquí en Trujillo
cuando mataron a cientos a bala, sierra y cuchillo
eran los años noventa y en este pueblo sencillo
una ambición desmedida de la muerte hizo un castillo.

Corrió la sangre a montones, las lágrimas no pararon
y en los que sobrevivieron, el dolor dejó su rastro
mataron al padre Tiberio, el Cristo del campesino
al río Cauca lo arrojaron, cementerio clandestino.

Se fueron varias familias y amigos del corazón
porque estaba fea la cosa por acá en esta región.

Y yo no me quise ir, aunque tenía para dónde
pues si uno se ha de morir entonces pa' qué se esconde.

Trujillo fuerte, invencible, Trujillo del corazón
Trujillo sigue adelante a pesar de aquel dolor.

Años después regresaron a repoblar la región,
los que se había marchado dejando aquí el corazón.

Ahora renace esta tierra de montañas y guaduales
de gente buena y honesta que trabaja en cafetales.

Trujillo pueblo invencible, Trujillo del corazón
Trujillo sigue adelante a pesar de aquel dolor.
(Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)

Además de facilitar la superación del temor y la reconstrucción de los hechos, los poemas se han empleado para generar una experiencia estética como catarsis, pues han permitido que los familiares, e incluso las víctimas sobrevivientes, se enfrenten a sus emociones dolorosas, las materialicen a través de la palabra, las analicen y se liberen poco a poco de ellas. El poema de Orlando Naranjo, sobreviviente de la masacre, es una materialización de todas las emociones dolorosas generadas durante la masacre y después de ésta. Desolación, tristeza, desesperanza, angustia y miedo, todas

estas emociones perturban al escritor en su instante de creación y luego lo abandonan un poco. Vale la pena mencionar que Orlando es un miembro activo de Afavit, que representa a la asociación en presentaciones públicas, y ha estado presente en los procesos de reparación psicosocial de algunos familiares de víctimas:

A Trujillo le apuñalaron el corazón (Orlando Naranjo)

Nos acostumbramos a la muerte
de una guerra sin sueño
que explota en cualquier esquina robándose los sueños
ensangrentando el sol.

Porque aquí
tristemente nos acostumbramos a todo:
al dolor ajeno Que se viste de pañuelos blancos
en el camino sin regreso
a los cementerios.

Al cielo empapado de angustia y miedo
que respiramos cada día.
el rostro cicatrizado de las viudas
e hijos huérfanos no nos dicen nada.

Porque somos ceniza inmóvil
ante la muerte que florece
en las calles y campos verdes
bajo la sombra de todos.

Este poema también es una denuncia a la aceptación pasiva de los hechos violentos, que no sólo se presenta entre los habitantes de Trujillo, sino entre todos los colombianos que ya han naturalizado a la muerte. Al afirmar “Nos acostumbramos a la muerte / de una guerra sin sueño / que explota en cualquier esquina robándose los sueños / ensangrentado el sol”, esta naturalización es evidente. Como catalizador del duelo, los poemas escritos desde el seno de Afavit muestran el interés de los familiares y acompañantes por recrear un cuerpo simbólico que supla la ausencia del cuerpo físico, en el caso de los desaparecidos. Como plantea María Eugenia Díaz (2008), ante la falta de un cuerpo, los dolientes inician su duelo a partir de lo simbólico o, en palabras de la autora, recurren a la modalidad de lo real por lo simbólico. En ésta los familiares apelan a los ritos y a la búsqueda de justicia como mecanismos alternativos que facilitan el inicio del duelo.

En Afavit, los poemas han sido empleados como complementos de los rituales religiosos, funerarios y comunitarios, que contribuyen en la recorporeización de las víctimas a través de la palabra y en la restitución de su vida en la memoria. Al devolver la integridad simbólica de los cuerpos de las víctimas o al reelaborarlos en el caso de los desaparecidos, los dolientes empiezan a asimilar lo que les ocurrió y a tratar de desprenderse de su ser querido, en palabras de Díaz (2008), de su objeto amado. Tras las exhumaciones, la hermana Maritze Trigos invitó a todos los familiares de víctimas para que escribieran un poema sobre la experiencia y sobre su víctima. Según ella, la escritura es un ejercicio terapéutico que hace

más fácil lidiar con el dolor, liberar el sufrimiento y aceptar la pérdida.

En el poema *Excavando la tierra, buscando raíces*, la hermana muestra cómo fue su experiencia. Para Maritze “mi experiencia más dolorosa” (presentación de Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009). Además, trata de representar simbólicamente a aquellos que pudieron ser recuperados, primero como semillas, como simientes de amor; luego como huesos secos que hablan de dolor. Esos huesos hechos palabra son una representación simbólica de la agonía experimentada en el cuerpo, y por ello generan una experiencia catártica, que lleva al lector a enfrentar sus sentimientos más dolorosos y tratar de liberarlos: desde Afavit esta experiencia se ha dado de forma individual y colectiva, a través de la escritura, la lectura, el compartir colectivo de los poemas y su recitación en rituales religiosos:

Las picas, las palas golpean la tierra
excavan profundo, exploran el suelo.
Hay manos que buscan los cuerpos perdidos,
como agricultores buscan las raíces,
raíces de vida, cuerpos mutilados.

Triny, Cecilia, Ludivia, María de Cano
esperan perplejas raíces de sus vientres.
Es semilla hijo, es semilla esposo,
es muerte semilla, es semilla amor.

Son los huesos secos que hablan de tortura
son huesos humanos que hablan de dolor,
sólo la caricia llena de ternura
trasciende la muerte, recupera vida.

Es la fe en un Dios que habla en infinito,
es memoria, es resurrección, son restos mortales,
semilla hijo, semilla madre, semilla esposo,
son raíces humanas que piden hoy justicia. (Maritze Trigos)

Por otro lado, en la mayoría de los casos, con esa reconstrucción simbólica de la víctima los familiares no sólo buscan evocar el instante de su muerte, el estado de su cuerpo cuando fue hallado o su ausencia en el caso de los desaparecidos; buscan recordarlos en vida, devolverles simbólicamente esa vida arrebatada por la fuerza brutal, como sugiere el siguiente poema de Maritze Trigos. Para Afavit recordar a la víctima viva es perpetuar su historia, y construir memoria histórica es devolverles lo que abruptamente les fue arrebatado. En el poema a los desaparecidos, la hermana Maritze Trigos trata de mostrar que la vida siempre superará a la muerte, sin importar la forma en que se haya presentado. Aunque las víctimas hayan sido silenciadas, sus voces retumbarán en la memoria colectiva de quienes los amaron, y por eso nunca perecerán. Y así como lo sugería Yamileth Vargas, las víctimas se convierten en un impulso de la lucha por la verdad, en un reducto de justicia que los anima a seguir resistiendo y denunciando:

Desaparecidos por esa fuerza brutal
desaparecidos por la violencia estatal
desaparecidos por el terror militar.

Ellas y ellos permanecen siempre vivos.
Rescatados en la memoria colectiva
voces y proyectos de dinamismo activo
gritos y cantos de sus huellas imborrables
afectos y ternuras plenos de esperanza.

Rostros que hablan, que escriben nueva historia
desaparecidos que hoy se unen en forma organizada
vivos siempre vivos convertidos en reductos de justicia
vivos siempre vivos en luchas solidarias.

De madres, de hijos, de esposas, de hermanos, de hijas,
de nietos
en búsqueda incansable con luces encendidas
desaparecidos siempre vivos
vivientes en la historia. (Presentación de Maritze Trigos,
Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de sep-
tiembre de 2009)

En el poema al Parque Monumento también se materializan todos los valores abanderados por Afavit: el primero es la resurrección simbólica de las víctimas, que relega las agonías del cuerpo y se eleva como símbolos de memoria, resistencia

y proyectos postergados. El segundo es la resistencia y la denuncia, denuncia subversiva en palabras de Maritze Trigos:

Parque Monumento dignidad de vida

¿Es lugar de muertos o de vivos? Se preguntan asombrados
de los muertos hay siembra de raíces, símbolo de memoria
de los muertos nacen flores, expresión de resistencia
de los muertos salen rostros que hablan de proyectos.

Es la vida que trascienda más allá de la muerte
es el Parque Monumento, reparación, dignidad
es espacio de justicia, lucha contra la impunidad
no es lugar de muertos, es lugar de vivos gritando libertad.

Los muertos aparecen vivos en cuerpos esculpidos
son los huesos secos que se unen en grito de justicia
los muertos se levantan, nos miran y nos hablan
la siembra de semilla convertida en esperanza.

No es lugar de muertos
es jardín de vivos olor a resistencia
es memoria histórica, denuncia subversiva
es duelo doloroso de llanto y sufrimiento
Es sueño y utopía de nueva sociedad. (Presentación de Ma-
ritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación,
25 de septiembre de 2009)

Pinturas, dibujos, fotografías y otros objetos

Las pinturas, los dibujos, las fotografías y otros objetos también han facilitado los procesos de memoria individual y colectiva, de conmemoración y de duelo. En el ámbito de la memoria, desde la resistencia y la denuncia, tras la llegada de Stella Guerra y Carlos Ulloa, Afavit ha tratado de plasmar en lienzo o en papel los horrores de la violencia que asoló al municipio de Trujillo entre 1986 y 1994. Estas representaciones tienen dos intenciones para la asociación: en primer lugar, es el acercamiento a los hechos violentos o, en términos de Jauss (2002), una experiencia estética como *poiesis*, que haga del dolor, el horror y el sufrimiento una materia “plástica” para el creador y soportable para el observador. En segundo lugar, cuando todo el potencial comunicativo de la violencia es materializado a través de la imagen, tal violencia se hace un poco más manejable y entendible, ya que puede mirarse desde afuera, plasmada y casi inerte. Esta visibilización mediante la imagen también se convierte en un registro de la memoria, a disposición de todo aquel que quiera observarla. Este registro evita que los hechos violentos de Trujillo se pierdan en el olvido. Las representaciones pictóricas son un instrumento de denuncia, que materializan los alcances de la sevicia en Trujillo y el apremio por evitar que queden en la impunidad.

Las pinturas de Orlando Naranjo, sobreviviente de la masacre, son una muestra de la preocupación de Afavit por visibilizar el horror de la violencia que azotó a su municipio. Estos cuadros, que son una reproducción de dos obras de Goya, funcionan como herramientas comunicativas, que narran en imágenes los mecanismos de tortura y asesinato. También sirven para consolidar la memoria histórica pues, como ya se dijo, muestran qué ocurrió en el municipio. Finalmente, son una herramienta de denuncia, porque implícitamente tratan de expresar que son hechos de no deben repetirse ni olvidarse. Así explica la hermana Maritze los cuadros de Naranjo: “aquí tienen una réplica del cuadro de Goya y un artista, víctima, que está vivo de milagro, se lo dedicó a Trujillo, en memoria de las víctimas [...] lo que hicieron con las víctimas, de amarrarlos, de destrozarlos” (presentación Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009).

Las fotografías de Jesús Abad Colorado y los dibujos de adultos y niños también cumplen las mismas funciones que las pinturas. Por ejemplo, la siguiente foto de Chucho Abad muestra el estado de los archivos de Trujillo, como una evidencia de la impunidad y el olvido al que el caso ha estado sometido. Esta fotografía es una denuncia a la inoperancia del sistema penal colombiano y a la amnesia histórica que caracteriza a muchos colombianos.

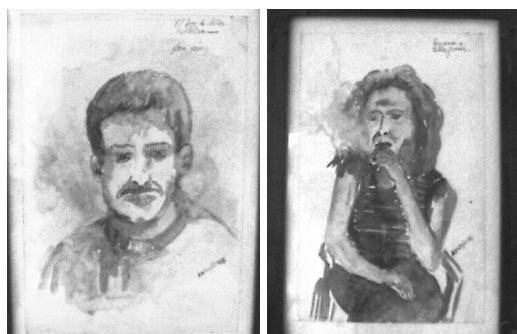


Fotografía de Jesús Abad Colorado

Del mismo modo, los dibujos de niños y adultos, realizados en el libro de la vida del padre Tiberio son un recordatorio de los hechos violentos de Trujillo, debido a que representan los mecanismos empleados por los victimarios para manejar, o en el caso del siguiente dibujo, ocultar los restos fragmentados. A juicio de la hermana Maritze, este tipo de dibujos facilita la tramitación de los procesos de duelo, ya que como catarsis favorecen el encuentro doloroso con los hechos. Tal encuentro enfrenta al observador y al creador con sus propios sentimientos de tristeza y lo invita a expresarlos de distintas formas. Como *poiesis* y como catarsis, esas representaciones pictóricas son una vía de asimilación del horror y de emancipación del dolor. La hermana Maritze Trigos describe así los dibujos elaborados por los niños: “Ustedes ven ahí dibujos de los niños, porque a los niños también se les iba transmitiendo esta memoria. Ven el río Cauca, dibujo

doloroso de lo que ayudaba a hacer el duelo, a sanar” (presentación de Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009).

Por último, con las creaciones pictóricas se han reivindicado las historias de las víctimas y mostrar un poco de su vida. Las acuarelas realizadas por Javier Naranjo evidencian eso, pues con ellas quiere plasmar a las víctimas con vida, quiere mostrar sus rasgos, gustos y características. También sirven para recorporeizar a las víctimas, en el caso de haber desaparecido, o para devolverles simbólicamente la integridad física tras las mutilaciones. Así como las esculturas, los cuadros son un espejo a otra realidad plástica, donde los familiares que ya no están físicamente reviven en oleos, colores y acuarelas, con un cuerpo renovado, ajeno al dolor de la muerte violenta. La imagen del hombre es del trujillense Jhon Jairo Pineda y la de la mujer es de Stella Guerra, que aunque no murió en la masacre, es homenajeada y recordada por su trabajo de construcción de la memoria histórica.



Pinturas de Javier Naranjo

Finalmente, los dibujos que plasman la vida del municipio antes de la masacre, realizados por los niños de Trujillo en el libro de la vida del padre Tiberio, pueden concebirse como un intento de reconstruir la historia fragmentada por los hechos violentos. Daniel Pécaut sugiere (2003) que tras episodios de violencia, la memoria de los familiares se estanca en los hechos trágicos y relega todo tipo de conexión con el pasado o el futuro. En otras palabras, la violencia fracciona la historia y la vida de quien la protagoniza. Estas imágenes también se pueden interpretar como un anhelo de retornar a momentos más tranquilos y felices, momentos que sólo reposan en la memoria.

Otros objetos y construcciones, como las bancas de madera ubicadas en la Galería de la Memoria, los restos de las pancartas enviadas desde Europa para el Muro a la Sombra del Amor o el Monumento a la Corrupción cumplen dos funciones para Afavit. La primera es la *vehiculización* del recuerdo de las víctimas y de los hechos ocurridos, ya que como afirman Riaño y otras (2008) los objetos tienen un potencial asociativo que evoca sensaciones concretas al observador o a aquel que los guarda; son un objeto puente, que vincula al sujeto que lo atesora, con el pasado que alberga y con el mundo sensorial. El trozo de pancarta con impactos de bala guardado en la Galería de la Memoria es un ejemplo de objeto puente, porque vincula al observador y a los propios trujillenses que vivieron la masacre, con los hechos en sí mismos, en este caso el atentado contra el Muro a la Sombra del Amor.

Los banquitos en madera, que recogen los nombres de las víctimas por familia y por profesión, son un medio de construcción de la memoria tanto de los sucesos como de los agentes victimizados, ya que son fruto del reconocimiento y de la sistematización de lo sucedido. En otras palabras, son el resultado de un proceso de investigación sobre los hechos violentos de Trujillo. En palabras de Maritze Trigos: “Si ustedes vieran los banquitos, ¿vieron los banquitos? Recogen la familia, todo ese ha sido un trabajo de sistematización, de recogerlos por oficio, de recogerlos por familia, de recogerlos por género; había cinco bancos sólo dedicados a mujeres, sólo mujeres. Nos toca de ir recogiendo y de reconocer” (entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009).

El Monumento a la Corrupción no es una construcción elaborada deliberadamente por los miembros de Afavit. Son los restos inconclusos de la urbanización que, en apariencia, se iba a construir con los 8.000 millones de indemnización que el Estado otorgó a Trujillo; pero los fondos fueron perdiéndose entre manos sin rostro y acciones administrativas, y la construcción nunca fue concluida. Para los miembros de Afavit y para los trujillenses en general este monumento es un mecanismo de denuncia que visibiliza la corrupción de los gobernantes y burócratas colombianos, que siempre quieren sacar provecho de cualquier proyecto que implique ceros a la derecha. En su informe sobre la masacre, la Comisión de Investigación de los Sucesos Violentos de Trujillo planteó recomendaciones vinculadas con la reparación simbólica y la indemnización económica a los familiares de las víctimas.

Para dar cumplimiento a estas recomendaciones, el Estado aportó 8.000 millones que, a juicio de Maritze Trigos, fueron robados. El caso del proyecto de vivienda lo muestra:

Con el plan de inversión social el Estado desembolsó 8.000 millones de pesos, que casi todos se los robaron, entonces otra injuria más contra Trujillo [...] lo único que quedó fue lo que es la pavimentación a Venecia, que fue muy utilizado, pavimentación a La Sonora, la construcción en el hospital del área de urgencias, una construcción aparte y algunos implementos de pequeñas cirugías ¿no? Lo de vivienda, no tuvieron tiempo de ir a ver el monumento a la corrupción, horrible. En un terreno cenagoso, ahí también el alcalde cogió plata, un terreno que no era para vivienda, y en vez de [...] no hicieron las bases porque los albañiles hablaron y denunciaron, mire el peligro, y en vez de columnas de cemento, bases de metal que ahora están al descubierto como esos de cama metálica, y entre palo y palo, alambres, sacos de fique y un poquito de cemento [...] Mucho se robó, en ese momento era mucha plata 6 millones de pesos hace 12 años [...] decían los albañiles, eso sólo nos dieron 2 millones, huyó el interventor, a los albañiles les quedaron debiendo cuatro meses... gente pobre. Fueron 3 proyectos de vivienda, 2 salieron adelante [...] el del parque [...] y bueno esa ha sido también mi lucha. (Entrevista a Maritze Trigos, 4 de agosto de 2009)



Monumento a la Corrupción

Peregrinaciones

Las peregrinaciones son otro mecanismo que materializa todos los objetivos de Afavit, entre ellos la construcción de memoria, la reivindicación de las víctimas y la denuncia por los hechos y la impunidad que ha envuelto el caso. La hermana Maritze Trigos sugiere que la peregrinación hace parte de una memoria convocante, que congrega a todos los caminantes en torno al reconocimiento de los hechos violentos y la búsqueda de reparación integral. Vinculada a esta memoria convocante se encuentra la memoria política como arma de denuncia, y la religiosa, como misión pastoral adquirida por las hermanas dominicas de la presentación y la Comisión Interclerical con los familiares. En síntesis: “Luego hay otra memoria, la memoria convocante que camina, y

son las peregrinaciones con carácter religioso y político que conmemora” (presentación de Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009).

Dentro de la construcción de memoria, también se incluye la reivindicación y el homenaje a todas las víctimas asesinadas y desaparecidas en la masacre de Trujillo, ya que las peregrinaciones son una celebración a la vida de los que ya no están. Por esta razón, desde su inicio se recitan frases, poemas y canciones que los mencionan. Desde Afavit, las víctimas son recordadas según sus oficios y su importancia en la historia del pueblo. La peregrinación es un instrumento de resistencia para la asociación, debido a ello durante su desarrollo los participantes expresan constantemente frases que hacen notorio el compromiso con la justicia y la superación del temor.



Peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009

Esto es evidente en la marcha del 18 de julio, donde no sólo se recuerda a las víctimas desde sus quehaceres o a los mártires de la masacre; también se incentiva a la comunidad a seguir luchando contra la impunidad y a vencer el miedo a represalias. La canción “Buenas nuevas” (peregrinación a Trujillo, 18 de julio de 2009), con la que se dio apertura a la caminata hacia el Parque Monumento desde la Iglesia del Perpetuo Socorro alberga un mensaje esperanzador, que invita a los trujillenses a vencer el miedo y a tener esperanzas en un mejor futuro, en el que los victimarios serán castigados:

Caerán los que oprimían
la esperanza de mi pueblo
Caerán los que corrían
su pan sin haber sudado.
Caerán con la violencia
que ellos mismos han buscado
y se alzaré mi pueblo
como el sol sobre el sembrado.

Ya no estés más encorvado
tu dolor se ha terminado.
mucho tiempo has esperado,
tu momento ya ha llegado.
En tu seno, pueblo mío,
hay un Dios que se ha escondido
y con fuerza ha levantado
tu rostro adormecido.

*¡Buenas nuevas!
Buenas nuevas pa' mi pueblo;
el que quiera oír que oiga
y el que quiera ver que vea.
Lo que está pasando
en medio de un pueblo
que empieza a despertar
lo que está pasando
en medio de un pueblo
que empieza a caminar.*

Un nuevo día amanece
y los campos reverdecen
hombres nuevos aparecen
de una nueva tierra crecen.
Y sus voces con sus truenos
van rompiendo los silencios
y en sus cantos con aliento
hay un Dios que va contento.

Podemos cambiar la historia,
caminar a la victoria,
podemos crear el futuro
y romper todos los muros.
Si unimos nuestras manos,
si nos vemos como hermanos,
lograremos lo imposible,
ser un pueblo de hombres libres.

Las expresiones de resistencia y la evocación de las víctimas se materializan en expresiones como “La sangre de mártires, semilla de esperanza” y la frase del padre Tiberio: “Si mi sangre contribuye para que en Trujillo florezca la paz tan anhelada, gustosamente la derramaré”, que se repiten a lo largo de toda la caminata. Estas fueron las palabras proferidas por la hermana Maritze Trigos durante la peregrinación del 18 de julio:

La sangre de mártires, semilla de esperanza. Y agradeciendo a todas las delegaciones recitamos la consigna: Contra la impunidad, Trujillo clama justicia, contra la impunidad Colombia clama justicia, contra la impunidad Colombia clama justicia. Matan al caminante pero no al camino, matan al caminante pero no al camino. Vamos ya a ingresar a nuestro Parque Monumento a la vida, el Parque Monumento que no es lugar de muertos, es lugar de vivos, porque creemos en la resurrección, porque nuestras víctimas siguen vivos, vivas en el pueblo. Por eso hoy hacemos esta caminata para poder decirle a toda Colombia que no más impunidad, exigimos justicia al Estado colombiano. Vamos entrando al auditorio Memoria, Palabra y Vida. Si mi sangre contribuye para que en Trujillo florezca la paz tan anhelada, gustosamente la derramaré.



Pancarta

El uso de fotografías y de pancartas también integra estas expresiones. Ambos contienen un lenguaje simbólico que expresa todos los valores pregonados por Afavit. En una de las pancartas, cada color del arco iris representa una virtud o un elemento que alude a las víctimas. La hermana Maritze Trigos lo explica así:

Entonces también hay que empezar a trabajar ese lenguaje simbólico. También está la bandera que se lleva a todas las peregrinaciones con un logotipo y sus colores tienen significado. Entonces mire que los colores fueron contruidos con ellos, no fueron impuestos, eso requirió un trabajo comunitario ¿sí? Que el negro es la tierra, la identidad, lo que somos; que el blanco en la autonomía, la dignidad que

no podemos perder y por eso luchamos; que el rojo es la sangre de los mártires; el amarillo mire empieza el proceso, es esclarecer la verdad, es la luz, lo primero que se hizo, esclarecer hechos; el azul es la exigencia de justicia tan grande como el cielo, tan inmenso como el mar, exigencia que es irrenunciable [...] El verde, la esperanza, el campo el verdor, lo que uno tiene que mantener para no desesperar, la esperanza que uno la alimenta y eso es muy cristiano, y desde la fe ¿no? Y desde lo religioso se alimenta mucho; y el morado es lo organizativo, lo comunitario. (Entrevista 4 de agosto de 2009)

Las movilizaciones son una estrategia sólo apoyada por Afavit, porque la mayoría de los trujillenses las conciben como iniciativas subversivas y prefieren evitarlas, para no vivir en carne propia lo que le ocurrió a las víctimas años atrás. Estas personas no han participado en los procesos simbólicos y de construcción de memoria de Afavit, quizá por ello no han sido objeto de las experiencias estéticas como *poiesis* y como catarsis que les permitan enfrentarse a los hechos violentos, hacer cara a su temor y exteriorizar las emociones dolorosas reprimidas desde la masacre.

Se podría pensar que el encuentro con los objetos, las palabras y los actos relacionados con la masacre es una vía de sensibilización, que facilitan la apropiación de los hechos y la relegación de los prejuicios y temores relacionados con ellos. Un miembro de Afavit relata en el siguiente testimonio el miedo de algunos trujillenses a participar en iniciativas como

las peregrinaciones: “A veces las personas sienten miedo de acercarse a cosas de la peregrinación, porque se ha manejado el mito de que las personas que marchan son subversivas y que las personas que participan en la peregrinación también son subversivas. Por eso la gente se abstiene de participar en las diferentes actividades que se organizan, pero hay algunas personas que acompañan” (Memoria Histórica, 2008: 208).

En resumen, para Afavit los medios expresivos son un instrumento de apoyo que facilita a los familiares el encuentro y la asimilación de los hechos violentos; la construcción de la memoria histórica e individual, la denuncia ante la impunidad, la materialización de valores como la resistencia, la esperanza y el sacrificio, y la tramitación del duelo. Monumentos, pinturas, dibujos, fotografías, poemas, canciones, todos son instrumentos de conocimiento, de memoria y de catarsis; muchos son objetos puentes en términos de Pilar Riaño y otras (2008), que permite reconstruir el vínculo entre los dolientes, los hechos y la historia de las víctimas. Ulbery Fernández, esposa de Eduar García (víctima de la masacre), sintetiza así la función de los medios expresivos en la construcción de la memoria:

Somos Afavit una familia unida con muchas ganas de luchar por la justicia, por la paz y el honor de nuestros seres queridos; no hay palabras para demostrar lo lindo que es recordar en nuestros corazones a seres tan especiales y valiosos para nuestras vidas. Con cada foto, con cada escultura, con los ritos religiosos, con las peregrinaciones, con

los poemas, con las canciones, es la expresión y sentido de pertenencia por la memoria. Por el padre Tiberio, por las demás víctimas que en un tiempo las personas han tratado de olvidar. Pero con nuestra memoria los hacemos presentes y ha vuelto a nacer la luz, ha vuelto a nacer la esperanza para todos y cada una de nuestras familias. (Presentación de Maritze Trigos, Cátedra Museo, Memoria y Reconciliación, 25 de septiembre de 2009)

Representaciones construidas desde las alternativas individuales de familiares de las víctimas de Trujillo. El caso de Lucía Pérez: poemas, cuentos y canciones

Existen familiares que se han alejado del proceso Afavit o nunca ha pertenecido a él. Algunos se encuentran alejados del casco urbano y no pueden ser partícipes de los talleres allí celebrados, otros no tienen ningún interés en hacerlo y sólo quieren olvidar lo que les ocurrió, y otros simplemente no comparten sus formas de proceder. El último es el caso de Lucía Pérez, que aunque pertenece a Afavit, ha querido alejarse para iniciar un proceso particular de construcción de memoria, de duelo y de denuncia con el que desea reivindicar la historia de sus familiares asesinados, es decir, la historia de su padre, sus tres hermanos y el padre de su hijo. En todas las creaciones artísticas de Lucía, que incluyen poemas, cuen-

tos, canciones y videos, es posible observar dos situaciones fundamentales.

El primero es un proceso catártico, que testimonia el encuentro doloroso con las emociones generadas por la muerte de sus seres amados, un encuentro que desemboca en la liberación del odio, la tristeza, la rabia y la impotencia. En el poema *El recuerdo* dedicado a su padre, se observa el choque entre dos emociones, que han sido manejadas desde Afavit con los talleres de la memoria: la tristeza y el odio. En su escrito, la autora afirma que el odio ha sido mitigado a través de la resistencia y la lucha por los ideales, dos valores transmitidos por su padre. La resistencia es precisamente el otro pilar de su creación, que ha sido robustecido con la denuncia y la búsqueda de justicia. Por eso concluye que combate la impunidad con el arma más poderosa: la educación, pues es maestra:

El recuerdo viaja a través del tiempo,
a veces perdura o se esconde en lo más
profundo del alma, es un fantasma hiriente
a veces atrae las alegrías y momentos gratos
de nuestras vidas, evoca momentos que hicieron.
No torcerse en el camino, lo que hizo no empuñar
un arma y salir a matar.

El recuerdo de nuestros seres queridos, amigos y
pobladores hace que valoremos la vida hasta la eternidad.
Mi corazón sangra por mi bella y amada Colombia;
al recordar mi pueblo ese pedacito de mi, donde crecí

creyendo ser el genio que cambiaría el mundo, hasta
el día que en que un arma cambio el rumbo que
tomaría mi vida.

Unos hombres desalmados le quitaron la vida
a mi padre y sentí que el mundo
se derrumbaba a mis pies.
Odie a todos, quise empuñar un arma;
desquitar lo que me habían arrebatado, pero
fui fuerte, no lo hice, después el destino se ensañaba
y uno a uno cayeron tres de mis hermanos
bajo la lluvia de las balas, de esas
que hoy inundan a mi Colombia.

Sólo el recuerdo tierno dulce y sereno de aquel campesino;
borró las marcas gruesas de esas muertes violentas,
un día mientras mi corazón sangraba y
mis ojos se marchitaban; por el llanto.
Recordé las palabras de aquel campesino,
“no pierdas las esperanzas, lucha día a día con tus ideas
aunque tu corazón sangre”.

Ese era mi padre, hoy doy gracias a Dios;
combato La violencia; con el arma más poderosa...“Soy
una maestra”. (Pérez, 2009: *El recuerdo*)

Además del proceso catártico impulsado por la creación
y encuentro con los medios expresivos relacionados con la
masacre de Trujillo, el poema y las demás expresiones de

Lucía evidencian la superación del temor a la muerte y a las represalias de los victimarios, generada por el apremio de hacer justicia. Para ella, la memoria de los buenos momentos junto a sus seres queridos se ha convertido en el impulso de su lucha, que no puede detenerse ante la muerte, pues aunque haya transitado a sus alrededores, no ha llegado a su puerta: “El recuerdo juega un papel importante en cada una de las palabras escritas y trato de hacer una travesía por los momentos más difíciles de mi vida. Trato de hacer un juego escalofriante entre la muerte, que es demasiado lenta, y una vida rápida donde no nos queda el camino sino que seguir viviendo” (presentación de Lucía Pérez, Foro Universidad Distrital, 20 de agosto de 2009).

El uso de la violencia como recurso comunicativo del que hablan Riaño y otras (2008) es claro en el caso de Lucía, ya que para ella es necesario mostrar sin tapujos los alcances de la masacre. Sólo así se puede generar una conciencia de la sevicia y del ensañamiento, que azuce el interés del lector por vincularse en la búsqueda de justicia y en la lucha contra la impunidad. En sus videos no teme mostrar cuerpos fragmentados, ni teme hablar de los mecanismos de exterminio empleados. En su cuento *Ilusión desencantada*, Lucía recurre a toda la acritud de la violencia ejercida sobre los cuerpos de las víctimas, con el fin de despertar la sensibilidad y la empatía del lector, y así vincularlo con los hechos trágicos de su vida y con sus propias emociones. En este fragmento relata la manera en que sus compañeros y amigos fueron silenciados tras una marcha campesina, detallando

los mecanismos empleados por los victimarios para vulnerar sus cuerpos:

En uno de esos días que el campo reclama con una de las protestas campesinas que manan en Colombia, decide acompañarlos en las manifestaciones; pero sin contar con las balas que atropellan y asesinan después de la marcha se sorprende nuevamente con la muerte de sus mejores amigos y conocidos. De nuevo el destino la emprende contra ella y sus amigos desaparecen y luego decenas que flotan por el río Cauca, mutilados, torturados, decapitados y castrados. ¿Cómo se puede hacer semejante infamia a un ser humano con motosierra? Muchas almas reposan en las oscuras aguas del río Cauca, que se pintan en sangre y luego flotan para reclamar justicia. A otros abarrotan con elementos inertes para impedir que reclamen, una tortura vil y despiadada como es la que circunda nuestro país. Pero son pocos los que se recuerdan después de esa cruel matanza. Tiberio Fernández Mafla es uno de ellos, este sacerdote es un mártir que como Cristo llevó a las comunidades la esperanza de un país que merece volver a sonreír. (Pérez, 2009: *Ilusión desencantada*)

En sus presentaciones en espacio públicos, que también son una estrategia de denuncia para Lucía, siempre trata de manifestar lo que para ella es un abuso del dolor y de la tragedia de las víctimas: la presencia de investigadores y otros agentes ajenos al caso Trujillo, que se atreven a hablar de él

sin conocerlo en realidad. Plantea que las únicas voces autorizadas para hablar de la masacre son los familiares, pues sólo ellos conocen la verdad y los sentimientos generados por lo sucedido. En la siguiente denuncia sugiere que algunas personas se atrevieron a afirmar y a publicar con “otras palabras bonitas” que las víctimas quizá buscaron lo que les ocurrió por ser guerrilleras:

Después de la matanza de Trujillo en el mes de septiembre se realiza un argumento, con el argumento de decir que fuimos asesinados y fuimos masacrados por pensar diferente, pero con otras bonitas palabras, son auxiliares del ELN o porque son de la izquierda. Entonces los victimarios hoy descansan después de la lucha de dos décadas cuando en el mismo mes de septiembre (se cogieron 60 personas por esta masacre, les presentan [...] hoy han salido porque las instituciones que son garante de los derechos humanos en este país, los dejan libres, pero no por falta de pruebas amigos), por omisión, porque se llenan de artilugios para dejarlos libres. [...] Hoy la voz de ellos (de las víctimas) está aquí y estuvo también en el pasado foro regional con un video que se llama Despierta Colombia. (Presentación de Lucía Pérez, Foro Universidad Distrital, 20 de agosto de 2009)

Sin entrar a discutir la veracidad de esta percepción, sólo se puede concluir que para ella las únicas voces autorizadas para hablar de la masacre de Trujillo son sus víctimas. Y como muchas no pueden o temen hablar, Lucía quiere convertirse

en su representante. Las canciones son para ella otro medio de denuncia y de construcción de memoria, por eso se ha dedicado a componer para expresar lo que ocurrió en su pueblo, lo que le ocurrió a su familia y lo que le sigue ocurriendo a miles de personas que aunque no fueron asesinadas, fueron desalojadas de sus tierras.

La importancia atribuida a la evocación de las víctimas indirectas, como desplazados y familiares alejados del proceso Afavit, es otra característica del trabajo de Lucía, ya que para ella no sólo son víctimas los que fueron asesinados, torturados, desaparecidos y fragmentados. Todos aquellos a quienes se les arrebató la paz y el hogar también lo son, entonces deben ser recordados y escuchados. En la siguiente canción, escrita por Cielo y cantada por su hijo, denuncia la terrible situación de los desplazados, que ante la violencia deben alejarse de todo lo que aman y conocen, para sumirse en un entorno hostil y desconocido:

Nos echan, no podemos vivir tranquilos
Parecemos inquilinos de nuestras propias tierras
¡Carajo, carajo!

Cada día es más difícil
No piensen que es pereza
acabar con la maleza
La gente del campo tiene mucho más aguante
que el que tiene un elefante.

Pierden la libertad hasta de pensar
la libertad y luego
cómo vuelve a empezar.
No podemos vivir tranquilos,
parecemos inquilinos de nuestras propias tierras
carajo, carajo.

Cada día es más difícil
No piensen que es pereza
acabar con la maleza
La gente del campo tiene mucho más aguante
que el que tiene un elefante.

Eso es lo que pasa con los campesinos,
indígenas y campesinos que desplazan.
Campesinos que no pierden la cosecha
hombres avaros las acechan.

Mira al campesino
cada día es más difícil
No piensen que es pereza
acabar con la maleza
La gente del campo tiene mucho más aguante
que el que tiene un elefante. (Pérez, 2008: *Desplazados*)

A diferencia del monumento y las peregrinación, iniciativas claramente cuestionadas por los familiares de víctimas que no pertenecen a Afavit, la pintura, los dibujos y las canciones son mecanismos compartidos por todos los familiares

de víctimas, debido a que se encuentran a su disposición, sin ningún tipo de restricción económica, no son blanco directo de las represalias de los victimarios como ocurre con el Parque Monumento a la Vida y no requieren la cooperación de agentes externos. Los familiares de víctimas ajenos a Afavit no cuentan con recursos económicos suficientes para invertir en su proceso de reparación psicosocial, y por eso consideran que el dinero empleado en la construcción del Parque debió haber sido destinado al mejoramiento de las condiciones de vida de los trujillenses. Pese a que Afavit tampoco cuenta con los recursos económicos, ha cimentado sus acciones en la necesidad de hacer memoria y conmemorar simbólicamente a las víctimas, sin importar los esfuerzos que se debe hacer para conseguirlo.

Por otro lado, estos familiares se sienten desprotegidos y aún son objetivo de represalias por parte de los victimarios; debido a esto prefieren no ser partícipes de las iniciativas que involucran al Parque y a las movilizaciones. Afavit ya goza de cierta legitimidad nacional e internacional, y tal situación, junto a la presencia de Maritze Trigos, ha mitigado un poco el temor a la venganza de los agresores. Pese a esas distinciones, los objetivos de todos los familiares de las víctimas son compartidos sin importar los procesos que lleven; dichos objetivos son la denuncia de los hechos violentos y de la impunidad que los vela, la tramitación de los procesos de duelo y de representación simbólica de los hechos, la conmemoración de las víctimas y la visibilización del caso en el país y en el mundo.

Afavit atribuye más importancia a la evocación de la memoria de las víctimas en colectivo, es decir, agrupadas de acuerdo con sus oficios; al recuerdo de los mártires de la masacre y a la reconstrucción de los hechos violentos, sin omitir detalles de las muertes y las manipulaciones del cuerpo. En contraste, los familiares de víctimas ajenos a este proceso prefieren relegar las particularidades de la muerte y emplear al arte como una herramienta para conmemorar y reivindicar la memoria de su ser querido en vida. También conceden mayor importancia a la historia de su ser querido en particular, que a la reconstrucción de la memoria de las víctimas desde colectividades. En general, las expresiones artísticas y las movilizaciones se han alimentado y, a la vez, representan la evidencia física marcada en los cuerpos y en los procesos de reconstrucción de la memoria histórica y de la vida de las víctimas. Esto facilita la tramitación del duelo y la visibilización de los hechos violentos ocurridos en Trujillo entre 1986 y 1994.

Aunque son herramientas necesarias en los procesos simbólicos de denuncia y reparación, son insuficientes, pues la reparación¹ integral involucra la no repetición de los hechos violentos y la subsanación de los daños causados por ellos; sin embargo, en Trujillo los procesos de reparación aún no

¹ De acuerdo con el Centro Internacional para la Justicia Transicional (2009): “La reparación, puede entenderse como el conjunto de medidas adoptadas para intentar resarcir los daños que sufren como consecuencia directa de los distintos crímenes. Pero en contextos donde se busca hacer justicia a las víctimas de violaciones masivas y sistemáticas a los derechos humanos y al derecho humanitario la reparación puede además expresar el reconocimiento a quienes han sufrido violaciones a sus derechos”.

se han dado a cabalidad y se han visto entorpecidos por la presencia latente de la violencia. Se podría pensar que para los familiares de víctimas de Trujillo, el arte es una herramienta que les permite evadir u ocultar por momentos, la situación particular de sus vidas, generalmente veladas por la impunidad, el olvido estatal, la pobreza y la fragmentación del tejido familiar tras la muerte del ser querido.

Conclusiones

En este trabajo se ha tratado de dilucidar la forma como los familiares de víctimas de Trujillo vinculados a la Asociación de Familiares de Víctimas de Trujillo (Afavit), una asociación surgida en 1995 con el apoyo de la Comisión Interclerical de Justicia y Paz, y otros familiares ajenos a su proceso han construido nociones de cuerpo y memoria para movilizar sus procesos de reconstrucción de los hechos y duelo tras la masacre de 1986-1994. Después de hacer un recorrido a través de dolor y el renacer de estos familiares, es posible observar que estos procesos no sólo están permeados por el recuerdo de los crímenes, los victimarios y las víctimas; al contrario, es una urdimbre de diversos elementos, símbolos y lenguajes que sirven a los familiares y a sus acompañantes como instrumentos de denuncia, de reivindicación de las víctimas y de duelo. Entre ellos se encuentran los cuerpos y su ausencia como evidencia física de los hechos, los testimonios, los espacios, las fechas, los objetos, el arte y las movilizaciones como medio de representación. Las siguientes conclusiones están organizadas de acuerdo con estos instrumentos que sirvieron en el desarrollo de los procesos de memoria y duelo de los familiares de víctimas de Trujillo.

No existen diferencias radicales entre los procesos de reconstrucción de los hechos desde Afavit y desde las experiencia de familiares ajenas a su proceso, ya que ambos dan importancia a los espacios geográficos como puntos de referencia de los hechos, a las acciones de los victimarios, al vínculo con la víctima, al pasado familiar y a su vida después de la masacre. Sin embargo, los familiares alejados de Afavit no han sido partícipes de los talleres de memoria, superación de miedo y duelo colectivo que se han desarrollado desde la asociación. Quizá por esta razón la mayoría de sus relatos aún manifiestan el temor y el presentismo del que hablaba Pécaut (2003), al hacer referencia de la memoria en tiempos de conflicto. Es decir, los testimonios de estos familiares ajenos a Afavit muestran el hecho inmediato en el que su ser querido fue asesinado o desaparecido, y no lo vinculan con el contexto macrosocial que llevó a la masacre. Algunos de estos familiares son conscientes de la necesidad de hacer memoria para evitar el olvido y la repetición de los hechos. No obstante, el temor y el aislamiento no les han permitido reemplazar la narración de acontecimientos inmediatos y descontextualizados, por la narración de resistencia y visibilización absoluta de los hechos, generada desde Afavit. Son muy pocos los que se atreven a relegar el temor y a contar los hechos contemplando el contexto, los responsables y las causas. Lucía Pérez hace parte de esta minoría.

Los procesos de reparación y de construcción de memoria iniciados por Afavit y por otros familiares alejados de la asociación no son sólo resultado de los esfuerzos de trujillenses, que ante el dolor generado por los hechos trataron de

unirse, develar la verdad y clamar justicia; también es resultado del acompañamiento de otros agentes externos, como la Comisión Interclerical de Justicia y Paz. Por esta razón, la mayoría de los procesos de construcción de memoria y reparación en Trujillo, así como las nociones de memoria, están influidos por la intervención y las iniciativas manejadas por estos agentes externos; en particular, los emprendidos por Afavit. Esta presencia de iniciativas “desde arriba” permea la forma como los familiares de víctimas perciben y se apropian de nociones como memoria y cuerpo.

Cuerpo como construcción simbólica: evidencia material de los hechos y catalizador del duelo

El cuerpo no es sólo el depositario material de la vida, es una construcción simbólica permeada por el contexto particular que lo alberga. Como plantea Blair (2005), el cuerpo es un vehículo de representación, un signo y un significado. En episodios de violencia —particularmente en el conflicto colombiano (que incluye la masacre de Trujillo)—, caracterizados por el exceso en las prácticas de tortura y exterminio, el cuerpo se convierte en albergue de nuevas significaciones, atribuidas a través de acciones y palabras por los victimarios y por los familiares de víctimas. En el caso de los victimarios, las marcas, las fragmentaciones y el ocultamiento del cuerpo transmiten distintos mensajes, entre ellos su capacidad agresiva, empleada como una herramienta que facilita la consecución de sus intereses particulares y que no discriminan

edad ni género. Estos mensajes son un aviso herrado en los cuerpos de las víctimas, que les advierte a los vivos el destino que les depara si interfieren, o si se consideran una amenaza para los intereses particulares de los victimarios.

Al fragmentar, marcar y ocultar el cuerpo de sus víctimas, los agresores también pretenden degradar su identidad pues, como afirma Blair (2005), la unidad corporal constituye del sujeto, y al fragmentarlo se está atentando contra su integridad, que conjuga en la materialidad de lo físico, sus proyectos, historia y deseos. Estos mecanismos de exterminio son una retaliación contra aquellos que no actúan o piensan según los apremios del victimario. Por eso cada acción contra el cuerpo de la víctima es una especie de ritual que castiga de forma particular sus actos o ideas.

Para los familiares de las víctimas —en particular para los familiares de víctimas de Trujillo—, los cuerpos son una evidencia material de la sevicia, que puede ser empleada para reconstruir los hechos violentos y para movilizar los procesos jurídicos contra los victimarios. Ahora bien, aunque en Trujillo esos cuerpos no fueron llevados como evidencia forense a instituciones jurídicas como la Fiscalía o la Procuraduría, nutrieron los testimonios de los familiares y otros actores presenciales sobre la masacre. Marcas de motosierra, impactos de bala y cuerpos incompletos son algunas de las pruebas que los familiares de víctimas mencionan tras encontrarse con los restos mortales de sus seres queridos en las exhumaciones realizadas por Afavit entre 2002 y 2003.

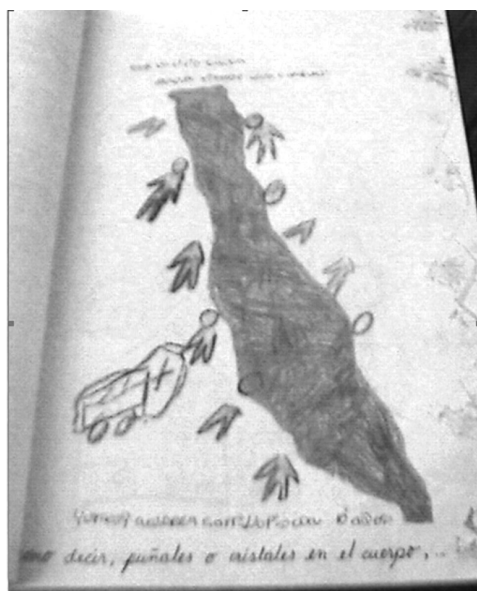
Para la asociación, concebir al cuerpo y su ausencia, en el caso de desaparición, como una evidencia material de los

hechos es fundamental en la construcción de la memoria jurídica; por ende, en la búsqueda de justicia y de castigo a los victimarios. A diferencia de ellos, algunos familiares ajenos al proceso de Afavit, y en particular aquellos que no han tenido ningún tipo de contacto con la asociación, prefieren recordar a sus víctimas en vida y no atribuir importancia a las agonías visibles en los cuerpos. En apariencia, estos familiares no sienten ningún tipo de respaldo que los ayude en los procesos de denuncia y aún temen a las represalias de los victimarios; por eso no cuentan su historia.

Además de ser una prueba tangible de los hechos violentos de Trujillo, el cuerpo también es un instrumento que permite iniciar procesos simbólicos de conmemoración y tramitar el duelo. Tras las exhumaciones, por ejemplo, los cuerpos recuperados pudieron ser velados y depositados en los osarios del Parque Monumento a la Vida. Este acto simbólico representó el final de la espera y la incertidumbre para los que encontraron el cuerpo o partes de su ser querido. Ahora bien, como sugiere María Eugenia Díaz (2008), ante la ausencia de una prueba material que facilite la aceptación de la pérdida, algunos familiares emplean dos mecanismos alternativos para tramitar los procesos de duelo: el primero, el ritual, que en el caso de Afavit se materializa en las eucaristías y peregrinaciones ofrecidas en nombre de las víctimas; la elaboración de cuentos, poemas, esculturas, dibujos, canciones y pinturas, y los talleres colectivos de memoria y duelo. El segundo, la búsqueda de la justicia, que la asociación ha tratado de impulsar a través de la reconstrucción de los hechos, la

identificación de los victimarios, las movilizaciones a Trujillo y la participación en espacios públicos de discusión.

Importancia atribuida al espacio, los personajes emblemáticos, las fechas y los objetos en la construcción de memoria



Dibujo río Cauca (niños trujillenses)

La importancia atribuida al espacio, a los actos heroicos de personajes emblemáticos y a los vínculos familiares son una característica establecida por Fentress y Wicham (2003) a la memoria campesina, y evidentes en los procesos de construcción de memoria histórica y de las víctimas en Trujillo. Para

Afavit, la reconstrucción de los hechos es una herramienta de verdad, de justicia, de no repetición y de reivindicación de la historia de las víctimas; por eso se realizó la recolección de testimonios orales y escritos junto a sus acompañantes, que inició con Javier Giraldo, continuó con Stella Guerra y Carlos Ulloa, y terminó con las hermanas Maritze Trigos y Carmen Cecilia Ávila.

Pécaut (2003) plantea que las masacres, las desapariciones y los desplazamientos forzosos generan un temor en la población, que alimenta una memoria basada en acontecimientos, inmediata y que no puede ser inscrita por las víctimas en una trama productora de sentido. Sin embargo, en la reconstrucción llevada a cabo desde Afavit, los hechos particulares han sido relacionados con el contexto macrosocial y, por ende, no es un recuerdo fragmentado, presentista e incompleto, como sugiere Pécaut (2003). La importancia otorgada al contexto o a la memoria contextual, en palabras de la acompañante Maritze Trigos, es evidente en la descripción clara de los hechos, que no relega los horrores de la masacre, la mención y ubicación de los lugares y fechas y la alusión a la muerte de personajes emblemáticos de la masacre (Esther Cayapú y el padre Tiberio Fernández).

Los espacios geográficos, en el caso de Trujillo, no son simples escenarios de valles, montañas o veredas; son espacios del terror, en términos de Oslender (2008), que surgen con la presencia de grupos violentos y de sus acciones. Tales espacios se caracterizan por las marcas dejadas tras la destrucción, por los impactos de bala en las edificaciones y por el abandono de edificaciones y comunidades. La implantación

de un régimen del terror, como el que asoló a Trujillo entre 1986 y 1994, ya sea implícita o explícitamente por voluntad de los agresores, obstaculiza la circulación de los pobladores por el espacio.

Reivindicar el recuerdo de las víctimas desde lo colectivo y lo íntimo

La reconstrucción de la historia particular de las víctimas es importante para Afavit, pues como lo sugiere su acompañante Maritze Trigos es un proceso de memoria desde lo ético, que permite reivindicar el pasado y el nombre de cada muerto y desaparecido. Algunos trujillenses que no tuvieron víctimas directas en la masacre afirman que no todos los que murieron o fueron desaparecidos eran inocentes y que quizá merecían lo que les ocurrió. No obstante, Afavit quiere desmentir este prejuicio y mostrar, a través de la reconstrucción de la vida de las víctimas, que todos eran hombres y mujeres trabajadores y honrados, con sueños, metas, familias y esperanzas. Para esto han invitado a los familiares a que escriban y dibujen la historia de su ser querido y la de los personajes emblemáticos de la masacre, haciendo hincapié en sus gustos, cualidades, oficios y proyectos truncados.

Precisamente la disposición de las víctimas por oficio es una de las características de la construcción de memoria desde Afavit, ya que en la asociación no sólo se habla de Tiberio Fernández o de Abundio Espinosa; se habla de los motoristas, los ebanistas y los moreros. Con esta colectivización de

las víctimas, la asociación busca enfatizar en una de las verdades históricas que envolvió la masacre: la desmantelación sistemática de las cooperativas creadas por el padre Tiberio. La reconstrucción del recuerdo de las víctimas desde los familiares que no pertenecen a Afavit desconoce la importancia otorgada a los personajes emblemáticos de la masacre y a la colectivización de las víctimas y se centra en los recuerdos más íntimos del ser querido fallecido o desaparecido.

A diferencia de Afavit, que busca el reconocimiento público de las víctimas y de la masacre, la mayoría de familiares que no pertenecen a la asociación pretenden generar una imagen particular de su ser querido para satisfacción personal. Es decir, al recordar a su víctima muchos no quieren movilizar procesos jurídicos ni generar indignación colectiva, quieren elaborar una imagen personal de su ser querido, que les permita lidiar con la pérdida y evocar su vida.

Arte y movilizaciones: representación de la masacre

Desde su ejecución, la masacre de Trujillo ha estado cargada de significados y mensajes ávidos de interpretación más allá de la academia y los magistrados, en palabras de Villaveces-Izquierdo (1997), y como afirma Blair (2005) el arte se ha convertido en una herramienta que da voz a tales mensajes, acallados por temor a represalias o a juzgamientos. Afavit ha reconocido la función comunicativa del arte y las movilizaciones; debido a esto ha invitado a los familiares de

víctimas a que recurran a esos mecanismos, para expresar sus emociones, mostrar al mundo lo que les ocurrió e iniciar procesos de duelo. El Parque Monumento a la Vida y las peregrinaciones, sólo apoyados por Afavit; los cuadros, los dibujos, los cuentos, los poemas, las canciones y los objetos, les han permitido construir la memoria de los hechos y de las víctimas, cuestionar su temor ante las amenazas y tramitar el duelo. La creación y el encuentro con la obra han generado una experiencia estética como *poiesis* y como catarsis, en términos de Jauss (2002). Como *poiesis*, porque les permite “manipular” el temor y el horror de la violencia y hacerla más asimilable; como catarsis, porque genera un encuentro doloroso con todas las emociones surgidas tras el hecho y permite su liberación. Los medios expresivos también les han dado la posibilidad a los familiares *recorporeizar* y devolver simbólicamente la integridad físicas de sus seres queridos, situación que facilita la aceptación de la pérdida y la tramitación del duelo.

En otras palabras, la creación artística es una especie de ritual, que suple en cierta medida la ausencia y la parcialidad del cuerpo, y facilita el duelo. Pese a que la creación artística es una alternativa principalmente empleada por Afavit, existen algunos familiares ajenos a su proceso que han acudido al arte para homenajear a sus seres queridos, contar sus historias y denunciar los hechos violentos de Trujillo. Este es el caso de Lucía Pérez, que a través de canciones, videos, poemas y cuentos ha pretendido mostrar al mundo lo que le ocurrió a su padre, hermanos, compañeros y amigos; denunciar los hechos y a todos aquellos que a su juicio se han aprovechado

del dolor de los trujillenses; enfrentarse al temor, e iniciar su proceso particular de duelo.

Aunque las expresiones artísticas y las movilizaciones son elementos necesarios para lograr tal aceptación, perdón y liberación de las emociones, no son suficientes, pues el contexto que alberga a los trujillenses aún está velado por la presencia de victimarios, la fragmentación del tejido social y la impunidad tras la masacre, que obstaculizan la total consecución de una reparación integral. Se podría decir que ante el contexto actual de Trujillo, caracterizado por la fragmentación del tejido social y la pobreza, el arte también puede emplearse como un mecanismo para olvidar por un instante tal situación y urdir en un espacio plástico el futuro ideal que a juicio de los dolientes es ideal.

Bibliografía

- Amnistía Internacional (s. f.). *Colombia, Venezuela y Haití entre los países más violentos del mundo según el Índice Global de Paz*. Consultado el 21 de diciembre de 2009. Disponible en línea: <http://www.aiven.org/profiles/blogs/colombia-venezuela-y-haiti>.
- Aparicio, Juan Ricardo (2009a). “La ‘Mejor esquina de Suramérica’: aproximaciones etnográficas a la protección de la vida en Urabá”. *Revista Antípoda*, núm. 8, 87-117.
- (2009b). *Rumors, Residues and Governance in “the best corner of South-America”: A grounded History of the ‘human’ limits in Colombia*. Tesis de doctorado. University of North Carolina.
- Bauman, Janina (1991). *Winter in the Morning*. Londres: Little Broen Book Group.
- Biehl, Joao; Good, Byron, and Kleinman, Arthur (2007). *Subjectivity*. Berkeley: University of California Press.
- Blair, Elsa (2005). *Muertes violentas: la teatralización del exceso*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Bourdieu, Pierre (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bozal, Valeriano (1996). *Historia de las ideas estéticas y de las teorías contemporáneas* (vol. I). Madrid: Visor.

- Catecismo de la Iglesia Católica* (1993). Bogotá: San Pablo.
- Centro Internacional para la Justicia Transicional (2009). *Reparaciones a las víctimas de la violencia*. Disponible en <http://www.ictjcolombia.org/docs/QA-Reparaciones.pdf>.
- Ciurlizza, Javier (2008). *Paz en Colombia: una mirada a la coyuntura desde la justicia transicional*. Consultado el 30 de octubre de 2009. Disponible en web: <http://www.wilsoncenter.org/events/docs/javier%20ciurlizza%20talking%20points.doc>.
- Comisión de Investigación de los hechos Violentos de Trujillo (1995). *Trujillo, una gota de esperanza en un mar de impunidad*. Bogotá: La Comisión.
- Comisión Interclerical de Justicia y Paz (2009). *LUIS FERNANDO LALINDE LALINDE Detenido arbitrariamente-torturado-desaparecido-ejecutado extrajudicialmente*. Consultado el 15 de octubre de 2009. Disponible en: <http://justiciaypazcolombia.com/LUIS-FERNANDO-LALINDE-LALINDE,302>.
- Díaz, María Eugenia (2008). "Del dolor al duelo: límites al anhelo frente a la desaparición forzada". *Affectio Societatis*, núm. 9. Consultada el 12 de octubre de 2009. Disponible en: <http://74.125.47.132/search?q=cache:lgI9qJ0dlUJ:antares.udea.edu.co/~psicoan/ARTICULOS9/dolor%2520al%2520duelo.pdf+antropologia+del+duelo&cd=5&hl=es&ct=clnk&gl=es&client=qsbs-win>.

- Di Nola, Alfonso (2007). "El nivel y las respuestas sociales". En *La muerte derrotada: antropología de la muerte y el duelo*. Madrid: Belacqua.
- El Tiempo* (1990, 21 de abril). "Miedo y terror reinan nuevamente en Trujillo".
- Febvre, Luciano (1955). *La tierra y la evolución humana: introducción geográfica a la historia*. México: UTEHA.
- Feitlowits, Marguerite (2001). "Entrevista con Doris Salcedo". *Crimes of War Magazine. Suplemento Cultural*. Consultado el 8 de noviembre de 2009. Disponible en: <http://www.crimesofwar.org/cultural/doris-print.html>.
- Feldman, Allen (1991). *Formations of Violence: The Narrative of the Body Terror in Northern Ireland*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Fentress, James y Wicham, Chris (2003). "Memorias de clase y grupo en las sociedades occidentales". En *Memoria social*. Madrid: Frónesis-Cátedra, pp. 112-174.
- Godoy, Cristina (2002). "¿El no-olvido o la redención de la memoria?". En *Historia y memoria colectiva*. Madrid: Miño y Dávila.
- Halbwachs, Maurice (2004). "La memoria colectiva de las familias". En *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Hechos del Callejón, No. 19. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), (2006). Consultado el 8 de octubre de 2009. Disponible en: http://indh.pnud.org.co/files/boletin_hechos/Boletin_hechos_del_callejon_19_opt.pdf.

- Jauss, Hans Robert (2002). *Pequeña apología de la experiencia estética*. Buenos Aires: Paidós.
- Kaufmann, Griselda (1998). “Sobre violencia social, trauma y memoria”. En *Seminario Memoria Colectiva y Representación*. Montevideo.
- Kordon, Diana (2002). *Trauma social y psíquico: consecuencia clínica de la violación de derechos humanos*. Consultado el 8 de octubre de 2009. Disponible en: <http://www.redsalud-ddhh.org/libros/ibropaisajesdeldolor/Trauma%20social.PDF>.
- Le Breton, David (2002). *Antropología del cuerpo y Modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Le Goff, Jacques y Nora, Pierre (1985). *Hacer la historia*. Barcelona: Laia.
- Ley 975 de 2005. Consultado el 10 de agosto de 2009. Disponible en: http://www.cnrr.org.co/interior_otros/pdf/ley_975_05.pdf.
- Mason, Ann (2003). *La crisis política colombiana: más que un conflicto armado y un proceso de paz*. Bogotá: Universidad de los Andes-Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales-Fundación Alejandro Ángel Escobar.
- Memoria Histórica (2008). *Trujillo: una tragedia que no cesa*. Bogotá: Planeta.
- Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice), (s. f.). *Nuestra identidad*. Consultado el 22 de diciembre de 2009. Disponible en: http://www.movimientodevictimas.org/index.php?option=com_content&task=view&id=13&Itemid=60.

- Ortiz, Carlos Miguel (2007). *El homicidio en Colombia de 1959 a 1997*. Consultado el 8 de octubre de 2009. Disponible en web: <http://digital.unal.edu.co/dspace/bitstream/10245/810/3/02CAPI01.pdf>.
- Oslender, Ulrich (2008). "Another History of Violence: The Production of 'Geographies of Terror' in Colombia's Pacific Coast Region". *Latin American Perspectives*, vol. 35, núm. 5, pp. 77-102.
- Palma, María José (2009). "La deshumanización como objetivo". En *Violencia y cuerpos traumatizados: duelo y melancolía en los testimonios orales de mujeres durante la guerra civil española (1936-1939) y la posguerra*. Consultado el 23 de junio de 2009. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/index56118.html>.
- Pécaut, Daniel (2003). "Memoria imposible, historia imposible, olvido imposible". En *Violencia y política en Colombia: elementos de reflexión*. Medellín: Universidad del Valle.
- Quintero, María Fernanda (2009). *El trabalenguas que ya no traba... en memoria de María Esther Cayapú Trochez (1943-1990)*. Bogotá: Desde abajo.
- Riaño Alcalá, Pilar; Lacy, Suzanne, y Agudelo, Olga Cristina (2008). *Arte, memoria y violencia: reflexiones sobre una ciudad*. Consultado el 6 de septiembre de 2009. Disponible en web: <http://www.region.org.co/index.php/.../12-arte-memoria-y-violencia>.
- Rodríguez, José Vicente (2004). *La antropología forense en la identificación humana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Sánchez, Gonzalo (1991). "Los estudios sobre la violencia. Balance y perspectivas". En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC.
- Scheper-Hughes, Nancy (2007). "Violence and the Politics of Remorse: Lessons from South Africa". En Biehl, Joao, Byron Good y Arthur Kleinman (eds.). *Subjectivity: Ethnographic Investigations*. California: University of California Press.
- Tatarkiewickz, Wladislaw (1995). *Historia de seis ideas*. Madrid: Tecnos.
- Taussig, Michael (1987). *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Thomas, Louis-Vincent (1982). *Antropología de la muerte*. México: Fondo de cultura Económica.
- Trigos, Maritze (2009). "Trujillo, una tragedia que no cesa...". *Revista Memoria y Esperanza*, vol. 4, núm. 8, pp. 8-10.
- Uribe, María Victoria (1995). *Enterrar y callar: las masacres en Colombia 1980-1993*. Bogotá: Fundación Terre des Homes.
- (2004). *Antropología de la inhumanidad: ensayo interpretativo de la violencia en Colombia*: Bogotá: Norma.
- Villaveces-Izquierdo, Santiago (1997). "Art and Mediation: Reflections on Violence and Representation". En *Cultural Producers in Perilous States: Editing events, Documenting Change*. Chicago: University of Chicago Press.
- Wright, Melissa (2003, noviembre). *El lucro, la democracia y la mujer pública: estableciendo las conexiones*. Primer

Encuentro de Estudios de la Mujer en la Región Paso
Del Norte: Los retos frente al siglo XXI. México.

Wynveldt, Federico y Balesta, Bárbara (2009). "Paisaje socio-
político y beligerancia en Valle de Hualfín (Catamarca,
Argentina). *Revista Antípoda*, núm. 8, 143-169.

Este libro fue compuesto en caracteres
Stempel Garamond 12 puntos, impreso sobre
papel propal de 70 gramos y encuadernado
con método Hot Melt, en el mes de abril de 2011,
en Bogotá, D.C., Colombia

Este texto presenta un análisis acerca de la forma en que los familiares de víctimas de Trujillo y sus acompañantes han iniciado y desarrollado los procesos de reconstrucción de los hechos, de reparación simbólica y de duelo en un escenario donde el conflicto aún no ha cesado. Tras la masacre ocurrida entre 1986 y 1994 en Trujillo, Riofrío, Bolívar (Valle del Cauca) y la aceptación de responsabilidad por parte del Estado en 1995, los familiares de las víctimas decidieron unir fuerzas y trabajar conjuntamente en la construcción de una memoria histórica de los hechos violentos, pese a las amenazas y al hostigamiento que después de 20 años siguen latentes en Trujillo. Así mismo, se presenta una perspectiva analítica que permite ir más allá del relato o los rituales; es decir, desde el cuerpo como evidencia material de los hechos violentos y como construcción simbólica, desde los objetos como albergue de recuerdos e identidades particulares y desde el arte como medio de liberar el dolor, acercarse a la violencia y evadir por un instante la cruenta realidad que vela la vida de los trujillenses. La entrevista, el acompañamiento de los familiares y líderes de las iniciativas de reparación en peregrinaciones y eventos públicos, la visita a monumentos y lugares emblemáticos para ellos, el encuentro con sus testimonios y representaciones artísticas fueron instrumentos fundamentales para construir el relato de resistencia, lucha, búsqueda de la justicia y duelo.

